

BOLETIN
DE LA
REAL SOCIEDAD GEOGRÁFICA

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

Y

EL DESCUBRIMIENTO DEL MAR DEL SUR

DISCURSOS

que se dijeron ó leyeron en la Sesión extraordinaria celebrada por la Real Sociedad Geográfica el 25 de Septiembre de 1913 para conmemorar, en el día de su cuarto centenario, el descubrimiento del Océano Pacífico (1).

I

Discurso del Excmo. Sr. D. Ricardo Beltrán
y Rózpide

Secretario general de la Real Sociedad Geográfica.

EXCMO. SR. :

SEÑORAS Y SEÑORES :

En alta mar se hallaba ya la expedición que hacia Tierra Firme dirigía el bachiller Enciso, cuando, con sorpresa de todos, rompiéronse ó se abrieron las tablas de

(1) Véanse el acta de esta sesión y de la del 14 Octubre siguiente en la *Revista de Geografía Colonial y Mercantil*, sección destinada á «Actas de las sesiones», tomo X, números 11 y 12, ó sea Noviembre y Diciembre de 1913.

un tonel, ó se rasgaron, según otros, los pliegues de una vela, y surgió la figura de un hombre, de gallarda presencia, á quien nadie conocía.

Era Vasco Núñez de Balboa que, agobiado de cuitas y de deudas, habíase acogido á aquel ardid para ponerse á salvo de acreedores y enemigos.

El primer impulso de Enciso fué mandar que arrojasen al intruso de cabeza al mar. Súplicas y ofertas de sujeción y servicios que hizo Núñez de Balboa libráronle de morir, y pudo tomar parte activa y muy principal en aquella y otras audaces expediciones por mares y tierras del golfo de Urabá, del Darién, del Atrato y de Panamá, por donde á través de bosques casi impenetrables, subiendo y bajando por riscos y montañas, sobre suelo cortado por ríos, torrentes y barrancos, bajo un sol abrasador, hostilizado de continuo por los indios y mortalmente amenazado por la terrible fiebre del pantano y del fango, llegó, con los restos de su gente, en la mañana del 25 de Septiembre de 1513, á una hermosa altiplanicie, limitada al Sur por alta y pintoresca colina que cerraba el horizonte.

Mostróle el guía indígena aquella eminencia como lugar desde el cual podría ver el mar ignoto que buscaba. Quiso Balboa adelantarse y subir solo á la cumbre, y cuando desde ella contempló á lo lejos el inmenso Océano, cayó de rodillas, oró y llamó á los suyos que, prosternados también en tierra, dieron gracias á Dios que les había concedido la suerte y la gloria de descubrir el Mar del Sur. Entre ellos estaba Pizarro, el futuro conquistador del Perú.

Descendieron después hacia la costa del vasto Océano descubierta; en él entró Vasco Núñez para tomar y declarar la posesión en nombre de los Reyes Don Fernando y Doña Juana, y así aquel hombre extraordinario, que dió principio á sus hazañas encerrado y oprimido entre duelas y cinchos de hierro, remató la más gloriosa empresa de su vida dentro de las aguas del mayor de los Océanos. Todo el inmenso Mar del Sur, y las lejanas costas, y las

innumerables tierras grandes y chicas que en él hubiera, eran y tenían que ser de España, porque así lo quiso y lo proclamó Vasco Núñez de Balboa.

Debía ser el *mare nostrum* de la raza hispana. Lo fué durante años, cuando sólo naves españolas lo surcaban, y los Magallanes, Elcano y Loaysa, los Saavedra, Grijalva, Mendaña y Barreto, los Villalobos, Quirós, Torres, Ortiz y tantos otros, iban y venían por él entre las costas de América y las asiáticas, y desde tierras europeas llegaban á las de Asia completando la obra grandiosa que inició Colón en los últimos años del siglo xv.

Si hubo un tiempo en que alguien pudo decir, refiriéndose al Mediterráneo, que hasta los peces de la mar cuando salieran habrían de llevar las barras de Aragón en las espaldas, con mayor motivo pudo haberse dicho en el siglo xvi que las olas del Mar del Sur iban todas á romper sobre tierras y rocas españolas. Desde Las Perlas, las Galápagos y las Juan Fernández, hasta las Filipinas, y la Nueva Guinea y las costas y arrecifes litorales de la Australia ó Tierra de los Austrias de España, todo tenía nombre español, que luego nos fueron quitando, cuando á reata de los nuestros llegaron, los navegantes extranjeros, los Tasman y los Cook, los Wallis y Vancouver, los Bougainville y Laperouse.

Pasaron aquellos tiempos; pero en los nuestros, si no es España, son hombres y pueblos de origen hispano los que dan frente al mar de Balboa desde las costas de California hasta el litoral de las Tierras magallánicas.

Revillagigedo, la Pasión, las Galápagos, San Ambrosio, San Félix y Juan Fernández son las avanzadas de esos pueblos en el mar Pacífico, y su extrema vanguardia se adelanta hasta las islas chilenas de Sala y Gómez y de Pascua. Que no olviden que de sus mismos puertos zarparon las naos que iban al descubrimiento y conquista de la Oceanía y que estén siempre apercebidos para hacer entradas en el mar que de España han heredado.

*
* *

Es el mar, señores, cuyo descubrimiento hoy rememora la Sociedad Geográfica. Faltaban aún siete años para que llegase el 25 de Septiembre de 1913 cuando en la Junta directiva de nuestra Real Sociedad se propuso y aceptó la idea de esta conmemoración.

Había que contar con América, y el primer resultado de las iniciativas que tomamos y de las gestiones que se hicieron bajo la presidencia del General Suárez Inclán—á cuya memoria justo es rendir homenaje en este día—fué la adhesión entusiástica de Sociedades geográficas, de Academias de la Historia y de Ateneos literarios del Nuevo Mundo.

Acuerdos de la Real Academia de la Historia que se adoptaron á propuesta de su Comisión de Indias, dieron nuevo rumbo á los trabajos de la Sociedad Geográfica. Quería aquélla que se estudiase el modo de celebrar dignamente el IV Centenario del descubrimiento del Océano Pacífico, y la Academia de la Historia invitó á la Sociedad Geográfica á que aunasen ambas sus esfuerzos con el objeto indicado. En consecuencia, comisionados de una y otra Corporación idearon proyectos, los discutieron, y por fin, cuando ya se supo que el Gobierno español había de estimular y avivar la corriente de opinión favorable á los actos y festejos conmemorativos del descubrimiento, se resolvió gestionar la inclusión en éstos de un Congreso geográfico hispano-americano. Además, el Sr. Altolaguirre recibió de la Academia de la Historia el encargo de investigar en los Archivos y estudiar y comentar después cuantos documentos hallase referentes al descubrimiento y al descubridor. Con estos documentos, y con los datos, comentarios y crítica que allegue y escriba aquél habrá de formarse y publicarse un libro que será lo más importante y de mayor novedad, desde el punto de vista histórico, que haya producido la conmemoración del hecho que ahora celebramos.

Posteriormente, gracias á la acción conjunta del Director de la Real Academia de la Historia, el Rector de

la Universidad Central y los Presidentes de la Unión Iberoamericana y de la Real Sociedad Geográfica, fué declarada oficial la celebración del Centenario y se dispuso que para conmemorar el Descubrimiento se celebrara, bajo la protección y con el apoyo del Gobierno, un Congreso de Historia y Geografía hispanoamericano y una Exposición de documentos, obras, manuscritos, mapas y planos relativos á América en la época colonial española.

Congreso y Exposición especial tendrán lugar en Sevilla y servirán de actos oficiales preparatorios para la Exposición hispanoamericana que ha de verificarse en aquella capital.

Algunas otras ideas se han lanzado en discusiones habidas en esta Real Sociedad. El Sr. Jiménez Lluesma, por ejemplo, propuso que se aprovechara la ocasión para crear con carácter permanente el «Instituto hispanoamericano de Estudios Geográficos é Históricos», y el Sr. Martín Peinador inició el pensamiento de reunir esta magna sesión de hoy, á la que se ha llegado bajo los auspicios del Gobierno de S. M., y que abre la serie de los actos y solemnidades del IV Centenario del Descubrimiento del Mar del Sur.

La Comisión general nombrada para organizar Congreso y Exposición trabaja con gran entusiasmo y con una actividad digna del mayor encomio; el 25 del próximo Noviembre se inaugurará en Sevilla, y en el mismo Archivo ó Casa de Contratación de las Indias, la Exposición de documentos, y al mediar Abril de 1914 se reunirá el Congreso hispanoamericano de Historia y Geografía.

Entretanto, allá en América se asentarán las bases del colosal monumento que Panamá levanta para perpetuar el nombre, la figura y la gloria de Vasco Núñez, y cuando lleguen los años de 1915 y 1916 habrá Exposición universal en San Francisco de California y Exposición hispanoamericana en Sevilla, y entre la metrópoli andaluza y la gran ciudad de la costa del Pacífico en Norteamérica podrán ir y venir hombres y naves, y potentes y

gallardas éstas, seguros y tranquilos aquéllos, cruzarán el istmo casi por los mismos parajes que fueron teatro de la difícil, audaz y afortunada empresa de Vasco Núñez de Balboa.

HE DICHO.

II

Discurso del Exemo. Sr. D. Manuel de Saralegui

Vocal de la Junta directiva de la Real Sociedad Geográfica.

SEÑORAS Y SEÑORES :

La Real Sociedad Geográfica, siempre generosa en sus mercedes, me concede en este día un nuevo inapreciable honor al elevarme á este sitio; y si al hacerlo bondadosa, no sospechó que al par de ponerme á mí en el duro trance de dirigiros la palabra fué, sin duda cruel, por imponeros á vosotros la galante obligación de soportarme, yo, en cambio, procuraré que sea por contadísimos momentos, para que el exceso del mal tenga por consuelo y por alivio su extremada brevedad, su corta vida, pues que en mi mano está el reducirla y graduarla.

Y por cierto que difícilmente podrá darse ocasión menos propicia para que suene mi desautorizada voz en esta Casa, ya que difícilmente podrá conmemorarse en ella acontecimiento más insigne que el que hoy nos honramos en conmemorar, no tan sólo por sus especiales caracteres de genuina y exclusivamente español, sino porque él es, sin duda alguna, en los anales de las Indias de Occidente, según he dicho antes de ahora, el digno compañero, y algo así como el complemento de la hazaña de Colón; que si el genovés, con los españoles, logró encontrar la orilla de otro mundo, tras el tenebroso abismo de las aguas, nuestro Vasco, por sus hermanos tan sólo auxiliado, supo y pudo, tras la abrupta barrera de aquel mundo, descubrir la dilatada orilla de otro mar.

Procuraré, pues, ante la majestuosa grandeza del asunto, no profanarlo con la exposición de mis estériles consideraciones; ni aún con aplausos turbaré el reposo en que yace la buena memoria de aquellos hombres tenaces, valerosos y abnegados; dejaré á quien pueda con méritos bastantes, la envidiable misión de concurrir á levantar el monumento que perpetúe el recuerdo de aquellos héroes que consiguieron completar el mundo con su legendaria expedición; pero ufano así de la elevadísima representación que ostento en este sitio, como de la feliz casualidad que me permite depositar humilde ofrenda ante el sagrado altar de las glorias nacionales, me propongo dedicar el poco tiempo que me resta á relatar, como medio de desquite, un curiosísimo incidente que constituye, á mi pobre entender, la prueba más palmaria de la crasa ignorancia que domina por doquier respecto á nuestras glorias, cuando no del dañado propósito de preterirlas sin razón y, al obrar así, sin justicia desairarnos.

Cuando comenzaban los trabajos preparatorios para trazar un plan que permitiera celebrar, en forma digna, el glorioso Centenario de la Invención del Mar del Sur, vino casualmente á mis manos cierto trabajo periodístico autorizado por la firma de un escritor que se reputa como una de nuestras primeras ilustraciones, y en el cual, sin asomos de protesta y sin anuncios de discusión ni barruntos de vacilaciones, se mencionaban, por cierto con elogio del alto espíritu que las inspiraba, ciertas palabras de un augusto personaje, que no es prudente nombrar aquí, y que al descubrimiento que hoy nos honramos en conmemorar, con extraña displicencia y grave error se referían.

Busqué el discurso, tuve la suerte de encontrarlo, y he aquí fielmente traducido el inconcebible relato con que, cumpliendo un deber de vindicación, voy, á mi pesar, á molestaros.

«Deseo con este motivo—decía el muy excelso Monarca—referirme á una historieta que oí en cierta ocasión.

»El famoso Almirante inglés Sir Francisco Drake,

»arribó á la América Central después de un viaje difícil
»y tormentoso.

»Buscaba el otro gran Océano, y se informó sobre él,
»convencido de su existencia, á pesar de que la mayoría
»de sus acompañantes la negaban.

»El reyezuelo de una tribu á quien llamó la atención
»el insistente preguntar del extranjero, y á quien impre-
»sionó, además, la gallardía de su presencia, le dijo: *Si*
»*buscas el agua grande, sígueme y te la enseñaré*; y ambos
»ascendieron, en contra de las prudentes advertencias de
»los demás expedicionarios, á una escarpada montaña.

»Llegados á la cumbre después de inauditos esfuerzos,
»el cacique mostró á Drake, á sus espaldas, los tempestuo-
»sos y agitados mares que acababa de surcar, y, llevándole
»después delante de una roca un tanto avanzada, le hizo
»mirar de frente, descubriendo ante sus ojos asombrados
»la superficie inmensa del Océano Pacífico, que se exten-
»día en calma y majestuoso, bañado por los rayos de oro
»del sol de la mañana».

¡Historieta escuchada por casualidad, la portentosa
invención del Mar del Sur!

¡Un inglés suplantando á un español!

¡Un pirata aborrecible usurpando su gloria al caballe-
roso, al ínclito *Balboa*!

No parece que pueda llegar á más el desconocimiento
indisculpable de un hecho de fama universal y de tras-
cendencia suma para la vida de la humanidad, ni que pueda
darse prueba más patente del rencoroso desamor con que
nos distinguen los que si un día nos envidiaron, aún hoy,
cuando nos es adversa la fortuna, ni saben olvidar ni lo-
gran sobreponerse á la pasión para perdonarnos y hasta
celebrar el poder y la gloria, el heroísmo y la generosidad,
la nobleza y el tesón con que á todos entonces asombramos.

Pero por muy extraño que parezca, aún hay más.

Cuando desoyendo los consejos de quien podía dármelos
y que juzgaba que para rebatir tan depresivas afir-
maciones bastaban los contundentes testimonios de nues-

tros historiadores del siglo XVI, me propuse yo combatir las con armas extranjeras y que como tales nunca pudieran tacharse de parciales; experimenté una segunda grave desilusión al repasar el texto de uno de los más famosos filósofos contemporáneos, y en el cual, sin incurrir en el colmo de la negativa expresa, se velan arteramente los sucesos, sustituyendo noticias categóricas y á los españoles favorables con vacilantes dudas, rumores sin probanza y anodina divagación.

«¿Es cierto—dice el filósofo aludido—que Magallanes antes de emprender su famosísimo viaje había visto el mar Pacífico señalado en un globo por el alemán Behaim?

»No; ese globo no lo conoce nadie.

»¿Habría visto en casa de su amo el rey de Portugal algún mapa que lo indicara?

»Así se ha dicho, pero nadie lo ha probado.

»Más probable es que los aventureros que hacía cosa de veinte años recorrían el continente americano, hubieran visto, pero visto con sus propios ojos, el mar Pacífico.

»Ese rumor que circulaba acordábase muy bien con la idea que daba el cálculo de tal contrapeso, necesario al hemisferio que habitamos y al equilibrio del globo».

Juzgo—decía yo al glosar los párrafos que preceden—que el olvido del nombre español y el aparente desconocimiento de la realidad de los hechos no pueden ser más absolutos; pero así y todo, ¿podrá nadie considerarlos efectivos?

¿Puede nadie suponer ignorante á un esclarecido filósofo honra de su Patria de la empresa del gran Vasco?

¿Lo que aprenden los niños en la escuela y repiten los libros más elementales, puede en modo alguno ser un secreto para el ilustrado autor de tantas obras peregrinas?

Y además....., pero..... ¿á qué seguir?

¿A qué extremar y retorcer los argumentos, si es bien sabido que lejos de servir para demostrar los axiomas sólo conducen á dificultar su inteligencia obscureciendo en todos casos los conceptos?

Voy, pues, á terminar; pero antes conste y quede sentado que desde el ingrato autor de los *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*, que tergiversando sin conciencia las palabras del honorable Pedro Mártir, llama desahogadamente *hombres vagabundos que vivían del engaño y del pillaje* á los denodados cooperadores de la gigantesca empresa de *Balboa*, hasta el presuntuoso Profesor, paisano de Dewey, que dió recientemente á la estampa una *España en América*, en la que tiene la llaneza de llamar *proclama campanuda* á la genial alocución con que el bizarrísimo caudillo enhiesta la gloriosa enseña de Castilla y con el agua salada á la cintura tomó posesión del Pacífico y sus islas, en honor de Don Fernando y Doña Juana, apenas si es posible tropezar un solo autor extraño que nos trate, no ya con generosa benevolencia, sino con estricta imparcialidad, cuando intentan describir la legendaria expedición que tuvo feliz término en la revuelta ranchería que gobernaba Chiapes.

Y así, disfrazando las verdades y amañando las leyendas, fingiendo rasgos y engalanando personajes, pugnan los pseudos historiadores por borrar los viejos timbres españoles y lograr su avieso fin, sin comprender que se estrellan en su empeño, pues que la Historia puede hacerse, mas no puede falsearse, ya que si hay algo imposible en este mundo es que deje de ser lo que realmente ha sido; inaccesible extremo á que no alcanza, con ser tanto y ser tan grande, ni aun el sobrehumano poder del mismo Dios.

III

Discurso del Excmo. Sr. D. Angel de Altolaguirre

Individuo de Número de la Real Academia de la Historia.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Fija la atención de los historiadores en las vicisitudes por que pasó Vasco Núñez de Balboa en su heroicas empresas y trágica muerte y en el trascendental descubrimiento del Océano Pacífico, apenas paran mientes, con ser

tan importante, en la labor colonizadora que realizó en Tierra Firme.

Por demás precaria era la situación que á fines del año de 1510 atravesaba la villa de Nuestra Señora de la Antigua del Darién recientemente fundada por el bachiller Martín Fernández de Enciso; la pobreza del país, la hostilidad de los indios, la ausencia de socorros de la isla Española, las disidencias entre los habitantes, que más atendían á sus rivalidades que al cultivo de las tierras, y, sobre todo, la falta de un Jefe con aptitudes para el mando, hacían que la anarquía reinase en la colonia y todos temían un fin desastroso, ya por los efectos del hambre, ya á manos de los indios.

Por ese instinto de conservación que á veces tienen las colectividades, la mayor parte de los colonos se agruparon alrededor de un compañero que en la villa de San Sebastián les había salvado á todos conduciéndolos á la comarca en que fundaron Santa María la Antigua; ese compañero se llamaba Vasco Núñez de Balboa.

No es ocasión de discutir la parte que tomó en expulsar de Tierra Firme á Diego de Nicuesa y al bachiller Enciso, y sí únicamente de afirmar que gracias á ella y á haber asumido el mando Vasco Núñez se salvó la colonia, pues ni uno ni otro tenían aptitudes para resolver la angustiosa situación por que atravesaba.

Elegido Vasco Núñez alcalde por el pueblo y sancionado después su nombramiento por el Rey, dedicóse con extraordinaria actividad y energía á restablecer la disciplina entre los colonos, fomentó los trabajos agrícolas y comenzó la exploración y conquista del territorio sometiendo las tribus indígenas, ya por la persuasión y prestigio del nombre que entre ellas logró adquirir, ya empleando en caso extremo la fuerza, pero poniendo siempre singular empeño en que los vencidos se convirtieran en amigos y aliados.

En menos de tres años dominó el istmo de Panamá de mar á mar, llegando á tener de paces 17 grandes caciques,

que gobernaban un extenso territorio poblado por millares de indios.

Fray Juan de Quevedo, primer Obispo de Tierra Firme, en las instrucciones que dió al Capellán Toribio Cintado para que refiriera en la Corte el triste estado en que cuando escribía se hallaba la colonia, nos da cuenta de cómo la encontró cuando llegó con Pedrarias: «Diréis á S. A. como hallamos este pueblo bien aderezado, más de doscientos bohíos hechos, la gente alegre y contenta cada fiesta jugaban cañas y todos estaban puestos en regocijo, tenían muy sembrada toda la tierra de maíz y yuca, puercos hartos para comer al presente, y ordenando de descubrir la tierra porque tenía mucha disposición para ello, los caciques de alrededor, así como Careta y Ponca, enviaron sus mensajeros á reconocer al Gobernador que había venido, ofreciéndose para servirlo y trujéronle pescado y puerco, montes y punas vivas, podía ir un cristiano y de cinco hasta diez y de diez hasta uno por todos estos caciques desde esta costa hasta la otra de Poniente tan seguros como lo fueran quince, y cada cacique les daba de comer y los guiaba, de manera que andaban entre ellos como entre sus amigos».

El cronista Oviedo, que también fué con Pedrarias, confirma lo expuesto por el Obispo, diciendo que los indios estaban tan mansos que enviaban sus mensajeros y canoas é iban y venían al Darién muy doméesticamente á ver los cristianos, y como amigos se comunicaban con ellos.

Esta obra, llevada á cabo con un reducido contingente, pues nunca llegó á alcanzar la cifra de 700 hombres, demuestra las excepcionales dotes de Vasco Núñez de Balboa; severo en el mando, justo en los repartos á su gente de lo adquirido en las expediciones, era el primero en todos los riesgos y trabajos, hasta el punto de cargar sobre sus hombros las maderas para la construcción de los bergantines con que se proponía descubrir en la mar del Sur, manejar el hacha para hacer una corta de árboles ó la azada en las faenas agrícolas, á fin de que ninguno se considerase

rebajado con estos trabajos ya que él, siendo el jefe, daba el ejemplo; su aspecto rudo encubría un alma noble y generosa; si un hombre, dice el cronista Oviedo, se le cansaba en el camino y adolecía en cualquier jornada, no le desamparaba, antes, si era necesario, iba con una ballesta á buscarle un pájaro ó ave y se la mataba y se la traía y le curaba como á hijo ó hermano suyo y lo esforzaba y animaba, lo cual, agrega Oviedo, ningún Capitán de cuantos hasta hoy que estamos en el año de 1548 han venido á las Indias, en las entradas y conquistas que se hallaron no lo han hecho mejor, ni aun tan bien como Vasco Núñez.

Con estas cualidades logró lo que sólo los grandes Capitanes han logrado: hacerse respetar y querer de su gente, á la que sometió á una severa disciplina.

En sus relaciones con los indios empleó una política que le revela como un gran colonizador; procuraba, por medio de los indios amigos, que se sometieran los rebeldes ó neutrales, si no lo lograba empleaba la fuerza siendo duro en el castigo, pero una vez que se sometían los trataba con dulzura, no les despojaba de sus bienes, y en cambio del oro y víveres que le daban como presentes les regalaba objetos de Castilla, que ellos tenían en gran aprecio, y así los convertía de enemigos en amigos y aliados, llegando á inspirarles tal confianza que le revelaban los secretos de la tierra como le revelaron la proximidad del Pacífico y la existencia hacia el Sur de riquísimos territorios que no eran otros que los del Perú, le facilitaban guías y cargadores y atendían á todas las necesidades de su gente, considerándose muy honrados con servir á los españoles.

De los riesgos y penalidades que para dominar el territorio pasaron Vasco Núñez y sus compañeros, nos da él mismo cuenta en la carta que en 26 de Enero de 1513 escribió al Emperador: «Muchas veces pienso, le decía, cómo ha sido posible podernos remediar, porque habemos sido tan mal proveídos de la isla Española—como si no fuéramos»

mos cristianos—, muchas veces hemos estado tan al cabo que creíamos perdernos de hambre y habemos corrido tanto á unas partes y á otras á causa de la mucha necesidad que habemos tenido, que me espanto cómo se ha sufrido tanto trabajo.....; he procurado de nunca fasta hoy haber dejado andar la gente fuera de aquí sin yo ir delante, hora fuese de noche ó de día, andando por ríos y ciénagas y montes y sierras, y las ciénagas de esta tierra no crea Vuestra Real Alteza que es tan liviano que nos andamos folgando, porque muchas veces nos acaece ir una legua y dos y tres, por ciénagas y agua, desnudos y la ropa cogida puesta en la tablachina encima de la cabeza y salidos de una ciénaga entramos en otras y andar de esta manera dos y tres y diez días....., hasta aquí hemos tenido en más las cosas de comer que el oro, porque teníamos más oro que salud, que muchas veces holgaba más hallar una cesta de maíz que otra de oro, porque á la continua nos ha faltado más la comida que el oro».

El fruto de la hábil política de Vasco Núñez fué por completo destruído tan luego como Pedrarias se hizo cargo del gobierno y sus Capitanes comenzaron á recorrer la tierra llevando á todas partes la desolación y la ruina; los mismos hombres que á las órdenes de Vasco Núñez habían tratado á los indios con moderación y dulzura cometieron bajo el mando de los Oficiales de Pedrarias todo género de crueldades y atropellos, no sólo con los rebeldes y neutrales, sino con los amigos y aliados, que bien pronto dejaron de serlo, y ya que no podían luchar frente á frente con los españoles los asesinaban al encontrarlos aislados, ó se refugiaban en las espesuras de los montes después de arrasar los campos para que el hambre acabara con sus odiados enemigos.

La situación de la colonia llegó á ser tan precaria ó más que en los tiempos de Enciso; diréis, escribía el Obispo Quevedo en sus citadas instrucciones á Toribio Cintado, que agora el pueblo está todo perdido, todos tristes y las haciendas del campo destruídas, porque es tan grande

la necesidad de la gente que se caen muertos de hambre por las calles.

Si Vasco Núñez no tuviera otros títulos de gloria, el que le corresponde por su obra colonizadora en el Darién es bastante para que figure en primera línea entre los grandes hombres que ilustran la historia de América.

IV

Discurso del Excmo. Sr. D. Rafael Conde y Luque

Presidente del Comité ejecutivo de la Unión Ibero-Americana.

Traigo la representación de la Unión Ibero-Americana, la más antigua de las instituciones españolas dedicadas á estrechar los lazos morales y materiales entre España y las que fueron sus colonias y hoy son Estados independientes de la América latina. Hace veintiocho años que nació aquélla, precisamente en los críticos momentos en que la enemistad producida por las guerras separatistas desaparecía y empezaba á ser sustituida por sentimientos de benevolencia y aun de afecto. Puede, por tanto, decirse que la Ibero-Americana está aquí por derecho propio.

Hay que aplaudir á la Academia de la Historia por haber contribuído á esta solemnidad patriótica. La Geografía es parte integrante y como la base de la historia y del progreso humano; abréviese el planeta con la facilidad de las comunicaciones, y puestos en contacto hombres y razas, se conocerán y hasta llegarán á fraternizar. Ahora bien; no es sino un grande y trascendental hecho geográfico el descubrimiento del Pacífico, complemento del de Colón, porque sin el gran mar que hay tras del continente americano no resultaba la redondez del planeta.

La humanidad ha sido injusta con Núñez de Balboa, porque ha necesitado la grande hazaña cuatro siglos para salir de los rincones de la Historia y llegar al conocimiento y aplauso universales.

Pero todavía resalta más la injusticia en la inicua sentencia que premió tal heroísmo con el patíbulo.

La República de Panamá se ha honrado consignando en una ley levantar al héroe una estatua gigantesca en la confluencia de los dos grandes mares, recientemente unidos por un milagro de la ciencia.

Además, como Rector de la Universidad Central, yo represento aquí el orden docente oficial y tengo el gusto y la honra de ofrecerles la patriótica adhesión de cientos de Catedráticos y miles de jóvenes alumnos.

V

Diseurso del Sr. D. Juan B. Sosa

Encargado de Negocios de Panamá.

EXCMO. SR. :

SEÑORAS Y SEÑORES :

Mi presencia en este acto y la personalidad que asumo en él, me obligan á daros una previa y forzosa explicación. Soy en esta Corte el Representante oficial de Panamá, la antigua Capitanía general de Tierra Firme en el imperio colonial español, de aquella caprichosa estructura geológica arrojada entre dos mares para atar en un vínculo las dos Américas, singular constitución de la naturaleza física, una de cuyas eminencias orográficas sirvió el 25 de Septiembre de 1513 de escenario al entusiasmo y al fervor religioso de un centenar de españoles, y en una de cuyas calas reflejó por la primera vez el cristal de las aguas de un mar desconocido los perfiles de la cruz del cristianismo y los vívidos tonos del pendón de Castilla. Pero si esto no justificare bastante mi actitud, de mi atrevimiento al dirigiros la palabra en circunstancia tan solemne responde la benevolencia de la Real Sociedad Geográfica, que, galante y espontánea, me ha asignado un número en el programa de esta fiesta hermosa destinada á rendir en el cuarto Centenario del descubrimiento del Mar del Sur un tributo de admiración á Vasco Núñez de Balboa, el egregio Capitán español ejecutor de tal hazaña.

No ocuparé por mucho tiempo la atención de la docta y selecta concurrencia que me escucha. Mis fuerzas no me permiten el ensayo de un relato de los hechos realizados en el territorio panameño por el hombre esforzado cuya memoria nos congrega aquí, desde que pisó la playa del Darién septentrional en 1510, hasta que la envidia detuvo el curso natural de su vida en Enero de 1519, sin lograr, empero, obscurecer la estela luminosa de sus legendarias proezas, que dejó como un legado precioso al comentario justiciero de la Historia.

Quiero solamente decirlos, sin exageraciones ni egoísmos, que la vida y las acciones singulares de Vasco Núñez pertenecen también, y de modo especialísimo, á Panamá, una de cuyas montañas constituyó el pedestal de su gloria inmarcesible. Hidalgo sin lustre y sin estima en Jerez de los Caballeros, su lugar nativo; mozo ávido de aventuras ó soldado de fortuna en Sevilla; agricultor de pobre éxito. insolvente y de dudosa reputación en Santo Domingo, se transforma en hombre de raras condiciones como Capitán y como colonizador en el istmo, y adquiere en esa tierra, con su sagacidad, su prudencia y su valor, la fama y nombradía con que ha pasado á la posteridad. Balboa fué uno de los descubridores del territorio panameño en 1502, como miembro de la expedición conducida por Rodrigo de Bastidas, y quien años más tarde guió los extenuados restos de la colonia, que se extinguía en las costas orientales de Urabá, para fundar con Enciso, en nuestras riberas del golfo, á Santa María la Antigua, base y cuartel de las siguientes empresas de exploración y de conquista que, recorriendo con el caudillo parte considerable de nuestro haber geográfico, llevaron el estandarte castellano á tremolar sus colores en las cumbres andinas y señalaron sobre las ondas de un nuevo mar amplio horizonte á la expansión y poderío de España.

Y cuando la emulación y la ingratitude levantaron á las orillas del Atlántico un cadalso, para castigar en el héroe supuestos intentos de rebeldía contra la autoridad

local y la majestad de los Reyes, la cabeza que se inclinó al tajo del verdugo no fué sólo la del descubridor, cuya fama en la opinión pública se igualó á la de Colón, sino también la del Gobernador de la provincia de Panamá, título que juntamente con el de Adelantado de la mar del Sur le había discernido la Corona en reconocimiento de sus señalados servicios en la obra inicial de la conquista y colonización del Nuevo Mundo.

No es de extrañar, pues, que en los istmeños haya perdurado la memoria de Balboa con más intenso afecto que en otras secciones del Nuevo Continente la de sus conquistadores, porque las variadas circunstancias en que se agitó su existencia, su rápido ascenso á la fortuna y á la gloria y los arteros medios que concurrieron á su muerte, revisten su personalidad con los dobles caracteres del héroe y del mártir, produciendo la caída de su cabeza el ruido de una protesta formidable é inextinguible, que repercute á través de los siglos demandando, como una debida reparación de justicia póstuma, la más solemne apoteosis.

No murió como Colón, lleno de achaques y cargado de años, pobre y olvidado casi en una posada de Valladolid; ni como Cortés, decepcionado y solo; ni como Gonzalo Jiménez de Quesada, el conquistador de Nueva Granada, deforme y pestilente; ni como su apresador y carcelero, Francisco Pizarro, viejo y víctima de una conjuración, en su propio palacio. Balboa murió como debía morir: de frente á sus enemigos, á los cuarenta y cuatro años de edad, cuando su prestigio, su juventud y las energías de su espíritu le predestinaban á ser el ejecutor de las más extraordinarias hazañas en el mar que había descubierto. Murió quizá á tiempo de legar frescos los laureles de su frente, enhiesto y robusto como el cedro de los impenetrados bosques darienitas, caldeada su alma al fuego del sol tropical y tan viva la mirada como un destello de luz que se quebrara en su refulgente casco de combate. Así, gallardo, férreo, magnífico, su figura semeja en el

cariño panameño la de un guerrero invicto, siempre glorioso y siempre grande.

Intérpretes y participantes de los sentimientos populares, nuestros Gobiernos de toda época han rendido al recuerdo del ajusticiado de Acla los homenajes posibles, ora dando su nombre á la espléndida región marítima del Archipiélago de las Perlas, bien designando con él á algunas vías públicas de las principales poblaciones del territorio jurisdiccional, ya disponiendo por leyes de la Convención Constituyente hacer figurar en el sistema postal y monetario de la República la efigie del inmortal extremeño, y acordando, por último, conmemorar el acontecimiento histórico del cual fué protagonista, con un certamen expositivo en la ciudad capital, destinado, asimismo, á fortalecer, si cabe más, los nexos de todo orden que tiene el país con su progenitora y con sus hermanos en el Mundo de Colón.

Actuando dentro de tan favorable ambiente, la Comisión directora de la Empresa que ejecuta la magna obra del canal interoceánico convino oportunamente en bautizar el puerto terminal de la vía en el Pacífico con el nombre de Balboa, ya que el de Colón lo ostenta la ciudad de entrada en el Atlántico por loable y patriótico acuerdo de la Asamblea provincial de Panamá. De este modo estarán presentados á la perenne admiración de la humanidad que trafique por aquella ruta artificial los nombres de esos dos descubridores, prez de la raza latina, cuya precursora labor de complementación geográfica culmina, al cabo de siglos, por la inteligencia y el esfuerzo humanos, que convierten en realidad la alucinación del que buscó, afanoso, á la altura del Istmo, el anhelado paso que lo llevara á las fabulosas regiones del extremo asiático, y la idea que brotó inmediata de la huella que dejara el otro en el suelo accidentado de nuestras comarcas selváticas.

Por esos continuados actos se ha sobrepuesto á la indiferencia y al olvido la memoria del descubridor del Grande Océano, como una excitación constante á otros

homenajes más dignos de sus méritos y armónicos con el espíritu de los pueblos agradecidos, que modelan y perpetúan en el bronce la imagen corpórea y los hechos salientes de aquellos que, como Balboa, rebasando el nivel común, pasaron á la posteridad con la aureola de los mártires y los atavíos de los héroes.

Fiel á este concepto ha querido Panamá tomar en las solemnidades del cuarto Centenario del descubrimiento del Mar del Sur la parte que le corresponde, concertándose con la madre Patria y con su progenie en la constelación política de Hispano-América en el proyecto de erigir, por el concurso común y como un símbolo de solidaridad de la raza, una estatua colosal que reproduzca y recuerde á las generaciones venideras la arrogante postura y la heroica expresión del conquistador español, actor principal en el memorable acontecimiento que, destruyendo los errores geográficos predominantes y marcando nuevos rumbos al progreso, depositó en la mente de los contemporáneos, como una simiente de gestación laboriosa, la idea de la unión de dos Océanos á través del territorio panameño; primitiva concepción del alma hispana, convertida, al cabo, en asombrosa realidad por la incontrastable energía del pueblo norteamericano.

A la entrada Sur de esa obra colosal, cuya próxima inauguración se anuncia, la estatua de Vasco Nuñez, vaciada en el duro bronce, en pedestal digno de su fama, sobre la roca viva, rodeada y batida por las aguas del mar que descubrió, recibirá eternamente el homenaje de todas las banderas, con legítimo orgullo para su Patria, la noble nación española que llevó á la América, con el lábaro y la espada, su habla de armoniosos acentos, lecciones y ejemplos de hidalguía y de heroísmo, y las chispas generadoras de las conquistas en el campo del derecho y del saber humanos.

VI

Discurso del Ilmo. Sr. D. Adolfo de Motta

Vicepresidente de la Real Sociedad Geográfica

y lectura de la carta del Excmo. Sr. D. Marcelo
de Azcárraga

Presidente de la Sociedad.

EXCMO. SR. :

SEÑORAS Y SEÑORES :

Nuestro digno y querido Presidente el Capitán General D. Marcelo de Azcárraga, lamentando profundamente no poder asistir hoy á esta solemne sesión, me ha dirigido la notable carta que voy á tener el gusto de leer y que dice así :

Godella (Valencia) 23 de Septiembre de 1913.

Excmo. Sr. Vicepresidente de la Real Sociedad Geográfica.

Mi distinguido amigo : Ineludibles atenciones de familia me privan del honor y la satisfacción de presidir el acto con que nuestra Sociedad conmemora uno de los hechos más culminantes de aquella gloriosa é incomparable epopeya que para el descubrimiento y conquista de América realizaron nuestros ascendientes, y no pudiendo, con harto sentimiento mío, asistir á tan solemne fiesta, á V. me dirijo para rogarle se me tenga en ella como presente y que haga saber, tanto á nuestros compañeros de Sociedad, como á las ilustres personas que con su presencia en nuestra Casa nos honran, mi contrariedad por no poder estar entre ellos y mi adhesión á cuantos elogios se dediquen á aquel ilustre caudillo al cual el mundo entero, pero en especial españoles y americanos, estamos obligados á rendirle el tributo de nuestra admiración y de nuestro agradecimiento.

No es la figura del Adelantado Vasco Núñez de Balboa de las que el tiempo empequeñece y borra, antes al contrario, á través de los siglos adquiere más vigor y á medida que la Historia penetra en los detalles de su vida y de sus hechos mayor asombro causan éstos, sobre todo cuando se medita sobre la enorme desproporción que existe entre la magnitud de la obra por él realizada y la insignificancia de los medios que para llevarla á cabo y vencer las dificultades de que estaba erizada pudo disponer.

El hablar de la trascendencia de aquel descubrimiento y de lo que en el progreso y civilización de la humanidad ha influído, no es tarea proporcionada á mis fuerzas ni lugar adecuado esta carta, pero sí me permitiré señalar la feliz coincidencia de que al cabo de cuatro siglos, en que la obra de Balboa no ha dejado de dar sus frutos, venga á completar aquélla en la época en que su cuarto Centenario se celebra, la unión material de los dos mares cuyo primer lazo, que bien podemos llamar de unión moral, fué la expedición que empezada á las orillas del Atlántico terminó nuestro inmortal Adelantado, entrando armado de todas armas en las aguas del Pacífico.

Al dirigir mi saludo á todos los presentes en esa solemnidad, no puedo menos de hacerlo en especial á los dignos representantes de las Repúblicas hispanoamericanas que á nosotros se unen como en fiesta de familia para rendir homenaje al genio que como gloria propia debemos mirar todos, pues si hoy somos ciudadanos de distintas naciones todos igualmente descendemos de los que con él tantas proezas realizaron.

Y para terminar, permitidme que una al vuestro mi modesto aplauso á la feliz iniciativa de la República de Panamá (tan brillantemente expuesta en la carta de su digno Presidente á S. M. Don Alfonso XIII) de erigir un monumento á Balboa en la entrada del nuevo canal, idea á la que todos debemos coadyuvar hasta verla realizada y que tan cordial acogida ha merecido de nuestro egregio Monarca, que tanto entusiasmo muestra por todo lo que

sea enaltecer la memoria de aquellos varones que como eminentes nos señala la Historia, y que en particular, y en lo que á este Centenario se refiere, todos sabemos cuánto interés ha demostrado y cuánto nos ha favorecido con su augusta protección para que dignamente pudiera celebrarse.

Muy agradecido á V., por ser fiel intérprete de mis sentimientos en tan memorable ocasión, me reitero suyo muy afectísimo seguro servidor y amigo, q. s. m. b.,

Marcelo de Azcárraga.

*
**

Después de esta carta y de las doctas y brillantes disertaciones que acabamos de oír, y que todos hemos acogido con los entusiásticos aplausos que merecen, nada nuevo podría yo añadir que tuviera interés y lograrse vuestra atención.

Habré, pues, de limitarme á decir cuatro palabras en nombre de la Real Sociedad Geográfica para significar nuestra intensa gratitud al Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública por la bondad que ha tenido de venir hoy á presidirnos en representación del Gobierno, y aun me atrevo á asegurar que en la de S. M. el Rey, porque tengo la convicción de que si nuestro joven é ilustrado Monarca no hubiera estado ausente de Madrid no habría dejado de asistir hoy á esta sesión dispensándonos el alto honor de presidirla.

Me complazco en dirigir un afectuosísimo saludo á los dignos Representantes diplomáticos de las Repúblicas americanas que nos han honrado con su asistencia, y muy especialmente al Sr. Sosa, Encargado de Negocios de la de Panamá, que no se ha limitado á hacer acto de presencia sino que ha querido tomar parte en la sesión leyendo un interesantísimo discurso, oído con atención y aplaudido con toda justicia.

También debo dar las gracias y felicitar efusivamente á los señores que acaban de proporcionarnos un rato agra-

dabilísimo leyendo ó pronunciando sus doctos é interesantes discursos.

Por último, he de dar igualmente las gracias al selecto público que nos ha honrado con su asistencia, y muy particularmente á las bellas y distinguidas damas que, renunciando hoy á sus paseos, á sus visitas ó á sus teatros, han concurrido á este salón contribuyendo con su presencia al mayor brillo de esta solemne sesión.

VII

Discurso del Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz Jiménez

Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

En elocuente discurso resumió el Sr. Ministro los hechos culminantes del glorioso acontecimiento que ahora se conmemoraba.

Declaró ante todo que si S. M. el Rey hubiera estado en Madrid habríase asociado á este acto, como á toda obra nacional. Honrándose, por su parte, con la presidencia, dijo que se sentía dichoso porque podía rendir tributo de admiración á los españoles del siglo XVI, raza de Quijotes, que supieron realizar actos dignos de la epopeya. Al estudiar nuestra Historia no podía menos que seguir con interés acentuado el relato de las hazañas de aquella caballería andante que salía de España en busca de ignotos lugares en que izar el pendón de Castilla, y admiró siempre á aquel gran Vasco Núñez de Balboa, que desde Santa María la Antigua fué con un puñado de hombres á emprender hazañas en lugares desconocidos, hazañas que no son concebibles sino por el amor á Dios. Una de esas fué la de atravesar inmensos territorios, arrostrar la dureza de climas hostiles y llegar al borde del mar Pacífico para tirar de la espada y tomar de él posesión en nombre de España.

¡Qué recuerdo tan grato! ¡Qué maravilla! ¡Qué des-

consuelo si España no demostrara á aquellos hombres su gratitud!

La idea misma de romper el istmo surgió entre españoles, muy pocos años después del descubrimiento de Balboa.

Estas grandes empresas, estas prodigiosas obras no acaban con el tiempo. Su espíritu es el hilo misterioso que une á las generaciones. Cuando Vasco Núñez de Balboa sale llevando sobre sus hombros, como Cristo la cruz, la enorme responsabilidad de la vida de algunos de sus semejantes y del prestigio de su patria, no podía esperar que al abrirse ahora el istmo fructificaran sus iniciativas y sus aspiraciones.

Dedicó el Sr. Ruiz Jiménez frases de cariñoso afecto al pueblo de Panamá, al que España quiere con el amor de madre.

Finalmente, en nombre del Gobierno ofreció ayuda y concurso para todas las empresas de aproximación hispanoamericana, y para demostrar que estas empresas cuentan con el asentimiento popular, recordó que la sola presencia en la sesión del Representante de Panamá había provocado salvas de aplausos.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

EN LA

REAL SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE LONDRES

TRADUCCIÓN Y COMENTARIOS

POR

Vicente Vera.

La Real Sociedad Geográfica de Londres ha dedicado una sesión solemne á la conmemoración del IV centenario del descubrimiento del Mar Pacífico por Vasco Núñez de Balboa. La sesión se verificó en la noche del 28 de Abril del corriente año.

La parte principal de la solemnidad consistió en la lectura de una interesante comunicación redactada por Sir Clements Makham, Presidente que ha sido de la nombrada Sociedad, siguiendo algunos comentarios á la referida comunicación hechos por Mrs. Nuttall, Sir Everard im Thurn, Dr. Glanvill Corney y Mr. Basil Thomson.

El trabajo de Sir Clements Makham hace resaltar la figura y carácter de Vasco Núñez de Balboa, relata sus hechos principales y describe algunos detalles referentes á su gran descubrimiento. Pero no se detiene en esto, sino que señala, aunque á grandes rasgos, la obra de los españoles en la exploración de la inmensidad del grande Océano, relatando cómo no sólo descubrieron costas, islas y archipiélagos, sino las grandes rutas para la navegación de dicho Océano de Norte á Sur y viceversa, y de Este á

Oeste y al contrario; es decir, confirmando que fueron pilotos españoles los que abrieron á los navegantes posteriores y al comercio del mundo las grandes vías marítimas á través del Océano Pacífico, completando así, en beneficio de la humanidad, el descubrimiento de Vasco Núñez de Balboa.

Algunos de los comentarios subsiguientes, con especialidad los hechos por el Dr. Glanvill Corney y Mr. Basil Thomson, añaden también algunos detalles de interés á la historia del período de las grandes exploraciones españolas y al carácter de aquellos legendarios antepasados nuestros que realizaron la epopeya más grande que han conocido los hombres.

Por la importancia del acto celebrado por la Real Sociedad Geográfica de Londres, por algunos de los datos y conceptos que allí se expusieron y por la oportunidad del suceso, merece que se consigne en nuestro BOLETÍN cuanto en aquella solemne sesión se manifestó, para que constituya digno complemento de lo que en España se haga para conmemorar el descubrimiento del mar Pacífico.

*
**

Comenzó la sesión de la Real Sociedad Geográfica de Londres con las siguientes frases de su ilustre Presidente:

EL PRESIDENTE: «Nuestro veterano ex-Presidente Sir Clements Makham, que tantos servicios ha prestado á nuestra Sociedad y á la Ciencia geográfica, iba á asistir personalmente á la reunión de esta noche para dar lectura á un trabajo por él compuesto acerca de Vasco Núñez de Balboa, el famoso explorador español que fué, según creemos, el primer europeo que vió el mar Pacífico. Desgraciadamente el delicado estado de salud de Sir Clements le ha impedido hallarse presente á la sesión y, por lo tanto, ha tenido la bondad de encargarse de la lectura de su escrito el caballero que se sienta á mi izquierda. Mr. Glanvill Corney ha vivido muchos años en Fiji y se ha dedicado con gran éxito al estudio de los Archivos españoles en lo refe-

rente á los descubrimientos ó exploraciones en el Pacífico. Aunque lamentando la ausencia del autor del trabajo, todos estaréis conformes conmigo en congratularnos de que el escrito sea leído por tan competente sustituto».

A continuación levantóse, pues, el Dr. Glanvill Corney y dió lectura al siguiente trabajo de SIR CLEMENTS MARCHAM acerca de Vasco Núñez de Balboa—1513—1913.

«En varias ocasiones hemos conmemorado el recuerdo de los famosos geógrafos y descubridores de otros tiempos: de Pytheas, el descubridor de nuestra isla; de Colón, del Príncipe Enrique el Navegante, de Vasco de Gama, de los Cabots, de nuestros navegantes de la época de la Reina Isabel y de Franklin y sus infortunados compañeros. El propósito de tales conmemoraciones ha sido despertar y mantener el interés por la Geografía histórica, que es una parte esencial de nuestra ciencia, y yo creo que tal objeto se ha logrado.

Me propongo, ahora, llamar la atención de esta Asamblea hacia un descubrimiento de muy grande y positiva importancia, cual es el del Océano Pacífico y hacia los resultados de este descubrimiento. El descubridor fué uno de los mejores entre los famosos conquistadores españoles, uno de los hombres que llegó á vencer las más formidables dificultades por los métodos más dignos de alabanza y cuya vida fué tan novelesca, tan romántica como deplorable y triste fué su muerte.

El aniversario del descubrimiento á que me refiero no corresponde hasta el próximo mes de Septiembre; pero como entonces esta Sociedad se hallará en vacaciones, lo celebramos ahora. Nuestro héroe esta noche es, pues, Vasco Núñez de Balboa, y el gran hecho que conmemoramos el descubrimiento del Océano Pacífico hace cuatrocientos años.

Es imposible citar un hombre que habiendo llevado á cabo empresas grandes comenzase bajo circunstancias más deprimentes y desesperadas que Vasco Núñez de Balboa.

Dos grandes expediciones habían sido enviadas desde

España y Santo Domingo para formar colonias en las costas de Tierra Firme desde Cartagena hasta Veragua. Ambas expediciones habían sido mal dirigidas y peor administradas, sus jefes murieron y los supervivientes se diseminaron á lo largo de la costa pereciendo, unos tras otros, víctimas del hambre y de la calentura; los poquísimos que en miserable estado se acogieron al fuerte establecido en el golfo de Darién escaparon en un barquichuelo de mala muerte, pero fueron obligados á retornar al mismo sitio.

El problema era convertir aquel grupo de gente miserable y hambrienta en una colonia próspera, sin contar para ello con auxilio exterior de ninguna clase. Muy pocos lo hubieran intentado. Menos lo hubieran conseguido. ¿Y quién fué el que logró tal maravilla? Un fugitivo sin recursos, sin autoridad, sin nombramiento oficial de ninguna clase; un individuo que llegó en una de las naves de Enciso escondido en un tonel para huir de sus acreedores. Tal es cómo aparece por primera vez ante la Historia Vasco Núñez de Balboa.

El nombre de Enciso me induce á solicitar de este auditorio permiso para una breve digresión. Nosotros debemos reverenciar y enaltecer la memoria de los geógrafos *per se*, de los antiguos tiempos. Martín Fernández de Enciso conocía toda la Geografía de su época. Fué un cartógrafo y un geodesta; fué, además, un buen observador. La latitud geográfica que dió para el Cabo de la Vela es absolutamente exacta. Fué, además, tan excelente fisiógrafo que pudo describir cuanto veía con toda precisión, lo mismo en conjunto que en detalle. Su obra *Suma de Geografía*, que comprende 80 hojas y se publicó en Sevilla en 1519, es extraordinariamente rara. Un ejemplar fué vendido últimamente en 80 libras esterlinas. Bien merece ser enaltecida la memoria de este geógrafo *per se*.

Volviendo, ahora, á nuestro héroe. Enciso desembarcó á Vasco Núñez de Balboa entre la desamparada gente del fuerte del golfo de Darién y zarpó de allí con sus barcos.

RESTAURADA Y REPRODUcida
BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
MADRID

Pero Vasco Núñez de Balboa se manifestó en seguida como jefe de pura raza, como hombre nacido para guiar las multitudes. Poseía una influencia magnética sobre los demás hombres, que se veían inclinados sin saber cómo á tener plena confianza en él. Hasta el fiero Francisco Pizarro, que era de más edad y jefe de todos cuando Vasco Núñez llegó, se reconoció inferior á éste.

El primer cuidado de Vasco Núñez fué reunir los restos diseminados de las antiguas expediciones, pues algunos de los supervivientes se hallaban refugiados en el fuerte de Uraba y otros esparcidos por las costas viviendo con los indios. La obra fué en extremo difícil; pero gracias á la energía de un hombre pudo llevarse á cabo. Vasco Núñez alimentó á los hambrientos, cuidó á los enfermos, dió tierras y ayudó á construirse chozas á los hombres útiles y las cosas empezaron á mejorar.

Pero la cuestión de provisiones constituyó la mayor dificultad. El mal proceder de los antecesores de Vasco Núñez en su trato con los naturales del país, á los cuales robaron y maltrataron de la manera más despiadada, fué el principal obstáculo para procurarse vituallas. Vasco Núñez tuvo que conquistar la confianza de los indios, desvanecer los celos y la hostilidad que habían producido las crueldades de Ojeda y de otros que habían precedido á Vasco Núñez. Este logró con los indígenas el mismo éxito que había obtenido con sus propios compatriotas. Sus palabras y sus actos conciliadores consiguieron atraerse la buena voluntad de tribus guerreras animadas hasta entonces de fieros propósitos de hostilidad ante el recuerdo de las atrocidades con ellas cometidas y que habían quedado sin venganza.

Pero á pesar de haber conquistado la confianza de los indígenas tuvo necesidad Vasco Núñez de hacer extensas correrías con el fin de procurar provisiones para su gente. Muy á menudo tuvieron él y sus hombres necesidad de atravesar millas y millas de terrenos pantanosos bajo un sol abrasador, completamente desnudos, con sus vestidu-

ras liadas y empaquetadas á la cabeza, antes de encontrar terrenos bien cultivados y de convencer á los indígenas á que llevasen sus productos al mercado español donde serían bien pagados. Al fin, andando el tiempo, su sabia política, su prudente conducta, su energía y su paciencia vencieron todos los obstáculos; el mercado se vió bien surtido á las puertas del fuerte, y plena confianza en la integridad y justicia del jefe reinó por todas partes.

Llegó entonces para Vasco Núñez la ocasión de solicitar la protección y el apoyo de España que su éxito le daba derecho á esperar. La colonia tenía á su disposición un pobre barquichuelo, y Vasco Núñez lo utilizó enviándolo á Santo Domingo con comisionados para reclamar, en su nombre, urgente ayuda y reconocimiento oficial de su posición como jefe de la colonia. El Almirante, hijo de Colón, respondió como era debido á ambas peticiones. Dos naves fueron despachadas para el golfo de Darién abarrotadas de provisiones, y Vasco Núñez recibió de la Audiencia de Santo Domingo el nombramiento de Alcalde mayor ó Magistrado principal de la colonia que él había creado.

Vasco Núñez dedicó entonces toda su atención á explorar la región del Istmo, á recoger informes respecto á la procedencia ú origen del oro que los naturales poseían y respecto también á las demás producciones ó recursos naturales del país. Llegó á estar en íntimas y amistosas relaciones con los jefes indígenas, entre ellos con los de Coiba, Comogre y Pocorosa. Un largo y detallado mensaje que dirigió al Emperador Carlos V describiendo todo cuanto había hecho y los procedimientos que había seguido, se ha conservado hasta nuestros días y figura en la colección de Navarrete.

Por aquella época, y cuando se hallaba recorriendo el país y recogiendo informes de boca de los jefes amigos de las tribus del Darién, fué cuando Vasco Núñez recibió del hijo de uno de los jefes la sensacional noticia de que al otro lado de las montañas existía un inmenso, ilimitado Océano. Entonces, con unos cuantos acompañantes espa-

ños y guiado por sus amigos del país, el gran descubridor abrióse camino á través de las espesuras y marañas de la selva y escaló las alturas hasta que la extensísima llanura del Océano brilló ante su atónita mirada. El poeta Keats registra y expresa los sentimientos que debió experimentar «el fuerte, el resuelto Núñez, cuando con sus ojos de águila vió al Pacífico y todos sus hombres se miraron unos á otros con bravío recelo, silenciosos, sobre una de las cumbres del Darién».

Efectivamente, hay momentos en los que las palabras no pueden expresar en modo alguno los pensamientos y aquél fué uno de ellos. Vasco Núñez y su gente permanecieron silenciosos en lo alto de una de las cumbres del Darién.

La Historia cuenta que Vasco Núñez de Balboa descendió por las faldas occidentales de la montaña y penetró dentro del mar tremolando la bandera de Castilla y de Aragón sobre su cabeza. Puede que así sucediese. Lo cierto es que si hubiese consagrado los pocos años restantes de su vida á la construcción de barcos, él hubiera podido surcar el Océano que había descubierto.

El nombre de Pacífico dado á aquel mar fué debido al joven hijo del jefe de Comogre, que fué quien informó á Vasco Núñez de su existencia, manifestándole que aquel inmenso Océano siempre se presentaba tranquilo y nunca agitado y rugiente como el mar Caribe (1).

(1) Otra versión es que el nombre de Pacífico no se dió porque el mar estuviera encalmado ó tranquilo, sino porque, no columbrándose en cuanto alcanzaba la vista nave alguna, su inmensa superficie aparecía sumida en una soledad solemne.

También se asegura que el primero que llamó Mar Pacífico al gran Océano fué Magallanes cuando, en 28 de Noviembre de 1520, entró en él después de atravesar el estrecho que hoy lleva su nombre y que Magallanes denominó Estrecho de Todos los Santos. El famoso navegante encontró el gran Océano tranquilo y pacífico, contrastando con los mares tormentosos y agitados que fué surcando hasta pasar á la costa occidental de la América Meridional.

Lo cierto es que los españoles de la época llamaron mar del Sur al descubierto por Vasco Núñez de Balboa, pues tal situación tiene con relación á las tierras del istmo, y la misma denominación le aplicaron en toda su

Considero yo el descubrimiento del Océano Pacífico, por lo menos en sus consecuencias, como una de las más grandes conquistas de la humanidad hechas en aquella época de hazañas y aventuras, porque fué debido tanto á la humana conducta del descubridor como á su valor y resolución, tanto á sus cualidades de jefe como á su discreción y prudencia.

Desde aquel tiempo hasta su muerte todo el anhelo de Vasco Núñez fué surcar el Océano Pacífico. Pretendió que el Emperador le concediera el privilegio de completar la gran empresa que él había empezado con tanta fortuna. La contestación fué enviar un hombre incompetente, de carácter violento, un buscador de oro, sin educación y sin principios, pero con influencia en la Corte y acompañado de fuerzas numerosas para reemplazar á Vasco Núñez. Pedrarias, que tal era el nombre del sujeto, llevó consigo un Obispo, hombre bondadoso y capaz de apreciar la obra de Vasco Núñez, pero llevó también una turba de aventureros de la peor especie. Hacia el fin de Julio del año 1514 fué cuando Pedrarias con sus fuerzas llegó á Santa María de Uraba, y es característico de Vasco Núñez el hallarse entonces en mangas de camisa ayudando á los colonos á edificar viviendas.

extensión. Alonso de Ercilla, en el canto primero de su poema la *Araucana*, dice:

«Es Chile Norte Sur de gran longura
Costa del nuevo mar del Sur llamado»,

y en el canto XXVII, insiste:

«..... y el estrecho
Por donde Magallanes con su gente
Al mar del Sur salió desembocando».

El Capitán Gil González Dávila, en su relación al Emperador Carlos V acerca de su expedición á Nicaragua con fecha 8 de Marzo de 1524, dice «por esta mar del Sur tiene V. M. descubierta tanto adelante al Poniente como por la mar del Norte».

El mismo Pedrarias, en la relación de tierras enviada á S. M. en 15 de Enero de 1529, habla constantemente de la costa Sur y del mar del Sur y expresa, entre otras cosas, «desde Nequepio, que está en el mar del Sur....»

Estas citas pueden multiplicarse cuanto se quiera, por donde se ve que todos los contemporáneos de Vasco Núñez de Balboa que recorrieron aquella región llaman siempre mar del Sur al gran Océano.—V. V.

A la intervención del buen Obispo Quevedo se debió el que á Vasco Núñez se le permitiera acometer la empresa de botar naves en el Pacífico. En lo demás el famoso descubridor vió completamente trastornada toda su sabia y prudente política y los indígenas, cuya amistad había conseguido, convertidos otra vez en enemigos. Escribió una carta desconsoladora al Emperador, pero la única acción que le quedó libre fué el construir buques en la costa del Pacífico para hacerse en ellos á la mar y descubrir nuevas tierras.

La primera medida que Vasco Núñez tomó para esto fué enviar á Cuba un tal Francisco Garavita con la comisión de transportar desde aquella isla los materiales para la construcción de los barcos, de los bergantines como ellos los llamaban. Formóse un puerto en un sitio llamado Acla, donde habían de desembarcarse los materiales, y desde allí hubo que construir un camino á través de las montañas hasta el otro lado del istmo. Las maderas eran cortadas y trabajadas en Acla, donde también se desembarcó todo el herraje, cordelería y el resto de los materiales necesarios para las naves.

Fué una obra de Hércules transportar todo esto desde Acla, á través de los espesos bosques y de las fragosas montañas, hasta la costa del Pacífico. El jefe Careta, suegro de Vasco Núñez, suministró los porteadores. La gente sufrió mucho por escasez de provisiones, pero Vasco Núñez era hombre que sabía vencer todas las dificultades y fué bien secundado por los compañeros que había sabido elegir. El resultado fué que á costa de tremendos esfuerzos se pudo conseguir transportar todos los materiales necesarios hasta las orillas del golfo de San Miguel en el Pacífico. Comenzóse entonces la construcción de las naves, pero aun surgieron nuevos contratiempos.

Sobrevino una marea excepcional, y no estando prevenidos contra ella, las olas se llevaron gran cantidad de la madera sepultando el resto entre el lodo, y los obreros se salvaron encaramándose en los árboles. Hubo que cortar

y trabajar nueva madera en el mismo campo de operaciones, debiéndose solamente á las altas y raras condiciones de Vasco Núñez, á la influencia magnética que ejercía sobre sus gentes y á la detenida atención que ponía en todos los detalles, el que los buques se vieran al fin construídos y botados al agua. Así, pues, al cabo de tantos afanes tuvo á su disposición cuatro naves y 300 hombres en disposición de surcar el mar del Sur.

Un astrólogo veneciano había dicho en cierta ocasión á Vasco Núñez de Balboa que cuando éste viese cierta estrella, que le nombró, en una región determinada de la bóveda celeste, su vida correría gran peligro. Una noche, cuando ya los barcos estaban dispuestos para zarpar, vió Vasco Núñez la estrella en la región indicada por el astrólogo. No pudo menos de reirse de la fatídica predicción, porque precisamente ¿no estaba entonces en el camino de la fortuna? Pero ocurrió que justamente al otro día recibió un aviso urgente de Pedrarias requiriéndole para que se presentase inmediatamente en Acla, pues se necesitaba su consejo para un asunto de importancia. No sospechando la menor traición Vasco Núñez se puso en camino inmediatamente obedeciendo al requerimiento de Pedrarias; pero cuando se hallaba á las puertas de Acla fué arrestado y amarrado por su antiguo amigo y compañero Francisco Pizarro. El gran descubridor lleno de asombro, exclamó: —«¿Qué es esto, Francisco? ¿Cómo sales de esta manera á recibirme?»

No necesitamos entrar en los detalles de aquel asesinato. No puede ni aun calificarse de error judicial, porque el Juez Espinosa protestó. El crimen se cometió en 1517, cuando Vasco Núñez frisaba en los cuarenta y dos años de edad.

La muerte de Vasco Núñez fué para los naturales del país una de las mayores calamidades que pudo ocurrirles. Vasco Núñez había reunido su pequeña flota en el golfo de San Miguel y estaba á punto de aventurarse en el ignoto mar que él había descubierto. Si hubiese zarpado an-

tes de recibir el traidor aviso de Pedrarias hubiera podido ser él el descubridor del gran Imperio de los Incas y la historia de la conquista del Perú hubiera sido muy diferente de la que la realidad ha ofrecido después, mezclada con el nombre del falso amigo de Vasco Núñez, el cruel Francisco Pizarro. Porque Vasco Núñez fué uno de esos hombres que nacen para gobernar á sus semejantes. Tenía el verdadero genio del estadista y del guerrero y era tan humano y prudente como firme en sus propósitos é indomable en su voluntad. Y este gran hombre tuvo el infortunio de ser víctima de la mezquina envidia, de los ruines celos de un canalla incapaz, colocada en el poder merced á la influencia de la Corte.

Pedrarias utilizó los barcos de Vasco Núñez para navegar á lo largo de la costa, hasta una bahía donde, en 1519, fundó la ciudad de Panamá. Los mismos barcos de Vasco Núñez prestaron además servicio en el descubrimiento de las costas de Burica y Nicaragua (1).

Y, ahora, cuán poco realmente sabemos de este famoso istmo de Darién á pesar de que los ingenieros franceses y americanos han estado llamando la atención del mundo hacia las obras maravillosas que allí han ejecutado durante largos años.

Vasco Núñez de Balboa descubrió y el diligente Pascual de Andagoya describió los descubrimientos. Wafer vivió durante algunos meses entre los indios y escribió un interesante relato acerca de ellos. Mi antiguo colega Lorenzo Oliphant, nos dió un informe acerca del río Bayanos que corre por la parte más estrecha del istmo. Elliot Warburton escribió una preciosa descripción de la desgraciada colonia escocesa. Pero no tengo noticia de

(1) Dos de estos navíos, con el licenciado Espinosa á bordo, fueron los primeros que, en efecto, surcaron el mar del Sur. Iban al mando de los Capitanes Juan de Castañeda y Hernán Ponce de León, y llevaban por práctico á Alonso Martín, de Don Benito, que ayudó á construirlos. Estos Capitanes descubrieron el golfo de Osa (golfo Dulce) y la isla del Caño, y llegaron después hasta el golfo de Chiva ó de San Lúcar, más tarde llamado golfo de Salinas, y, por último, golfo de Nicoya, en 1519.—V. V.

ninguna descripción geográfica completa y satisfactoria ni de la cuenca del Bayanos, ni de la cuenca del Chacunague. Los geógrafos tienen, pues, mucho que hacer y que aprender todavía en el istmo de Darién.

Nunca se han pronunciado palabras de tanta verdad ni tan oportunas como cuando nuestro Presidente recordó á esta Sociedad que sería una gran equivocación, un magno error, suponer que la obra de exploración del globo está terminada y cuando expresó su convicción de que todavía hay labor bastante para viajeros y exploradores durante cien años.

Consideremos, ahora, los resultados del gran descubrimiento llevado á cabo por el infortunado Vasco Núñez de Balboa. Veremos cómo las dificultades que ofrece la navegación en el Océano Pacífico fueron vencidas por hombres cuyos servicios fueron sólo sobrepujados en importancia por los del mismo descubridor; veremos cómo dicha navegación fué estorbada por obstáculos naturales, y cómo por estos obstáculos la comunicación con aquellas regiones se vió por largo tiempo diferida y las transacciones comerciales casi imposible de realizarse por las principales rutas del Pacífico, y cómo, al fin, estos problemas fueron resueltos por hombres inspirados de un genio semejante al que brilló en Vasco Núñez de Balboa.

Consideraremos primero la costa occidental de la América del Sur. Bien sabido es con qué penosos esfuerzos logró Bartolomé Ruiz, el piloto de Pizarro, llevar al cruel invasor á lo largo de aquella costa. Sabemos también que en la isla de Gallo sólo 16 hombres se decidieron á estar á su lado y continuar la empresa; tales fueron las privaciones y penalidades sufridas y las que les amenazaban (1). Pero cuando el viaje tuvo que continuarse desde

(1) Los 16 de la fama, que cruzaron la línea trazada por Francisco Pizarro con su espada, fueron: Bartolomé Ruiz (el piloto); Pedro de Candia (griego); Cristóbal de Peralta (que se estableció después en Arequipa); Alonso Briceño (que volvió á España); Nicolás de Rivera (tesorero que se estableció en Cuzco); Juan de la Torre (que se estableció

el Callao á Chile aún llegó á ser más difícil, lento y fastidioso. Reina allí un constante viento del Sur y una corriente antártica que posteriormente se ha llamado corriente de Humboldt. Era más fácil ir desde el Perú á Chile por tierra, atravesando el vasto desierto de Atacama, que por mar.

Juan Bautista de Pastene, piloto genovés, fué considerado como uno de los marinos más hábiles y más conocedores de aquella costa occidental, y, sin embargo, cuando en 1547 fué enviado á Chile para obtener noticias de la rebelión de Gonzalo Pizarro, el viaje le llevó ocho meses anclando todas las noches.

Cuando diez años después los españoles se vieron bastante apurados en su lucha con los indios araucanos y en gran necesidad de refuerzos, ocurrió la misma historia. Diez naves zarparon del Callao bajo el mando de D. García Hurtado de Mendoza, que después fué Marqués de Cañete y famoso Virrey del Perú. Llevó consigo al poeta Alonso de Ercilla, que cantó la historia de la expedición en su famoso poema la *Araucana*. Las naves empezaron á navegar con estandartes, banderas y gallardetes en todos los mástiles y en todos los pañoles de las vergas. El viento hinchaba las velas, y cañones, sacres y falconetes resonaron en salvas celebrando el comienzo de la expedición. Doblóse la punta de San Lorenzo y las cosas cambiaron desde entonces. Vientos del austro soplaban de proa y las naves tuvieron que acogerse á la costa y anclar á menos de 30 millas del Callao. Al día siguiente zarparon de nuevo; pero esta vez sin salvas y sin gallardetes ni banderolas.

en Arequipa); Francisco de Cuéllar; Alonso de Medina (muerto en Tumbes); Domingo de Soraluze; Pedro Alcor; García Paren; Antón de Carrión; Martín de Paz; Diego de Trujillo (que escribió un relato referente al descubrimiento y la conquista, manuscrito que se ha perdido); Jerónimo de Rivera, y Francisco de Villafuerte, que fué el primero en cruzar la línea y que después se estableció en Cuzco.

«Las naos por contrario mar rompiendo la blanca espuma en torno levantaban, y á la furia del austro resistiendo por fuerza á su pesar tierra ganaban; pero sobre el garbiño revolviendo de la gran cordillera se apartaban y de una sola vuelta que viraran el Guarco, á su Nordeste se encontraron.

Mas presto por la popa el Guarco vimos con Chinca de otro bordo emparejando; en alta mar tras esto nos metimos, sobre la Nasca fértil arribando; y al esforzado noto resistimos, su furia y bravas olas contrastando, no bastando los recios movimientos de dos tan poderosos elementos.

Pues las naves del austro combatidas las espumosas olas van cortando, que de valientes soplos impelidas rompen la furia en ellos, azotando las levantadas proas, guarnecidas de planchas de metal.....» (1).

Y así continuaron su viaje anclando por las noches hasta que después de muchos meses llegaron al fin á Penco, puerto de Chile, adonde se dirigían.

El marino que descubrió la ruta para navegar hacia el Sur sin estas penosas dilaciones hizo ciertamente un gran servicio á la humanidad. Su nombre fué Juan Fernández, y creo que era natural de Moguer. Se oye hablar de él por primera vez al volver de Guatemala, donde fué con el conquistador Alvarado. Fué condenado á muerte por Almagro, pero Pizarro, que apreciaba su valor como marino, le perdonó.

Juan Fernández, como hábil marinero, estudió bien el

(1) Alonso de Ercilla.—*La Araucana*.

asunto y tomó su resolución. La fecha de su viaje fué, según creo, en 1563. Zarpó del Callao y fué sorteando mar adentro los vientos del Sur hasta que encontró corrientes del Oeste, y entonces, favorecido por éstas, llegó á Valparaíso. Hizo su viaje en veinte días, descubriendo en su camino las dos islas que llamó de Masatierra y Masafuera, conocidas desde entonces como las islas de Juan Fernández y que años después se hicieron famosas como residencia de Alejandro Selkirk (Robinson). Esta hazaña marinera de Juan Fernández le valió el pleno reconocimiento oficial de su gran mérito y la recompensa consiguiente. El descubrimiento fué importantísimo y él recibió como premio un gran lote de terreno en el precioso valle de Quillota en Chile, y aunque avanzado en años tomó entonces por esposa á una joven llamada Francisca de Soria. Los ochenta había cumplido cuando nació su hijo Diego, y sus descendientes continuaban residiendo en Quillota cuando yo estuve en aquella localidad (1).

El primer uso de importancia que se hizo de la nueva ruta para ir á Chile fué con ocasión de haber sido derrotados los españoles por el cacique Pelantaro en Curalaba y muerto el Gobernador Oñez de Loyola en Diciembre de 1598. Envióse al Callao un apremiante aviso pidiendo refuerzos. Francisco de Quiñones llevó el mando de la escuadra de socorro. Quiñones, siguiendo el ejemplo de Juan Fernández, navegó mar adentro separándose muchas millas de la costa y sorteando los alisios, que soplaban del Sur, hasta encontrar corrientes aéreas más favorables. Así logró hacer la travesía del Callao á la Concepción en el corto tiempo de diez y seis días, desde el 12 al 28 de Mayo de 1529, rapidez que no había tenido precedentes.

(1) Otros investigadores suponen á Juan Fernández nacido en Cartagena, hacia 1530. No debe, en modo alguno, confundirse con otro Juan Fernández ó Fernandes, navegante portugués que hacia 1445 exploró la costa Noroeste de Africa; ni con Juan Fernández Vieira, nacido en la isla de Madera en 1613, el cual, viviendo en Pernambuco (Brasil), capitaneó la guerra contra los Holandeses. Fué Gobernador de Parahyba, primero, y de Angola, en Africa, después.—V. V.

A estas consecuencias, á estos resultados, es á lo que el gran descubrimiento del Pacífico debe su importancia para la humanidad, y los hombres que así supieron aprovechar las circunstancias naturales y obtener esos resultados participan con justicia de la gloria que sobre ellos refleja el genio del primer descubridor. El valor de un descubrimiento puede apreciarse por su utilidad para la Ciencia, por lo que aumenta los conocimientos humanos, por sus efectos en el desarrollo de la riqueza ó por otros beneficios para la humanidad.

Descubrimiento que no satisfaga alguna de estas condiciones no merece la pena de haberse hecho. Por esta razón, abogando por las exploraciones á las regiones polares, yo siempre he censurado el simple afán de llegar á uno ó á otro polo como el objeto principal de una expedición, á no ser que por ello se consiga también algún resultado científico. Tales viajes, inútiles en sí mismos, no sólo producen el pernicioso efecto de distraer energías que pudieran emplearse en labor provechosa, sino que, además, son perjudiciales porque reducen, aminoran, la categoría de la obra de los exploradores.

Cuando un viaje tan asombroso como el que el Capitán Scott y sus bravos compañeros han hecho se lleva á efecto con el propósito de combinar, cual ellos combinaron, importantes resultados científicos con un viaje sin igual por lo heroico, no se puede hacer otra cosa sino admirarlo y ensalzarlo.

Plantar la bandera británica en el Polo Sur por el solo esfuerzo de unos pocos hombres obligados á ir arrastrando su propio trineo, cargado con material y provisiones, á través de todo el helado continente antártico, ha sido gran hazaña. Pero, á mi modo de ver, hubo, si es posible, aun mayor heroísmo cuando nuestros compatriotas, casi en el último grado de aniquilamiento, continuaron porteando aquel precioso saco lleno de piedras que habían de revelar la historia pasada de una inmensa región.

Todo el relato de lo acontecido, desde la botadura de la

Discovery, con su punto culminante al izar el pabellón británico en el Polo Sur, hasta la celebración de la solemne función religiosa en San Pablo en conmemoración de las víctimas de tan famosa expedición, constituye un poema épico que vivirá eternamente en el corazón de todos los ingleses.

Pero volvamos á los descubrimientos en el Océano Pacífico.

¿Pensarían Vasco Núñez de Balboa y sus compañeros, cuando se hallaban

«silenciosos en lo alto de un pico del Darién», en quién podría cruzar el primero aquel mar nuevamente descubierto, y alcanzar más honores y riquezas? Creo que no. Sus pensamientos estarían muy lejos de eso. No podrían traducir en palabras sus ideas, pero, no podemos dudar en que vagamente pensarían en las principales consecuencias de su descubrimiento. Y hombres tales, cuya labor ha de servir á otros, cuyo trabajo tiene por designio y por resultado beneficiar á la humanidad y que buscan el hacer progresar la Ciencia, hombres como Franklin, La Perouse y Scott, cuyas empresas tienen un fin de utilidad permanente, esos son los que se deben considerar como verdaderos descubridores.

Con estos conceptos en nuestra mente es como nos hallamos mejor dispuestos y capacitados para apreciar los méritos de los que resolvieron los problemas de la navegación del Océano Pacífico. El descubrimiento de la ruta para navegar á lo largo de la costa occidental de la América del Sur fué muy importante; pero hallar el modo de efectuar el viaje á través del Océano y volver, es decir, no cruzarlo sólo sino retornar además, fué un descubrimiento de igual importancia.

Meditando ante el descubrimiento del gran Océano por Vasco Núñez de Balboa adquirió Magallanes el convencimiento de que, navegando lo suficiente hacia el Sur, á lo largo de la costa oriental de la América del Sur, habría de encontrar un estrecho ó la terminación del continente.

y de una ú otra manera podría entrar en el mar del Sur, como se llamaba entonces al gran Océano. Esto nos parece ahora muy sencillo, como todas las grandes concepciones lo parecen después de realizadas, pero que no lo son si nos colocamos exactamente en la posición del que las concibe. La de Magallanes fué una gran idea y hombre él apto para realizarla. Descubrió el estrecho que, después de varias tentativas para darle otros nombres, lleva y llevará perennemente el suyo. Navegó en el Océano Pacífico y fué el primero que lo cruzó, encontrando su muerte en una de las islas Filipinas.

Esto acaeció en 1520, solamente siete años después del descubrimiento de Vasco Núñez de Balboa. El viaje de Magallanes fué un hecho verdaderamente memorable, y no hay explorador con más derecho á ser enaltecido por la posteridad; pero yo no alcanzaré ya la celebración de ese Centenario.

A los pocos años, la expedición de García Jofre de Loaysa siguió á la de Magallanes con el mismo propósito de llegar á las islas de las Especies por el Oeste y reclamarlas para España. En Agosto de 1526 Loaysa y su sucesor Sebastián del Cano murieron y fueron sepultados en medio del Océano (1). Pero sus sucesores perseveraron en la empresa y uno de los buques de la expedición consiguió llegar á Tidore, una de las islas de las Especies.

En 1527 se despachó desde Méjico otra expedición mandada por Juan de Saavedra con objeto de informarse del estado y condición de la de Loaysa. Juan de Saavedra

(1) Juan Sebastián del Cano nació en Guetaria (Guipúzcoa) hacia 1460. Merece más particular mención, antes que como segundo y sucesor de Loaysa, por haber tomado parte en la expedición de Magallanes y, como consecuencia, haber sido el primer navegante que dió la vuelta al mundo. Juan Sebastián del Cano fué, en efecto, Capitán de la *Concepción*, una de las naves de la flota de Magallanes. Acompañó á éste en toda su navegación, asistiendo al descubrimiento de las islas de los Ladrones y otras y, finalmente, al de las Filipinas. Muerto allí Magallanes y después Serrano y Barboza, los supervivientes con las dos naves que quedaron, la *Trinidad* y la *Victoria*, procuraron continuar su viaje en demanda de las islas de las Especies ó Molucas. Sebastián del Cano llegó á quedar de jefe de la expedición, des-

cruzó también el Océano Pacífico, reuniéndose con sus compatriotas en Tidore.

Años después, en 1542, Ruy López de Villalobos con una pequeña escuadra zarpó también desde Méjico y llegó á las islas de las Especias con un segundo barco mandado por Iñigo Ortiz de Retes.

Ahora bien; el motivo de haber enumerado estas expediciones, las cuatro primeras que atravesaron el Océano Pacífico, y espero no haber molestado mucho á la Asamblea al hacer esto, es que tales expediciones no retornaron. Trataron de volver, pero no supieron cómo y no volvieron.

La utilidad de una ruta oceánica consiste en que los buques vayan y vengán, manteniendo comunicaciones, cambiando productos, creando necesidades y satisfaciendo éstas. Es evidente, por tanto, que si las naves sólo pueden ir en un sentido y no pueden volver, sus viajes no son de utilidad. El resultado sólo puede ser un fracaso, y esto es lo que ocurrió á las cuatro expediciones que he mencionado.

El barco Almirante de Magallanes, la *Trinidad*, mandado después de su muerte por un excelente y perseverante Oficial llamado González Gómez de Espinosa, fué puesto en disposición de retornar á través del Océano, pero vientos contrarios frustraron el intento. Espinosa intentó hacer cuanto pudo y supo, faltaron las provisiones y al fin se vió obligado á rendirse á los portugueses con su barco y su gente.

Los supervivientes de la expedición de Loaysa se mantuvieron en la isla de Tidore por algún tiempo. No pudieron volver, pelearon bravamente y la historia de sus

subiendo la gran isla de Borneo y últimamente arribando á las Molucas. Cargadas allí las dos naves con especias, una de ellas, la *Trinidad*, intentó desde allí dirigirse á Panamá cruzando el Pacífico de Oeste á Este, pero fracasó en su intento. Sebastián del Cano con la *Victoria* tomó el rumbo opuesto, ó sea hacia Poniente, y, doblando el Cabo de Buena Esperanza, entró en el Atlántico arribando á España en 6 de Septiembre de 1522, realizando así el primer viaje de circunnavegación del globo. Solamente 18 hombres constituyeron la tripulación de la *Victoria* en la última parte de esta expedición memorable.—V. V.

aventuras ha sido perfectamente relatada; pero, al fin, se rindieron al cansancio. Su propio Soberano, el Rey de España, los abandonó renunciando sus derechos sobre las islas de las Especias, y el resto de aquella brava gente volvió á su país en buques portugueses.

Saavedra puso también su nave en disposición de volver á través del Océano, pero vió frustrado su intento como lo vió Espinosa y por el mismo motivo. Rendido á la ansiedad y á la fatiga murió en su lucha contra los vientos contrarios. Fué un buen marino y un hombre inteligente. Creo que Saavedra fué el primero que propuso la construcción de un canal á través del istmo de Panamá.

Villalobos, que mandó la cuarta expedición, según he indicado más arriba, murió en Amboyna. Su segundo en el mando, Iñigo Ortiz de Retes, intentó el viaje de retorno cruzando el Océano en dirección á Méjico y fué el descubridor de toda la costa Norte de Nueva Guinea. También vió inutilizados sus esfuerzos por los vientos contrarios.

Así, pues, el descubrimiento de la ruta para cruzar el Pacífico es cosa pequeña, con relación á la utilidad, comparada con el descubrimiento del modo de ir y volver, permitiendo así al flujo del comercio pasar en uno y otro sentido sobre el vasto Océano. El hombre que llevó á cabo tal descubrimiento debe colocarse al mismo nivel que Juan Fernández, como genios que supieron dar desarrollo y utilidad á la gran obra de Vasco Núñez de Balboa.

No fué el que tal hizo un hombre vulgar. Andrés de Urdaneta era vasco y, no hay que decirlo, de buena familia, porque todos los vascos lo son; pero, además, fué un caballero de esmerada educación. Impulsado por el amor á las aventuras tomó parte en la expedición á las islas de las Especias, expedición de la cual su amigo y paisano Sebastián del Cano fué piloto jefe. Urdaneta tenía á la sazón veintiséis años. Cuatro Comandantes se sucedieron, uno tras otro, en el mando de la expedición, y Urdaneta fué uno de ellos. Pero fué seguramente el hombre más hábil de toda aquella infortunada empresa y el más leal y sin-

cero consejero de sus jefes en sus luchas con los portugueses, en las negociaciones con éstos y en el modo de dirigir á los españoles que se encontraron abandonados por su Soberano, logrando que muchos de ellos se mantuviesen leales en circunstancias difícilísimas y concertando la vuelta de todos ellos hacia la patria. Entonces fué cuando Urdaneta escribió su interesantísimo relato referente á la expedición de Loaysa.

Quando Urdaneta volvió á su país, después de una ausencia de muchos años, había navegado á través del estrecho de Magallanes, había cruzado el Pacífico, conocía bien los archipiélagos orientales y había dado la vuelta al mundo aunque no en la misma nave. Continuó sirviendo á su patria en varios conceptos y, andando el tiempo, fué á Méjico. Al llegar á una edad avanzada, cansado ya de una vida tan aventurera y activa, se hizo monje franciscano.

En 1564 resolvióse enviar una importante expedición desde Méjico para tomar posesión de las islas Filipinas. El mando de esta expedición se confirió á D. Miguel López de Legazpi. Aunque Urdaneta contaba á la sazón sesenta y siete años y había tomado, como queda dicho, el hábito de San Francisco, todo el mundo consideró que no había hombre más á propósito que él para desempeñar el puesto de piloto jefe en la escuadra de Legazpi y hasta una súplica del Soberano se le dirigió á este efecto. Negarse era imposible, y Urdaneta se embarcó, á pesar de su edad y de sus hábitos, como piloto jefe.

La expedición tuvo un éxito completo y las islas Filipinas pasaron á ser colonia española. Pero la permanencia del éxito dependía del comercio con Méjico, y la antigua cuestión de la navegación de retorno á través del Océano Pacífico volvió á presentarse con mayor importancia. Todos los intentos para volver á través del Pacífico habían, hasta entonces, fracasado. Pero el monje piloto, con toda la larga experiencia adquirida en aquellos mares desde sus años mozos, había, como Juan Fer-

nández, combinado el conocimiento del marino con la costumbre de observar de un modo agudo y sutil cuantos hechos y fenómenos naturales caían bajo la acción de sus sentidos. Con estas condiciones aplicó todo su talento á resolver el problema que se le presentaba. Su plan fué navegar con rumbo Norte hasta encontrar vientos que soplasen en sentido contrario al alisio predominante en aquellas regiones del Pacífico, arguyendo que, si el viento constantemente soplabá en una dirección en ciertas latitudes, por fuerza tenía que cambiar y soplar en dirección opuesta sobre alguna otra región del mar. Por consiguiente, su propósito fué navegar desde las islas Filipinas hacia el Norte hasta encontrar el viento que había de conducirle hacia América á través del Pacífico.

Urdaneta anunció su plan y zarpó de Cebú en Junio de 1565. Los hechos demostraron la exactitud de su teoría. Navegando hacia el septentrión llegó á encontrar los vientos favorables que buscaba y pudo cruzar el Gran Océano avistando la costa de California hacia los 40° latitud Norte, haciendo luego un viaje feliz desde allí hasta Acapulco (1). Así, pues, Andrés Urdaneta merece colocarse en la misma línea que Juan Fernández, como uno de los grandes hombres que supieron dar desarrollo y hacer útil el descubrimiento de Vasco Núñez de Balboa.

Un hecho vergonzoso debe mencionarse aquí. El Capitán de una de las naves menores de la flota de Legazpi, habiéndose enterado del plan de Urdaneta tomó sus disposiciones y zarpó secretamente de otra isla del archipiélago filipino unos cuantos días antes que Urdaneta se hiciera á la mar desde Cebú. Como siguió exactamente el plan propuesto por el gran piloto llegó á Acapulco una semana antes que él y reclamó para sí el mérito de haber descubierto la nueva ruta. Pero fué arrestado y enviado otra vez á Filipinas para que Legazpi se las entendiera con él.

(1) Puerto mejicano perteneciente al Estado de Guerrero, situado á los 16° 51' latitud Norte.—V. V.

El descubrimiento de Urdaneta, porque lo hecho por este insigne vasco merece con toda justicia calificarse de descubrimiento, dió inmediatamente por resultado que se desarrollase un comercio floreciente entre Méjico y las islas Filipinas. Los detalles de uno de los viajes que se hicieron entre estos dos países, el de Francisco de Gali, llegaron á conocimiento de Hakluyt (1). Parece que Gali avistó la costa de California á los 37° 30' latitud Norte. Cavendish capturó una nave que llevaba un rico cargamento y que navegaba siguiendo esta ruta en las inmediaciones del cabo de San Lucas el 14 de Noviembre de 1587. Resulta, pues, que, á consecuencia del descubrimiento de Urdaneta, establecióse una lucrativa corriente comercial en la ruta por él señalada á través del Océano.

Los Virreyes del Perú no descuidaron su obligación de hacer descubrimientos en el Pacífico, además de procurar que se practicasen minuciosos reconocimientos en el estrecho de Magallanes, primeramente por Ladrillero y después por Sarmiento. La expedición de Mendaña descubrió las islas Marquesas y de Salomón; Quirós exploró las Nuevas Hébridas, y el Dr. Corney acaba de dar á conocer las importantes expediciones despachadas desde Lima á la isla Oriental y á Tahití algunos años antes de la primer visita del Capitán Cook.

En resumen; á Juan Fernández y á Andrés Urdaneta debe reconocérseles el mérito principal de hallar las rutas que abrieron la navegación del Océano Pacífico al comercio del mundo; pero todos los famosos navegantes del Pacífico, primero españoles y después principalmente ingleses (2), han combinado sus esfuerzos para elaborar la historia que ha esclavizado nuestra atención y que conti-

(1) Ricardo Hakluyt, geógrafo inglés, nacido en 1552, muerto en 1616. Publicó una gran colección de viajes titulada «The principall Navigations, Voiages and Discoveries of the English Nation», cuya primera edición se publicó en 1589.—V. V.

(2) Drake, Hawkins, Dampier, Amson, Byron, Walli Carterac, Cook, Vancouver, Fitz Roy, Darwin, Kellett, Duchey, Denham y los historiadores del Pacífico, Dalvymple, Burney y Hawksworth.

nuará interesando á muchas generaciones aun no nacidas. Todavía existen vastas extensiones en nuestro globo por descubrir y por explorar. Mucho hay también que averiguar y poner en claro en la historia de la Geografía. He aludido antes á los valiosos trabajos del Dr. Corney. Muy recientemente se han hecho por Mrs. Nutall descubrimientos de mayor valor aun relativos á los viajes de Sir Francis Drake. Y aun queda mucho ignorado y que, por consiguiente, habrá que ir añadiendo, á medida que se conozca, á los gloriosos anales cuya primera línea se escribió en aquel pico del Darién hace cuatrocientos años por Vasco Núñez de Balboa, cuyo gran descubrimiento conmemoramos esta noche.

*
**

Terminada la lectura, hecha por Mr. Glanvill Corney, del interesantísimo trabajo de Sir Clements Makham acerca de Vasco Núñez de Balboa, el Presidente de la Real Sociedad Geográfica de Londres pronunció las siguientes frases:

PRESIDENTE: Casi al final del último párrafo del relato de Sir Clements Makham habréis oído una referencia á los estudios de Mrs. Nutall. Celebro mucho que esta dama se halle aquí presente esta noche. Mrs. Nutall, como todos sabéis, se ha dedicado durante muchos años al estudio detenido y profundo de la historia y antigüedades de la América Central, y muy recientemente en sus investigaciones en Méjico, en España y en otros países, ha logrado descubrir documentos muy interesantes y no publicados hasta ahora, que dan mucha luz acerca de la vida y carácter de Drake. Algunos de los resultados de estas investigaciones se han publicado en un número reciente del *Geographical Journal*. Acaso, puesto que se halla presente, Mrs. Nutall se digne favorecernos diciéndonos algo acerca de estas cosas.

MRS. NUTALL: Entre otros muchos puntos de interés, hay uno que queda probado por documentos españoles

relativos al Viaje de circunnavegación de Sir Francis Drake y cuya publicación estoy preparando. El punto á que me refiero es la absoluta falsedad de las acusaciones hechas por el Embajador español ante la Corte de la Reina Isabel contra Sir Francis Drake por haber cruelmente asesinado y mutilado súbditos españoles. Yo he coleccionado el testimonio de 17 de sus prisioneros respecto al tratamiento á que fueron sometidos, y todos están conformes en que Drake «no mató á nadie». Es posible, sin embargo, hallar el origen del falso rumor, extendido por toda la costa de la América central y meridional, acusando á la gente de Drake de haber ahorcado un piloto.

Posteriormente esto se exageró diciendo que el piloto había sido muerto á puñaladas. Cuando Drake volvió á Inglaterra después de su gran viaje hallóse con que el Embajador español le acusaba, no sólo de haber asesinado á muchos súbditos españoles, sino de haberles cortado las manos ó los brazos y de haber hecho otras mutilaciones.

Drake pidió, con gran indignación, que se abriese una información oficial y que todos los caballeros é individuos de su tripulación fuesen sometidos á un interrogatorio. Según es bien sabido, todos declararon y firmaron una completa negativa á aquellas graves acusaciones, documento que se conserva en el Registro oficial.

Antes de acudir al recurso de aprisionar pilotos concedores de la costa, pilotos que pudieran mostrarle dónde se podría hacer aguada sin peligro, Drake había perdido varios miembros de su tripulación al desembarcar con tal objeto. En la isla de Mocha los indios se hallaban en completo estado de rebelión y atacaron á los ingleses tomándolos por españoles.

En otra ocasión, un individuo llamado Ricardo Minivy perdió la vida. Al leer el relato que de su muerte hicieron sus propios compatriotas en el «Globo Circundado», cualquiera creería que Minivy había muerto víctima de su loca temeridad, puesto que lo califican así, de «temerario», y manifiestan que «había determinado morir allí».

Por el relato oficial español sabemos que lo que realmente hizo fué reunir los hombres que se hallaban bajo sus órdenes, disponer que se echasen al agua y se apresurasen á llegar á la roca donde su bote les estaba aguardando. Con objeto de proteger la retirada de su gente, Minivy hizo frente á los jinetes españoles que avanzaban, disparó contra ellos su arcabuz y últimamente desenvainó su espada dispuesto á resistirlos. Naturalmente, los españoles hicieron también fuego y lo mataron (1).

Me complace, pues, presentar á sus compatriotas á este Ricardo Minivy como un héroe hasta ahora ignorado y recientemente descubierto, puesto que, como el relato español revela, sacrificó gallardamente su vida por salvar la de sus compañeros.

SIR EVERARD IM THURN: Me agrada mucho tener ocasión de expresar el alto aprecio que me merece el trabajo de Sir Clements Makham, que acaba de ser leído por mi amigo Mr. Glanvill Corney. Dicho trabajo pone de manifiesto, en forma clara, breve y fácilmente inteligible, la historia de la primera mirada que los hombres de raza europea lanzaron sobre el Océano Pacífico. Me ha parecido siempre muy difícil trazar la historia completa y precisa de las circunstancias que permitieron á Vasco Núñez de Balboa tener la gloria de columbrar el gran Océano desde «un pico del Darién», y mucho debemos á Sir Clements Makham por haber hecho ahora con tanta perfección descripción tan interesante.

Trata también incidentalmente la subsiguiente historia del Pacífico durante los cuatrocientos años transcurridos desde la fecha de su descubrimiento. Mientras oía ese trabajo y contemplaba el gran mapa que tenemos á la vista, no pude menos de reflexionar acerca de la fragmen-

(1) En el mismo relato se dice «que en el pecho del muerto encontraron un libro en cuyas márgenes había muchas notas tomadas de la Sagrada Escritura. Este libro fué decomisado por las autoridades civiles y quemado como herético.—*N. de Mrs. Nuthall.*

taria historia de los hechos acaecidos en ese mar Pacífico durante los aludidos cuatrocientos años.

Como Sir Clements Makham ha indicado muy bien, por largo tiempo, á partir de 1513, no se hizo en aquel mar ningún detallado trabajo de exploración y descubrimiento; y excepto á lo largo de la costa occidental de la América del Sur, casi lo único que ocurrió, después del descubrimiento de Vasco Núñez, fué que ocasionalmente buques de varias nacionalidades navegaron á través del «silencioso mar» pero sin hacer descubrimientos definitivos, ó por lo menos sin dejar, que se sepa, relación en que se consignaran los descubrimientos que se hubieran hecho. La primera vez en que la civilización comenzó á ver resultados positivos de tal descubrimiento fué en el período de nuestros grandes navegantes ingleses y de sus contemporáneos franceses, cuando Byron, Carterat, Wallis, Cook y Bougainville descubrieron tantas islas y costas en los mares del Sur; y á Cook y á su compañero Sir Joseph Banks es á los que debemos el primer establecimiento de los europeos en el Pacífico, en Puerto Felipe, en Nueva Holanda ó, como decimos ahora, en Nueva Gales del Sur, en Australia (1).

Además, á la fundación de este primer establecimiento

(1) Es extraño que Sir Everard im Thurn, después de oír el magnífico trabajo de Sir Clements Makham y los hechos que en él se consignan no tenga, al hablar de la historia del Pacífico durante los cuatrocientos años siguientes á su descubrimiento, una sola palabra para los navegantes y exploradores españoles; es más, dice: «que por muchos años después de 1513 no se hizo en aquel mar ningún detallado trabajo de exploración y descubrimiento; y excepto á lo largo de la costa occidental de la América del Sur, casi lo único que ocurrió, después del descubrimiento de Vasco Núñez de Balboa, fué que *ocasionalmente buques de varias nacionalidades* navegaron á través del *silencioso mar*, pero sin hacer descubrimientos definitivos».

Esto pugna, digo, con lo que acababa de consignar Sir Clements Makham. Por lo visto para Sir Everard no significan nada el viaje de Magallanes, descubriendo el estrecho de su nombre, pasando el primero del Atlántico al Pacífico, surcando éste en casi toda su anchura de Este á Oeste, descubriendo las islas de los Ladrones, las Filipinas y otras islas; ni la continuación del viaje por Sebastián del Cano, descubriendo la isla de Borneo, arribando á las Molucas y volviendo á España por el Cabo, rea-

en la porción occidental del Pacífico es á la que debemos muchísimo del desarrollo práctico que posteriormente han tenido aquellas regiones; porque fué consecuencia de existir tal establecimiento el que los buques fueran atraídos en número cada año más creciente hacia las aguas del Pacífico occidental, parte de ellos para comerciar entre las Islas Británicas y las colonias de Nueva Inglaterra en la costa oriental de América y el nuevo establecimiento de Nueva Holanda, y después desde éste con las Indias Orientales y con China, y otra parte, para dedicarse á la pesca de las ballenas que entonces abundaban en aquellas aguas (1).

Estos barcos fueron los que, en el curso de sus viajes, descubrieron las costas é islas que Cook y sus compañeros no hubieron descubierto. Apenas si se ha hecho todavía la historia completa y exacta de todo esto, pero es de justicia consignar que una gran parte de estos últimos descubrimientos se debe á los buques procedentes de Nueva Inglaterra.

lizando el primer viaje alrededor del mundo; ni el descubrimiento de las islas Marquesas y de Salomón por Mendaña; ni la exploración de las Nuevas-Hébridas por Quirós; ni los viajes y descubrimientos de este célebre marino, los de Juan de Gaytán, Boenechea, Mourelle y tantos otros; ni, en fin, el descubrimiento de las grandes rutas de la navegación á través del Pacífico que hicieron, por una parte Juan Fernández, y por otra, Urdaneta, como magistralmente hace resaltar Sir Clements Makham.

Respecto á la fundación de establecimientos europeos en el Pacífico, es igualmente inexacto é injusto. Miguel López de Legazpi fundó San Miguel en Cebú en 1565, y la ciudad de Manila, en Luzón, en 1571, y hasta 1788 no se fundó el primer establecimiento inglés en Australia, esto es, más de dos siglos después de existir ya en aquellas regiones ciudades españolas, que merced al descubrimiento de Urdaneta sostenían ya un comercio floreciente con Méjico á través del Pacífico. Los españoles, pues, no sólo descubrieron el Gran Océano, sino que lo surcaron en todas direcciones, exploraron en él islas y archipiélagos, hallaron las grandes rutas para la navegación y fundaron ciudades y colonias florecientes, cientos de años antes que los navegantes á que alude Sir Everard empezaran á hacer sus correrías. En una palabra, los exploradores españoles fueron los que, como dice cierta fábula, trajeron las gallinas.—V. V.

(1) El primer establecimiento inglés fundado en Australia fué Port Jackson, en 1788. Los españoles visitaron las costas de Australia en 1606. El Capitán Cook, en 1770.—V. V.

Mucho antes de la época del Capitán Cook se había desarrollado en Nueva Inglaterra una colonia formada por marinos y comerciantes hábiles y emprendedores en grado extraordinario; y éstos, antes de la Declaración de Independencia, no eran muy bien recibidos en las otras regiones del Viejo Mundo. Encontrando, pues, más ó menos cerrados para ellos los puertos de los antiguos continentes, estos marinos de Nueva Inglaterra enderezaron la mayor parte de sus empresas hacia los recientemente descubiertos mares del Sur, cuando en Puerto Felipe se había fundado un establecimiento donde podían colocar parte de su cargamento y tomar en su lugar nuevos artículos.

A los barcos atraídos por los establecimientos ó colonias de Australia es, pues, á los que debemos el descubrimiento de las islas no encontradas por Cook y los navegantes que le siguieron, ingleses, franceses, rusos ó americanos.

Puede excusársenos á algunos de nosotros por no dejar de experimentar cierto sentimiento de que no haya quedado nada por descubrir en el Pacífico; quiero decir, nuevas tierras, nuevas islas. Las grandes rutas comerciales oceánicas abiertas desde San Francisco y desde Vancouver á través del Pacífico central y septentrional han estado por algún tiempo utilizadas con gran actividad. Se nos dice que el año próximo el canal de Panamá quedará abierto ofreciendo una nueva ruta, más meridional, á través del Gran Océano, la cual ejercerá enorme influencia en el comercio mundial y que esto pondrá fin, cuatrocientos años después que Vasco Núñez cruzó el istmo, al hasta ahora tremendo obstáculo terrestre que á través de Panamá se presenta entre los dos mares.

MR. GLANVILL CORNEY: Quiero ante todo dar gracias á este auditorio por la profunda atención que bondadosamente ha prestado á la comunicación de Sir Clements Makham que he tenido ocasión de leer. Dos sentimientos se han despertado en mi ánimo como consecuencia de este hecho: uno de ellos es ver con gran satisfacción que el acon-

tecimiento que aquí conmemoramos esta noche es considerado como de positivo interés, de intrínseca importancia, por todos vosotros. El otro es que Sir Clements ha conseguido exponer, primero todo lo referente á la narración de los hechos de Vasco Núñez, y luego sus comentarios acerca de dichos hechos y sus resultados, de un modo tan interesante como atractivo. Nos ha instruído deleitándonos.

Hay una ó dos pequeñas cuestiones que tienen relación con la vida de Vasco Núñez que no han sido mencionadas en detalle en el trabajo de Sir Clements, y á las cuales acaso me permitiréis que me refiera por unos momentos. La existencia de aquel hombre fué, podríamos decir, meteórica. Hace su primera aparición en el escenario de la Historia emergiendo de un tonel ó, como algunos escritores dicen, saliendo de entre los pliegues de una vela ó trozo de lona, donde se había escondido para huir de sus acreedores. Logra escapar de la ira de un patrón de barco charlatán, cuando su presencia es revelada á bordo. Después, al cabo de algunos días de viaje, desembarca en el territorio de una colonia recién formada y prontamente llega á ser Gobernador de ella, prestándose voluntariamente el anterior Gobernador á ser uno de sus funcionarios. Luego descubre el Océano Pacífico, sobre lo cual no he de decir una palabra más; pero la recompensa que obtiene es ser decapitado por sus compatriotas. Su cabeza, clavada en lo alto de un poste, fué expuesta al populacho, y, en cambio, su nombre ha llegado á la posteridad como el de un héroe y el de un bienhechor de la humanidad. Todo esto le aconteció á Vasco Núñez de Balboa en el corto transcurso de cinco años. Creo que no se podrá presentar otro ejemplo semejante en la vida de un hombre.

Hay otro nombre que quisiera mencionar, y es el de Alonso Martín.

Quintana, celebrado poeta español de mediados del siglo último, reunió todos los datos originales relativos á la labor y hazañas de Vasco Núñez, haciendo después

un relato en forma muy atractiva, y nos dice que cuando Vasco Núñez y su gente llegaron á lo alto de una eminencia, que, entre paréntesis, no creo fuera un pico, opino más bien que sería una loma, pues juzgo que Vasco Núñez no era un hombre que escalase un pico á menos que fuese absolutamente necesario, y si tuvo precisión de cruzar una cordillera buscaría seguramente los lugares más accesibles y el camino más fácil para lograrlo; Quintana nos dice, repito, que habiendo llegado á una eminencia dió el alto á su gente y entonces él avanzó solo un poco más hacia el borde, desde donde distinguió por primera vez el mar Pacífico. No habló palabra en tal ocasión, pues la Historia dice que hizo señas á su tropa para que se aproximasen, para que se le uniesen; de donde se deduce que estaba distanciado de ellos lo bastante para que no se oyera la voz. Cuando sus compañeros se le unieron dijo á tres de ellos que descendieran por la vertiente en dirección hacia el mar recientemente descubierto y buscaran la ruta más fácil para el resto de la gente, entre la cual había algunos enfermos. Los tres individuos á quienes dió este encargo fueron Francisco Pizarro, Juan Ezgaray y Alonso Martín. De estos tres hombres, Alonso Martín fué el primero que llegó á la orilla misma del Pacífico y celebró ó anunció el suceso de un modo análogo á como había procedido Vasco Núñez al columbrarlo desde la loma. Cuando Alonso Martín llegó á la playa empujó una canoa de los indígenas que á la sazón allí había hasta que quedó flotando en las aguas; entonces saltó en ella y se sentó á bordo quedando en contemplación aguardando á sus otros dos compañeros. Una vez reunidos volvieron pies atrás é informaron á Vasco Núñez de Balboa acerca del camino que habían seguido y el resto de la gente descendió á la orilla. Se dice que Vasco Núñez de Balboa aguardó á que llegase la marea alta y entonces penetró en el agua con su escudo á la espalda, su espada desnuda en una mano y tremolando en la otra una bandera con la imagen de la Virgen bordada en ella y con las armas de Castilla y de

Aragón á los pies de la sagrada imagen. Y en esta guisa declaró solemnemente que el Océano Pacífico con todas sus costas quedaba para siempre en posesión de los Reyes de España.

Respecto al estudio á que me hallo dedicado con gran interés y á que se ha hecho referencia, puedo decir que empecé mis investigaciones sin dar gran importancia á algunos informes fragmentarios que había leído y que estuvieron muy lejos de satisfacerme con referencia á ciertos descubrimientos hechos en la parte oriental del Pacífico por los españoles durante el tercer cuarto del siglo XVIII. Había oído que ciertos buques españoles visitaron el archipiélago de Tahiti por el tiempo en que el Capitán Cook estuvo allí. No he podido encontrar datos positivos referentes á tal viaje, y utilicé el tiempo, que por acaso tuve á mi disposición durante mis vacaciones, en visitar los inmensos tesoros que encierran los archivos de Sevilla y de Madrid, en lo que se refiere á la historia de las Indias, que es como llamaban á las posesiones españolas en América. Por fortuna, ó por lo que realmente podría llamar serie de felices casualidades, pude ir reuniendo poco á poco la información que deseaba. En un principio no tenía intención de publicar mis investigaciones; pero, cuando encontré los datos que buscaba, me parecieron tan interesantes y de tanta importancia para la historia de los descubrimientos geográficos y, en cierta extensión, para el conocimiento de la antropología de los naturales de Tahiti en los primeros tiempos en que fueron conocidos y antes de que fuesen corrompidos por la influencia europea, que ordené y preparé mis trabajos para la publicación y espero que para fin de este año la Sociedad Hakluyt (que es como decir Sir Clements Makham, porque Sir Clements Makham ha sido el alma de dicha Sociedad desde 1846) los publicará.

Creo que Sir Clements Makham es el único superviviente de los fundadores de la Sociedad Hakluyt, y á él se unió mi padre, precisamente en el año que acabo de nombrar.

El otro punto que deseaba mencionar es que considero verdaderamente una lástima que no podamos conmemorar esta ocasión, es decir, el cuarto Centenario del descubrimiento del Pacífico, con otro gran acontecimiento que está muy próximo, á saber, la apertura del canal de Panamá. Hubiera sido muy interesante que tal apertura hubiese coincidido con el aniversario cuatrocientos del descubrimiento del Océano Pacífico por Vasco Núñez de Balboa.

MR. BASIL THOMSON: Acaso es ya muy tarde para entrar en detalles sobre las cuestiones que ha suscitado la lectura de la comunicación de Sir Clements Makham, pero hay que confesar que tal lectura ha sido muy sugestiva para todo el que haya vivido en el Pacífico.

Lo más trágico y lo más romántico de todo lo que acaeció á los exploradores perdidos en aquellas inmensidades, sólo es conocido de nosotros por tradiciones de los indígenas; y cuando Sir Clements Makham decía en su trabajo que la historia de la Geografía es aún materia de mucho estudio en lo que se refiere al Pacífico, sentía deseos de decir algunas palabras en favor de la referida tradición indígena.

Acerca de las cuatro expediciones, mencionadas por Sir Clements, que trataron de volver y no lo consiguieron nunca, la tradición de los naturales de aquellas regiones puede ayudarnos.

Saavedra se hizo á la mar con tres naves. Cuando se hallaba á más de mil leguas de Nueva España, es decir, á 200 ó 300 millas de las islas de Hawai, los dos buques menores desaparecieron durante un temporal, y por la misma época, según la tradición indígena, un barco extranjero naufragó en las mencionadas islas de Hawai, salvándose dos hombres de raza blanca, que quedaron como únicos supervivientes. Según la tradición indígena, estos dos hombres blancos fueron los antecesores de los Jefes de Keei.

Esto trae á mi mente otro patético incidente en la historia del descubrimiento del Pacífico. Cuando *La Pérouse*

naufragó en Vanikoro, no es dudoso que gran parte de la tripulación de uno de los buques se salvó; y es positivamente cierto que cuando Dillon visitó aquella isla en 1826, hubiera podido rescatar uno de los supervivientes con sólo haber llegado seis meses antes. Así, pues, durante todo el período que abarca el descubrimiento de las diferentes regiones que en su inmensidad abraza el Grande Océano, es seguro que muchos hombres de raza blanca quedaron por allí, casáronse y dejaron sucesión en las islas del Pacífico. No sabremos nunca cómo fueron recibidos por los indígenas, ni las aventuras y azar á que les condujo su suerte.

Hay otro punto sobre el cual quiero hacer alguna reflexión y que particularmente recomiendo á Mrs. Nutall y al Dr. Corney. Sir Clements Makham menciona otro viajero que tampoco volvió, á saber, Villalobos. Su piloto fué Juan Gaetano. Hace algunos años el Gobierno de Hawai, en respuesta á ciertas pesquisas por él practicadas, fué informado por el Ministerio de Estado de Madrid haciéndole saber que en los Archivos españoles existe una carta geográfica que contiene una delineación bastante bien hecha de aquellas islas y una nota en la misma carta manifestando que tales islas fueron descubiertas en 1555 por Juan Gaetano. El despacho en que consta tal manifestación fué marcado con el número 66 del año 1866. Supongo que la referida carta geográfica se conserva en los Archivos españoles y se la recomiendo á Mr. Corney cuando vuelva á hacer investigación en dichos Archivos (1).

(1) En *La Polinesia y en Descubrimiento de la Oceanía por los españoles*, obras publicadas por el actual Secretario general de la Real Sociedad Geográfica de Madrid Sr. Beltrán y Rózpide en 1884 y en 1892 respectivamente, hay noticia y estudio, en parte documentado, de este y otros descubrimientos y navegaciones á que ahora se refieren los doctísimos miembros de la Real Sociedad Geográfica de Londres. Las principales expediciones que estudia el Sr. Beltrán son las de Loaysa en 1525, Saavedra en 1527, Grijalva en 1536, López de Villalobos, Gaytán y Ortiz de Retes en 1542, Legazpi en 1564, Mendaña en 1567 y 1595, los dos ó más Juan Fernández de 1534 á 1600, Gali en 1582, Fernández de Quirós y Váez

También deseo decir algunas palabras más acerca de los españoles. Siempre he considerado que se ha cometido con ellos una gran injusticia. El tratamiento que los naturales del Pacífico recibieron de parte de los españoles puede compararse muy favorablemente con el que practicamos ó recomendamos en estos tiempos. Es verdad que secuestraban indígenas y les robaban los niños; pero todo esto no era para tener mano de obra barata, obreros esclavos, sino para asegurar conversos á su religión. El hecho es que la religión ejerció sobre la conducta de los españoles una influencia más activa, más intensa, de lo que nos hallamos inclinados á creer. Respecto á ello, puede citarse un pasaje muy interesante consignado en el relato del viaje de Mendaña. Andaban muy mal los españoles por escasez de provisiones y los naturales les eran todos muy hostiles. Apretaba el hambre y había que tomar alguna resolución. Mendaña llamó al Capellán que formaba parte de la expedición y le preguntó si sería legítimo apoderarse de alimentos donde los encontraran. La respuesta del Capellán fué digna de los tiempos actuales, es decir, la que hubiera podido darse, no en el siglo XVI, sino en este mismo año: «Es legítimo—dijo—apoderarse de una cantidad moderada de provisiones, pero debe dejarse en pago de ellas lo que corresponda. Pero también es legítimo, si se viesen atacados y en peligro sus vidas, defenderse contra los agresores».

Como en aquella ocasión había un Jefe á quien obedecer (Mendaña), la gente siguió el consejo del Capellán.

de Torres en 1605. En los albores del siglo XVII los españoles habían ya descubierto las Filipinas, Marianas, Carolinas y Marshall, Sandwich ó Hauaii, las Marquesas, Tuamotu, Tokelau y Esparadas australes, Salomón, Santa Cruz y Nuevas Hébridas, Nueva Guinea y las costas septentrional y oriental de la Australia, es decir, casi todas las principales tierras de la Oceanía.

En el siglo XVIII los González de Haedo, Domonte, Boenechea, Lángara, Mourelle, Malaspina y otros marinos españoles prosiguieron los descubrimientos y estudios hidrográficos y geográficos en los mares y tierras del Pacífico, descubrimientos y estudios en los que tomaban ya parte muy principal navegantes de otras nacionalidades.—(V. V.)

En los casos en que las tropas de aventureros se vieron faltas de una autoridad fué cuando ocurrió lo contrario. Exactamente lo mismo acontece ahora.

Estoy convencido de que los españoles, durante el famoso período de sus descubrimientos, poseyeron todas las grandes cualidades de que puede vanagloriarse una raza, menos una. Mostraron un valor indomable; tuvieron arranque y aliento para las más altas empresas; se hallaron animados de gran ambición; pero les faltó disciplina. Esta fué la buena cualidad de que carecieron. Es característico de casi todos aquellos viajes y expediciones que, más pronto ó más tarde, el Comandante tuviera que vérselas con algún motín ó revuelta de la gente á sus órdenes. Y en estos días, cuando el respeto á la autoridad y el sentido á la disciplina se hallan por todas partes en decadencia, la historia de los descubrimientos españoles y la ruina del Imperio Colonial español, son asuntos que se prestan á la reflexión.

PRESIDENTE: Creo que podemos dar por terminada esta solemnidad; pero estoy seguro que no querréis despediros sin acordar un voto de gracias á Sir Clements Makham, autor de la comunicación que aquí se ha leído esta noche.

No es mala cosa que, de cuando en cuando, nos apartemos de la ruta corriente, de nuestro trabajo de exploración geográfica contemporánea, y, conducidos por un guía tan competente como Sir Clements Makham, exploremos los archivos del pasado y oigamos los relatos de las hazañas y los magnos hechos de los hombres de otros días.

NOTICIA DE LA NAVEGACIÓN
DE LA FRAGATA DE GUERRA TITULADA «SANTA ROSALÍA»
EN EL AÑO DE 1774

Extracto del Diario de la navegación
de dicha fragata hecho por el Teniente de Navío
D. José de Mazarredo.

(Continuación).

Travesía en el paralelo meridional de 20 1/2 grados.

Estado geo-
gráfico de
esta latitud.

40. Si interesa á los navegantes el conocimiento ó noticia de las diferencias ordinarias que se experimentan de ida y vuelta por sus respectivos parajes en el crucero de la zona Tórrida en este mar y el muy esencial de la variación para corregir por ella sus estimas, no se hacía menos necesaria é importante una ilustración de este paralelo y sus inmediatos en que se figuran tantos tropiezos, pues señala el derrotero portugués con las cartas holandesas cuatro ó cinco islotes con el nombre de Martín Vaz y Santa María de Agosto entre 20° y 21° 15' de latitud, y desde los 10° 22' hasta los 14° 16' de longitud occidental de Cádiz, y corrigiendo los 7° 32' en que Pimentel y los antiguos erraban hacia Oriente la situación de cabo Frío y relativamente toda la costa del Brasil, debían recelarse los referidos islotes entre las longitudes de 17° 54' y 21° 48' de nuestras cuentas. Ya Mr. d'Apres tenía advertido que dos balandras expresamente despachadas por la Compañía oriental francesa el año de 31, habían recorrido

las latitudes entre 19° y 26° sin encontrarlos; que en el de 39 Mr. Bouvet, Capitán de un navío de la Compañía, partiendo del cabo de Buena Esperanza, se puso en la de 20° 30', corriéndola sin ver más que la isla de la Trinidad; y que por último, el autor, volviendo de China el 52, hizo 700 leguas, como hasta 80 de la costa del Brasil por entre los paralelos de 20° 50' y 21° 15' navegando con todo cuidado y principalmente con la precaución de no hacer camino de noche sin descubrir alguno de tales Martín Vaz, ni tener los menores indicios de su cercanía, como había sucedido á los anteriores.

41. Esto es por lo que hace á dichos islotes; pero no han ocurrido menos dudas y opiniones sobre la existencia de dos islas, una nombrada la Trinidad y otra la Ascensión, sosteniendo los portugueses (y las cartas holandesas) ser dos realmente con distinta descripción de una y otra (á que ya avenían también las cartas francesas), y los demás no haber más de una, diversamente denominada según las estimas de los que la han encontrado. Tenía esta opinión el gran vigor de acaudillarla Edmundo Halley, que continuando sus observaciones de vientos, mareas y magnetismo á que fué sometido, recorrió el paralelo 20 1/2 grados y sus inmediatos muy prolijamente y vió sólo una isla á que llamó Trinidad (porque venía del E. y era el nombre que se daba á la oriental), situándola 12° largos al E. de cabo Frío, de que los españoles la han contado siempre distante sólo poco más de 11° (bien que denominándola Ascensión cuando la han visto), según la estableció después Mr. d'Apres, quien primero seguía la opinión de Halley y más común; pero cedió, finalmente, á la autoridad de la reciente noticia de Mr. Duponcel, Capitán de la fragata la «Fama», que en 1760, navegadas desde la Trinidad como 100 leguas al O., vió la Ascensión, dando su latitud 15' meridional á la de la primera.

42. Pareció, pues, al Comandante necesaria una nueva travesía por el paralelo 20 1/2 grados, á fin de que con nuestra observación, agregada á las noticias referidas,

Objeto de esta travesía.

poder determinar la seguridad ó cuidados con que deba navegarse en él en lo sucesivo, y á este objeto arribó al O. el 23 de Marzo, hallándonos, como se ha dicho, en $13^{\circ} 14'$ de longitud occidental para estima, y todavía con 3° de diferencia al E., según tan contestes observaciones.

Estado d el tiempo.

43. Al llegar al paralelo, y aun desde dos días antes, tuvimos frescachón el viento al E. con mar del S. E., más gruesa de lo ordinario en estas latitudes, y una cerrazón de semblantes tal que nos indujo á sospechar había muy mal tiempo en altura (revolución del equinoccio), confir-mándolo con la casi calma que sucedió del 25 al 28, vol-viendo después á entablarse la brisa bonancible al primer cuadrante, interrumpida al principio con algunas variedades del N. al N. O.

Conducta en la derrota.

44. Navegamos como pudiera hacerse para una descu-bierta primera, esto es, atravesándonos por la noche de uno y otro bordo, así que se caminaba la mitad y aun menos de lo examinado con la vista al ponerse el sol, haciendo nuestra derrota dentro del mismo paralelo sin otra al-teración que las constantes diferencias S. que se enmen-daban diariamente.

Constante vi-sita de pája-ros.

45. Antes de navegar 3° de longitud empezamos á ver corvas, rabiahorcados y bobos é inmediatamente algunos charranes, otro pájaro negro de su tamaño y vuelo, con tal cual rabijunco; si los charranes guardasen aquí la ley comunmente observada en Santa Elena, deberíamos ha-ber tenido tierra no lejos, pero de nada nos apercibimos que nos indujese á sospecharla aún, hasta que crecieron las especies de pájaros, entre otras los gaviotones, como mangas de beludo, multiplicándose al infinito el número de todas desde los 21° de longitud; y siguiendo nuestra derrota con todas las precauciones debidas, á las seis de la mañana del 4 de Abril avistamos tierra desde el tope, que demoraba al O. y se reconoció muy pronto aun de abajo ser los islotes orientales de la isla de la Trinidad que se vió igualmente desde el alcázar para las ocho á más de 16 leguas de distancia.

Isla é islotes de la Trini-dad.

46. Pusimosnos para medio día precisamente en el paralelo del islote mayor á fin de determinar exactamente su latitud, que se observó de 20° 30' por muchos buenos observadores acordes; y demorando al mismo tiempo lo más septentrional de la Trinidad al O. 1° 30' S. como 13 leguas, debimos notar que la menor latitud de aquel extremo ha de ser de 20° 31' y no 20° 25' en que se contaba la isla.

47. Aflojando entonces más el viento, que era del N. al N. E., se mandó al bergantín acercar á los islotes, que los contase, enfilase y sondase en sus inmediaciones y canales, dirigiéndonos con la fragata al N. de ellos; no pudo cumplir el todo de su encargo á causa de la calma; sin embargo, estuvo por la noche entre el islote grande y mediano, no halló fondo con 70 brazas é hizo varias enfilaciones acordes á las practicadas por nosotros desde fuera, sin que pareciese necesario otro examen del que se ofrece á primera vista á un mediano cuidado.

48. Estos islotes pueden considerarse dos: uno grande, como de tres cables de largo, casi igual en base y altura, terminada ésta en cinco puntas semejantes, visible desde el tope á más de 10 leguas; y el otro pequeño, sumamente parecido á un torreón, como el de San Sebastián de Cádiz, bien que de alguna más altura, y estará dos millas escasas al S. del grande, el cual tiene tres hijuelos. á saber: un morro á la parte del N. y dos pirámides del S. O. al S. destacado el que más un cable; y el torreón tiene también un hijuelo muy cerca al S. E., de figura de una vela latina y como de la mitad de su elevación; de suerte que en todo componen seis islotes, si quiere darse este nombre á todas las piedras que aparecen separadas, y pueden, sí, llamarse de Martín Vaz por su situación oriental á la isla de la Trinidad, respecto á haberse denominado así los que se recelaban hacia la misma parte en tan disparatadas longitudes, y que á la verdad no existen.

Los islotes de
Martín Vaz.

49. El 5 perseveramos entre aquéllos y ésta, algo al N. de su paralelo, tanto porque lo flojo del viento no daba lugar á acercar y reconocer de día la isla, como por

hacer cómodamente las últimas observaciones de longitud en cotejo de las anteriores con marcaciones seguras de ambos objetos.

Tabla de las longitudes observadas en este paralelo.

Días del mes...	Días de luna...	Latitud de lugar...	Longitudes observadas...	Diferencias de observación a estima.....	Diferencias en la latitud.....	Variaciones en el lugar de la observación...
		S.	Occ. L. β G. 13° 10' 00'' 13 26 45 L. α V. 13 51 15	E. 2° 42' 26'' 2 25 41 2 1 11	S. 5° 18''	N. O. 5° 14'
Marzo..	25	20° 26' 00''	14 21 30 L. α Le. 14 31 45	1 57 51 1 53 19	3 40	4 50
	26	20 31 00	14 21 30 L. α Le. 14 31 45	1 57 51 1 53 19	3 40	4 50
	27	20 22 00	L. α Sc. 14 47 30	1 37 34	3 00	4 27
	28	20 26 00	L. α Le. 15 18 15 L. α Sc. 15 21 45	1 20 14 1 16 44	7 00	4 10
	30	20 24 00	L. α A. 18 54 15 18 49 45	0 8 51 0 13 21	10 00	
	31	20 35 00	L. Sl. 20 9 15 20 35 45	0 19 6 O. 0 7 24	10 00	2 30
Abril...	1	20 27 00	L. Sl. 21 13 00 21 30 45	0 18 10 0 0 55	6 00	1 45
	2	20 26 00	22 24 00	0 19 14	5 00	1 10
	3	20 29 00	23 17 15 23 27 45 23 15 30	0 3 11 0 3 5 0 15 40	5 00	0 52
	4	20 23 00	23 48 00 24 6 30	0 24 48 0 6 18	13 30	0 15

A la vista de los islotes é isla de la Trinidad.

Nota.— β G. significa beta de Géminis; α V., alfa de Virgo ó la Spiga; α A. alfa del Aguila. Los demás signos están ya explicados en la página 195 de este tomo.

50. Resulta de estas observaciones que en los 11° de paralelo que recorrimos por estima se adquirió al O. la

diferencia ó desvío de 3 que teníamos al E. en la isla de la Trinidad con la misma estima. Sobre las ob-
servaciones.

51. Bien natural era un movimiento como éste en las aguas después de tanta parada en su dirección general hacia Occidente, y para persuadirse á que sucedió así no parece necesario considerar más que el orden con que sucesivamente indicaron las observaciones la disminución de la diferencia; debe, sí, repararse en que todo este movimiento se muestra hecho desde los catorce hasta los veintidós días de Luna, y no añadirá poco mérito y fe á las observaciones una reflexión semejante y todavía más á favor de las de únicas en el período de la enunciada revolución; empezaron después las distancias al Sol, perigea la Luna y el instrumento en posición muy cómoda; circunstancias á que agregado el singular esmero con que se atendió á las demás de que penden las buenas observaciones no dejaron escrúpulo en su exactitud, comprobando también á vista de tierra, los días 3 y 4, no sólo que no tiraban más las aguas al O., si al contrario por las marcaciones (bien fuese error de la estima), el que habíamos contraído en aquella singladura tres millas de diferencia al Este.

52. Se lograron especialmente á satisfacción las observaciones á la vista de tierra: del promedio de las tres tan acordes del 3, transferido al islote grande de Martín Vaz, con su verdadera latitud y marcación, resultó aquél en longitud de $23^{\circ} 42' 27''$ al O. de Cádiz, y del promedio de las dos del 4 en $23^{\circ} 41'$; por donde puede contarse seguramente en la de $23^{\circ} 42'$, y deduciéndose de las enfilaciones y diferencia de latitud que dista 28 millas de la punta septentrional de la isla de la Trinidad, se sigue hallarse este extremo $30'$ más occidental, esto es, en $24^{\circ} 12'$ de Cádiz, que es la misma longitud en que la estableció Mr. d'Apres, contando $11 \frac{1}{4}$ grados de diferencia entre su meridiano y el de cabo Frío. Longitud de
los islotes é
isla de la Tri-
nidad.

53. Es de observar aquí ahora que por las longitudes astronómicas recorrimos 14° de paralelo hasta la isla de Sobre la va-
riación.

la Trinidad, y habiendo entrado en él con $6^{\circ} 44'$ de variación N. O., bien observada, así como la de $15'$ N. E. en el fondeadero de la isla, se sigue corresponder un grado de diferencia en la variación á cada dos de longitud y cuán infundada es la determinación de abrir las líneas magnéticas en unos meridianos (ya se anunció al N.º 21) y estrecharlas después en otros, siendo por otra parte más verosímil la uniformidad de los espacios donde es una la dirección de los diversos magnetismos; lo cual debe dar más confianza á todo navegante para corregir en este golfo los errores de la estima por un medio tan sencillo y prudente cual es el de la variación, bastando saber la que corresponda á la Trinidad para un año dado; por ejemplo: en 1780 que será de $39'$ N. O. por los $9'$ anuales que crece hacia Occidente, el piloto que con una aguja igual á la de estas determinaciones (ó averiguada su discrepancia) observase la de $3^{\circ} 40'$ en el paralelo, ó si antes, reduciéndola á él por la dirección del S. $\frac{1}{4}$ S. E. (número 39, su nota), deberá considerarse ó contar aquel punto 6° al E. de la Trinidad; y será tan prudente su juicio que cabrán pocos de igual exactitud en la mar, pareciendo exorbitante que pueda llegar el error á dos grados, á que seguramente no, si se hacen repetidas observaciones en distintos días, reduciéndolas todas á un punto para tomar el promedio de sus resultados y hacer sobre éste la comparación.

Ancladero en
la Trinidad.

54. Al amanecer del 6 demoraba la punta septentrional de la Trinidad al S. 55° O., distancia de poco más de tres leguas; y entablándose después la brisa al N. E. arribamos á atracar aquélla; destacóse el bergantín á que la acercase bien y la sondase y el resto de la costa del O., y se envió al mismo tiempo el bote á la punta del S. E. para que desde ella recorriese toda la costa oriental, examinándola y sondándola, quedándonos con la lancha inmediata aunque algo adelantada, que también sondaba con frecuencia. Siguiendo en esta disposición, sobre la punta del N. no cogimos fondo hasta una milla de ella por la parte

del O. S. O., empezando las sondas en 38 brazas piedra que continuó largo rato hasta el tercio de la isla, cerca de una pirámide y un islote inmediato tajado en tres partes, donde comenzó á indicarse la arena, disminuyendo poco á poco el fondo hasta 27 brazas, en que á la una del día dejamos caer el ancla del ayuste, filando 60 brazas de él y á distancia como de dos tercios de milla de la costa más cercana, demorándonos la punta que aparecía septentrional al N. 13° 30' E., la pirámide dicha al N. 22° E., la punta meridional occidental con una islita muy pegada á ella al S. 73 E., y la parte interior ó espalda de un morro grande colorado que está hacia el extremo del S. E., al S. 82° 30' E.

55. Al atracar la costa enfilamos la punta septentrional, y del S. E. al S. 49 E. y precisamente en el paralelo de la primera, se observó á medio día de latitud de 20° 31' 6".

Enfilación y latitud.

56. Se empleó la tarde en buscar con la lancha atracadero, que no se halló á causa de la gran resaca; y al anochecer se retiró el bote, que había circundado la isla desde la punta del S. E. hacia la del N. volviendo á la primera por la costa de Occidente, y en todas partes encontró la fortísima resaca, que á veces le precisó á echarse para fuera precipitadamente.

Diligencia inútil de atracadero.

57. Al alba del 7 el Comandante y algunos Oficiales salieron en bote y lancha á enfilear las puntas de toda la costa occidental, reconocer su sonda y demás; hallaron la misma imposibilidad de atracar que el día anterior y se retiraron poco después de la una del día con conocimientos bastantes á trazar un plano de la exactitud que cabe en semejantes operaciones.

58. La isla de la Trinidad, á cuya figura irregular dificultosamente se hallará nombre que convenga, es una cordillera de peñones de N. O. á S. E. que adelgazan en los extremos, y cuyo mayor grosor en la medianía hace avanzar al S. O. la costa occidental y que ésta quede curva convexa y la del N. E. algo cóncava; su extensión

Descripción de la isla de la Trinidad.

será de cuatro millas largas; la punta septentrional está en 20° 31' de latitud S. y en 24° 12' de longitud occidental de Cádiz, según resulta de las conformes observaciones citadas á su vista. Toda la isla es pura peña, coronada en partes de leña menuda y más gruesa y cerrada en diferentes cañadas ó ramblas por algunas de las cuales se precipitan caudalosas vertientes de agua, que deben proceder de las frecuentes lluvias; y sólo cerca de su morro meridional de Oriente se reconoce un corto trozo de terrón cubierto de verde. Por todos los puntos de su circunferencia se puede atracar á ella sin riesgo de bajo ó poco fondo hasta las mismas peñas, pues se elevan todas tan acantiladas que á un cumplido de lancha se encuentran seis y ocho brazas de agua en piedra y coral, formándose tal resaca que imposibilita el atracadero hasta en dos ó tres pequeñas playas que hay en los extremos de N. O. y S. E. La experiencia nos enseñó la segunda vez que anclamos aquí, como se verá después, que no siempre es igual tan grande la resaca, y sí accesible con alguna dificultad el atracadero en tal cual paraje, bien que nos enseñó al propio tiempo (y es más útil el saberlo) no sólo que de un instante á otro no es posible ya el acceso, si también que nos habíamos engañado en creer de arena limpia el placer que circunda la isla por esta parte de Occidente (la única de abrigo) con 25 á 40 brazas desde poco más de media milla hasta cerca de dos de distancia de la costa, pues vimos á corto de ancla y cable y con prolijo examen que aunque en la superficie sólo se manifiesta arena (que es lo que el escandallo señala, bien que perdiendo las más veces el sebo) es no más una capa de ella sobre un piso general de piedra, lo que no pudimos advertir ahora falto de antecedentes de sospecharlo, ya porque lo constante del viento tuvo la fragata sin borneo las veinticuatro horas de nuestra mansión y no pudo el cable rastrear el fondo, ó ya porque accidentalmente cayó el ancla en un paraje algo más cubierto; y así sólo puede venirse á este fondeadero teniendo un gran trozo de cadena para las entalinga-

duras, precaución á que si se agrega no ser tiempo de revoluciones (naturalmente el verano), podrá evitar los perjuicios indispensables de cualquier otro modo, y se remediará una extrema necesidad de agua y leña, caso único que deba inducir á la determinación de anclar en semejante paraje; y por lo demás, el fondeadero tiene la excelencia de no conocerse travesía en él á causa de la convexidad de las tierras, á más del buen abrigo de los vientos generales que deben ser bien reglados al E. en la propia benigna estación, en que, sin duda, faltando los mares de los S. O. ó pamperos no habrá la resaca que es en la de ahora casi constante peligrosa, ó se forma tal tan prontamente, como lo notamos la segunda vez y acreditan varios arcos de hierro de cuarterolas y barriles grandes, un cañón de fusil, un hacha y un martillo, que se encontraron entonces en tierra, indefectiblemente de alguna lancha que se vió en el caso de largarse con más aceleración aún que lo hizo la nuestra, á que costó no poco trabajo el atracadero, lográndolo sólo detrás de un peñasco que deja canal á la isla, pasando á ésta con el agua á media pierna en baja mar é intransitable en la plea. Se mató un jabato muy ruín que sólo tenía pellejo y huesos, color ceniciento y cerda no tan dura como la del jabalí común y ningún diente, que tal vez los perdió de viejo, indicando su mal estado la falta de mantenimiento para su especie; y parece que los hay mayores, pues se percibió el rastro, y subiendo algunos marineros á reconocer el origen de una vertiente de agua más arriba de una barranca de bastante grandor donde se enlaga, precipitándose nuevamente desde ella, vieron un chivato grande que se les paró al principio y huyó finalmente embestido de un perro de agua. Es de creer que estos animales fuesen traídos aquí desde el Brasil en el designio de algún establecimiento que mejor examen hizo comprender perjudicial, pues no aparece otro indicio de haberle habido jamás ni es sitio en que las masas flotantes de hielos destacados de las costas las transportasen á una isla engolfada;

1874
1875
1876

pero lo que debe causar no pequeña admiración es cómo se ha poblado esto de una infinidad de pájaros de garganta fina, los cuales no salen del bosque cerrado que hay en las ramblas, tan cerrado, que ninguno vieron nuestras gentes; oyéronlos, sí, cantar en una multitud que les aturdió y por el gorgo los consideraron ruiseñores, canarios y verdones; tal vez será exageración nacida de poco discernimiento; lo cierto es que en el Brasil se conocen muy raros pájaros de buen canto. La leña de las barrancas es mucho más gruesa de lo que se juzga desde fuera, pues tienen los árboles como tres varas de altura y de seis hasta doce pulgadas de diámetro. Pudo también observarse la segunda vez que anclamos, que el establecimiento es á las cuatro horas con cortísima diferencia, creciendo el agua al N. y menguando al S., notándose en tierra cerca de 12 pies de diferencia entre mayor y menor, que como justamente hacia el plenilunio puede deducirse sea la mayor ordinaria, idéntica á la teoría de Newton sobre la atracción de la Luna y su efecto sobre las aguas del mar en estos parajes; lo cual se examinó atentamente en la costa fijando un gran bichero y marcando en él la menor y mayor agua. Habitan en esta isla infinidad de pájaros marisqueros de muchas especies, todas las que encontramos en el paralelo desde tan larga distancia; y es igual la abundancia de peces, muchos de hermosas figuras, especialmente los meros, cuyo atigrado es singularísimo. En la isla de Francia causan grandes estragos estos peces de colores, que por su hermosura punzan más á los marineros hambrientos de refrescos; sin embargo, aquí, por la gran semejanza á los conocidos buenos meros de la sonda de la Tortuga, se comieron sin recelo, encontrándolos de exquisito gusto y sólo en los que se excedieron hubo algunas resultas de indigestiones ligeras. Hay también gran número de tiburones, á que se dió buen mate que aprovechó la marinería, celebrando este bocado como de los más finos.

Su reconoci-
miento des-
de fuera.

59. Es cuanto ambas ocasiones nos proporcionaron observar principalmente de esta isla, cuyo feísimo pedre-

goso aspecto anuncia bien la uniformidad de la materia en su base, su altura es tal que se ve distintamente desde más de 16 leguas de distancia, y su reconocimiento, viniendo de la parte del E. y N. E., es inerrable por el encuentro de los islotes de Martín Vaz, y aun sin éstos la hace muy señalada el morro del S. E. que desde muy lejos parece una isleta, se eleva perpendicular y tiene á su N. O. una pirámide bastante más alta, muy gruesa en su base, algo inclinada sobre el morro y que también aparece aislada desde larga distancia como de 12 á 14 leguas. Con todo, por su figura la hace aún más conocida desde el S. S. E. y S. S. O. el agregarse á las mismas señales de la otra pirámide en el extremo del N. O. de casi tanta elevación como la del S. E. pero de menos grosor en su base, la cual en otra cualquier marcación que no sea del N. N. O. al N. N. E. está confundida con las tierras más altas que tiene á su espalda, y Pimentel, que por su posición vertical la llama fraile en pie (más bien pudiera dedo pulgar), se equivoca describiendo que entre ella y la isla haya canal transitable á las lanchas, pues se eleva desde la misma riva de ésta; es verdad que en toda su noticia y la que da de la creída Ascensión hay algo indistintamente que conviene con lo aquí visto; pero lo es igualmente que debió formarse de relaciones ignorantísimas, tanto que indujeron al celoso cosmógrafo portugués á creer dos islas, evidenciando este juicio dos señales notables con que describe la Ascensión: la una de una lapa ó buraco grande (es agujero) que dice tiene el pie del pico más alto donde entra mucho la mar y debe ser el taladro en forma de ojo de puente que hemos observado en el extremo del morro colorado del S. E., su dirección del S. S. O. $\frac{1}{2}$ $\frac{1}{4}$ S. al N. N. E. $\frac{1}{2}$ $\frac{1}{4}$ N.; y la otra de cinco islotes que la sitúa inmediatos por la parte del O. en perspectiva desde el N.; y aparecen así, vista la isla desde el N. N. O. á tres leguas, sin embargo de verse en el fondeadero que están confundidos con la costa.

60. Los navegantes españoles al encuentro de esta

isla que llamamos Trinidad la han nombrado Ascensión cometiendo sólo un error de voz, pues la han contado en 346° de longitud de Tenerife, que corresponde á 24° 18' de la occidental de Cádiz, considerando mucho más oriental la que creían Trinidad bajo la fe de las cartas; pero los portugueses, al contrario, cuentan la Trinidad aun más cerca de la costa del Brasil, y entre una y otra la Ascensión.

Elevación de
la isla.

61. Concluiremos este punto advirtiéndolo que tomadas con el octante dos alturas del picacho más alto sobre una base de 484 varas castellanas, resultó su elevación de 719 y de 47 $\frac{1}{2}$ millas la tangente de su extremo al nivel del mar; de que se sigue deberse ver distintamente la isla desde cualquier embarcación á 17 leguas largas, y de igual operación se dedujo la altura de la pirámide septentrional de 478 varas.

Salida de la Trinidad y crucero hasta volver á fondear en la misma y largarnos de ella.

62. El mismo día 7 de Abril á las dos de la tarde nos pusimos á la vela, faena en que perdió el bergantín su ancla ya suspendida, faltándole el cable, lo que entonces atribuimos á mal estado de éste, y después se pudo reflexionar muy bien que le tendría cortado en parte alguna piedra.

Derrota en
busca de la
Ascensión.

63. El viento estaba flojo al N. O. y proponiéndose el Comandante cerciorarse de la existencia de la isla de la Ascensión, ceñimos al O. S. O., entreteniendo la noche y mañana siguiente en diferentes bordadas á causa de las variedades que cesaron después de una turbonada del cuadrante 3°, entablándose el viento desde las cuatro de la tarde al S. S. E. fresco, poca mar y buen semblante; y así nos pusimos en derrota á conservar el paralelo de 20° 40' en que se debía suponer dicha isla según la relación de Mr. d'Apres, que bajo el atestado de Mr. Duponcel la cuenta 15' meridional á la Trinidad, dejando antes establecida ésta en 20° 25'.

64. Favorecidos como estábamos del tiempo, breve se habían de caminar 100 leguas que se decía haber de una isla á otra; sin embargo, no se quiso ahora hacerlas tan presto como se podía para que en caso alguno pudiera tener lugar la sospecha de si la habríamos rebasado sin verla.

65. A medio día del 9 teníamos contraído 155 millas de apartamiento de meridiano al O. de la Trinidad; hasta ponerse el Sol la misma tarde contrajimos 41 más; y hecha una descubierta, cuyo alcance excedería de 12 leguas para cualquier tierra medianamente elevada á favor de lo muy despejado de los horizontes, navegamos hasta las dos de la noche (ésta muy limpia) sólo 39 millas, atravesándonos entonces de una y otra vuelta á amanecer en el mismo paraje en que después de la descubierta sin novedad pusimos otra vez en derrota, quedando á medio día del 10 con 261 $\frac{1}{2}$ millas de apartamiento de la Trinidad, precisamente en 20° 41' de latitud.

66. Empezamos á entrar en sospecha de la existencia de la isla porque aun prescindiendo de que las 38 $\frac{1}{2}$ millas que faltaban á cumplir las 100 leguas, no eran bastante á tenerla fuera de la vista, y supuesto un error de ocho á 10 leguas en la estima, no se presentaban señales algunas de tierra cercana, estando tan acostumbrados á ver los pájaros con tanta anticipación en la de que habíamos partido; y á la verdad, no se podía comprender natural el de que dos islas sólo distantes 100 leguas y consideradas de igual abundancia de peces estuviese la una desierta de pájaros, sabiendo la otra habitada de infinidad de ellos; pero se doblaron los recelos al ponerse el Sol, hora en que con 26 millas de apartamiento navegado, la suma de todas 288, no parecía dudable deberse ver la isla en una descubierta lo menos de 14 leguas para la elevación de que la supone Pimentel, y no aparecía.

Recelos de no existir tal isla.

67. Determinó aquí el Comandante cruzar entre los paralelos 20° 45' y 20° 25' haciendo los rumbos del S. S. O. y N. N. O., á fin de granjear al O. sólo 27 millas entre

Derrota en consecuencia de aquellas sospechas.

los puntos de salida y llegada en las referidas latitudes, medio por el cual no podía faltar á la vista una piedra que fuese del tamaño de las menores de Martín Vaz, con la circunstancia de entretener la noche ceñidos para amanecer donde se anocheía, y desde la salida del Sol contrajimos así hasta medio día del 11 sólo 12 millas de apartamiento, completando cabalmente el de 100 leguas de la Trinidad en $20^{\circ} 26'$ de latitud.

68. En el punto de medio día se vió una bandada de charranes, mezclados en ella algunos bobos (desapareció presto), é indujo á bajar hasta los $20'$ de donde volvimos al cuadrante 3° , y maniobrando en todo como antecedentemente, hicimos aquella singladura poco más de 18 millas al O., observando el 12 en latitud de $20^{\circ} 30'$ horizontes clarísimos que facilitaban un alcance extraordinario y que no nos presentó más objeto que el de un charrán instantáneamente (iba del E. al O.) y una balandra pequeña al O. S. O. que ceñía al E. S. E., mura á babor.

69. Del 12 al 13 navegamos del mismo modo adquiriendo $23 \frac{1}{2}$ millas de apartamiento, que con las anteriores hacen ya 114 leguas, á que agregado el alcance de la descubierta, aunque no sea de más de 10, resulta un exceso fuera de los límites del error que cabe en una travesía de 100 que ordinariamente se hace con vientos favorables. Se observó la latitud de $20^{\circ} 34'$ y empezó á cubrirse el tiempo, aparatándose una revolución de las incesantes en la costa del Brasil en esta estación.

70. Del 13 al 14 tampoco hubo novedad en el método de derrota desde los $25'$ hasta los $45'$ del grado 20; sí, la de aclarar de nuevo el tiempo; y contrajimos 29 millas de apartamiento, que con las pasadas hacen 124 leguas, y nada se descubrió, alcanzando la vista más de 12. Quedamos á medio día en $20^{\circ} 45' 47''$ de latitud.

Observaciones
de longitud.

71. Poco antes (4.º día de Luna) habíamos medido dos distancias de Luna á Sol, de que resultaron longitudes acordes y su promedio $39' 37''$ al E. de la estima, que valen $12 \frac{1}{3}$ leguas de apartamiento, de modo que siem-

pre quedaban á contar 112 desde la Trinidad, y con la descubierta excedían en mucho el límite del error del establecimiento de la Ascensión.

72. A estas observaciones las ponía fuera de aquella confianza que se tiene en otras el estar la Luna en apogeo y su poca elongación, que á veces causa no percibirse bien el verdadero margen de ella, absorbido por la excesiva iluminación del Sol, particularmente, como entonces en las inmediaciones del medio día; pero si cabía allí este defecto, produciría medir crecidas las distancias y longitud demasiado occidental, contraria á la que aparecía; y esta consideración indujo á los observadores á tener por buena la averiguada.

73. Del 14 al 15, cruzando de la propia suerte entre los paralelos indicados, se agregaron 32 millas al O., que agregadas á la observación componen 122 leguas de apartamiento; y sólo vimos tres pájaros negros, poco menores que gaviotas. Observóse á medio día la latitud de 20° 57'.

74. Tanto por hallarnos en tan crecida latitud como por la revolución que se aparataba cerrándose los horizontes con algunas variedades interrumpidas de calmas, sólo granjeamos para el N., nada al O. en la singladura del 15 al 16, quedando en latitud de 20° 38' sin más vista que la de algunos martimplacas, pájaros que venían huyendo del mal tiempo que se anunciaba en altura.

76. (1) Entablándose el viento al S. S. E. al medio día del 16, pusimos al N. N. O. $\frac{1}{2}$ $\frac{1}{4}$ N. á fin de ganar poco al O. por la costa descubierta que franqueaba la fosquedad de los horizontes. En ésta fijó la atención de todos á las tres de la tarde una ceja que parecía tierra desde el N. O. al O. S. O. interrumpida al O., señales que convenían con la entrada de la bahía del Espíritu Santo en el paralelo de 20° 28' en que entonces estábamos. La vista sola no se resolvía á determinar si realmente era tierra

Apariencia de tierra.

(1) El manuscrito de que se saca esta copia no tiene apartado número 75.

lo que lo parecía; sondamos orzando al S. O., tomando fondo de 40 á 50 brazas, cascajo gordo; cambiamos la cabeza, se repitió la sonda dos veces hallando de 80 á 90 brazas piedra y cascajo colorado, y siguiendo para fuera á muy poco rato, ni después ya más se pudo coger fondo con 110 brazas.

77. La sonda confirmaba la vista de la costa del Brasil: la situación de ésta referente al cabo Frío, cuya longitud está exactamente determinada, es susceptible de poco error; la comparación del punto con esta vista daba 2° de diferencia al O., cuando 52 leguas antes la teníamos observada contraria de 39' 37"; sin embargo, doblados aquí los recelos que cambian en la exactitud de aquellas observaciones (número 72), nos supusimos á la vista de la costa del Brasil, ínterin se hacían otras más seguras, y siendo indistinto el que fuese ó no, esto es, el que distase 10 leguas ó 48, para determinarnos con toda seguridad á creer no hay tal isla de la Ascensión entre la de la Trinidad y dicha costa; y como por otra parte sea necesario desatracarse de ella para emprender cualquier derrota, á más de que la actual revolución de variedades, aguaceros y truenos no hacía practicable mayor cercanía sin otro objeto que el de mera curiosidad, se mandó ganar al E., en el ánimo de atravesar de nuevo á la Trinidad para examinar otra vez los meridianos intermedios.

78. La tarde del 17 se vieron al O. dos embarcaciones al parecer pequeñas; y á la misma parte se notó otra vez la apariencia de tierra como la tarde anterior, bien que estuviésemos ya 26 millas más al E., consideración que destruía la posibilidad de que lo fuese, respecto á hallarnos indubitavelmente á Oriente de los más puntos que habíamos cruzado en la singladura del 14 al 15 con un tiempo y horizontes propios para descubrirla á mucha mayor distancia que ahora.

79. Aprovechando las variedades de la revolución con diferentes bordadas en que no se bajó de la latitud de

19° 45', granjeamos 83 $\frac{1}{2}$ millas de apartamiento al E. hasta el medio día del 19, quedando en latitud de 21° 18' y cesaron el mal tiempo y cerrazones, empezando á perseverar el viento en el primer cuadrante.

80. Seis observaciones de longitud este día, las cuatro por distancias de Luna á Sol, una á Régulo y otra á x de la Spiga, confirmaron la exactitud de las dos del 13 y no permiten creer que pudiésemos haber visto la tierra, conviniendo también en ambos casos la variación de la aguja con la diferencia de longitud que resultaba al cabo Frío donde actualmente debe contarse de 6° 15' N. E., esto es, 2° 18' mayor que la bien observada en el momento que sondábamos, y acorde á todas las anteriores y posteriores; de que se sigue debernos faltar entonces cuatro grados para cumplir la longitud de cabo Frío y que no podíamos tener á la vista una costa que sólo está 1° 33' más oriental, sin que obste el hallazgo de la sonda que persuadió á creerla, pues consta en el viaje de Jorge Anson alrededor del mundo que la halló de menor braceaje aún por latitud de 20° muy fuera de la vista de tierra, aun suponiendo que tuviese en su estima el error de cerca de 40 leguas que deducía del punto de dos bergantines portugueses procedentes de Taneyro que encontró dos días después y que no creyó al recaló en la isla de Santa Catalina, teniéndole más conforme á su estima. Esta sonda debe ser lengua de los abrojos como opina el diarista de Anson.

Observaciones que desmienten la vista de tierra.

81. Ya bien despejado el semblante desde el 20, que fijó el viento al N. y N. N. O. (debe mirarse como no ordinario lo que perseveró), seguimos ganando al E., tomando para el medio día del 22 la latitud de 20° 33', de donde bajamos todavía hasta los 20° 24' antes de recalar á la Trinidad, á que dimos vista la mañana del 24 al E. $\frac{1}{2}$ $\frac{1}{4}$ S., impidiéndonos la cerrazón de la misma parte y el poquísimo viento volverla á distinguir hasta las ocho de la noche, perseverando el resto de ésta inmediatos para anclar la mañana siguiente 25 de Abril, como lo ejecutamos por 26 brazas de arena, casi en las mismas relevaciones en

Vista de la Trinidad donde se fondea segunda vez.

que estuvimos la primera vez, reconociendo $30^{\circ} 48''$ de diferencia al O. de la estima entre ida y vuelta; y haciendo proporcional á los días esta diferencia, resulta que sólo podía ser de $15'$ al picar la sonda el 16; pero el que no se adelante á negar las evidencias de la Geometría convendrá en que la corredera de que usamos (á saber, de 42 pies ingleses para 28 segundos) es tan defectuosa por corta, como que está próximamente en razón de 112 á 100 con la medida de la tierra determinada por tan respetables sabios, y que por consiguiente no podíamos hallarnos entonces una milla al O. de la estima, sí algunas al E., que se habían de destruir desechando el camino con la propia corta medida para quedar sólo la diferencia verdadera, evidenciándose, por último, que fué ilusión no más lo de la vista de la costa.

No hay isla de la Ascensión

82. Excediendo mucho los límites de una sucinta narración, cual se quiere dar no más de nuestra navegación, se ha desmenuzado aquí esta travesía porque no ha parecido que bastase afirmar así como quiera que no hay isla de la Ascensión estando tan reciente la afirmativa de Mr. Duponcel; expresas como quedan las derrotas, no tiene el que quiera hacerse juez que transferirlas á una carta ó trazarlas en otro papel y sentencie si á 60 hasta 100, ni á 110, 120 y hasta 135 leguas al O. de la Trinidad puede haber isla que no hubiésemos visto, no sólo en el paralelo de $20^{\circ} 40'$ en que se indicó su existencia, mas también en todo el grado 20 hasta el 21 (que es lo que se pretendía inquirir) y aun fuera de dichos límites en distintos parajes.

Ejemplares de ilusiones de tierra.

83. No parece en razón alguna que la aserción de la inexistencia de la isla de la Ascensión pueda ofender al mérito é inteligencia de Mr. Duponcel, ni menos á la fe de que serán dignas todas sus observaciones náuticas; pues apenas se examinará un diario de los que en puntual y sabiamente se expresa lo que se nota y acaece, en que no se encuentren estas ilusiones de tierra, desvanecida así que se ha puesto sobre ella á reconocerla; deduciéndose

del contexto de Mr. d'Apres que no se acercó á examinarla, pues sólo dice que aparecía poco más ó menos de figura de chimenea sin advertir circuito, tensión, latitudes precisas ó variación de la aguja, como requería el aviso de un punto tan controvertido. Tenemos un ejemplar reciente en el viaje de Cooke, Banks y Solander alrededor del mundo, donde se dice que el 4 de Enero de 1769 vieron una aparición de tierra que desde luego juzgaron la isla Pepys, que cita en las cartas inglesas en 48° de latitud S. por 64° de longitud al O. de Londres, desengañándose de su ilusión á breve rato. Acerca de la misma isla Pepys, que buscó inútilmente dos veces el comodoro Byron en su viaje alrededor del mundo, año de 64 hasta 66, le ocurre sabiamente al autor de aquel diario en defensa del Capitán Cowley, que la denominó así en honor de Samuel Pepys, Secretario de Jacobo, Duque de York (después segundo del nombre, Rey de Inglaterra), la justa reflexión de que no puede haber sido engañar al público el designio de los avisadores de islas imaginarias, siendo muy fácil el engañarse y creer tierras los vapores y nieblas como les sucedió muchas veces; pero aquí es inutilísimo mendigar ejemplares ulteriores que sinceren semejantes engaños cuando está tan fresco convencido de tal por todas razones el nuestro de la vista de la costa del Brasil. Y finalmente, si no suponemos sinceridad en los demás no mereceremos que se crea en la nuestra, y jamás quedará decidida la verdad cuya aclaración es el objeto de todo hombre de bien, y no menos necesaria en nuestro oficio.

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

Tabla de las longitudes observadas en este crucero.

Días del mes...	Días de luna...	Latitud de lugar.....	Longitudes observadas.....	Diferencias de observación á estima.....	Diferencias en la latitud.....	Variaciones en el lugar de la observación....
		S.	Oc. L. Sl.	E.	S.	N.E.
13	4	20° 45' 30//	29° 59' 30// 30 15 15	0° 47' 30// 0 31 45	2° 35//	3° 50/
		20 17 42	28 57 30	0 55 39		
		20 17 48	28 54 00	0 59 9		
		20 17 55	28 56 30	0 56 39		
19	10	20 17 57	29 6 45	0 46 24	15 40	3 20
			L. α T.			
		20 25 37	29 29 00	0 18 24		
			L. α V.			
		20 25 40	29 18 30	0 28 54		
			L. α T.			
20	11	21 25 40	27 21 30	1 17 28	1 00	2 50
			L. α V.	O.		
		21 25 45	28 43 00	0 4 2		
			L. β G.	E.		
21	12	20 58 00	26 28 15	0 29 48	4 20	1 50
			26 00 30	0 57 33		
			L. α Le.			
23	14	20 25 3	24 10 15	0 21 18		1 00

84. Fondeamos esta segunda vez en la Trinidad con el objeto de tentar si podía hacerse alguna agua y leña en reemplazo de la consumida, que ya era considerable; en efecto, la falta de marejada del S. O. desde muchos días antes, dejó accesible el atracadero en la medianía de la isla detrás de un peñasco (como se anunció al número 58) y se reconoció una gran vertiente de agua que sólo podía hacerse á barriles por no haber medio de disponer manguera ó desembarcar pipería con seguridad, pareciendo que aun así alcanzaría á llenarse diariamente de 15 á 20 pipas; pero llenó la marea, impidió en tránsito y eran las diez de la mañana del 26, sin que se observase en la lancha

movimiento para regresar con sólo 10 vasijas que llevó la tarde anterior.

85. A la misma hora, aproando la fragata al S. á donde quería apuntar el viento, se notó en las enfilaciones más variedad de la correspondiente al rabeo; indujo á sospecha, se sondó sobre el ancla 28 brazas, habiendo caído en 26, y que por marea debía haber igual agua; se viró sobre el ancla en el ánimo de suspenderla, se advirtió falta un cordón del cable que se rompió á poco rato á tres brazas de la entalingadura, y dimos fondo á otra ancla; pero reconociéndose la tajadura de piedra metido el primer cable sin embargo de que la sonda en un gran círculo sobre el ancla no indicaba otro fondo que el de arena blanca y negra, se pensó lo que realmente es, que sólo hay una capa de ella sobre piedras como navajas; por tanto, determinó el Comandante dar la vela mandando al bergantín no levarse hasta recoger nuestra lancha á quien se hacía señal para que se retirara; y acreditó lo fundado del juicio sobre el fondo el cable segundo que salió muy rozado también cerca de la entalingadura, sin embargo de que apenas estuvo media hora en el agua.

Garrea el ancla.

86. Así que quedó entablado el viento al S. creció tanto la resaca en la costa que fué inmensa la fatiga que costó á la lancha el largarse de ella, forzándola poco después á abandonar las pipas que traía arizadas, tardando no poco, aun así, en coger el bergantín á causa de la gruesa mar que ya estaba formada; tal, que no pudiendo ir éste sobre su ancla, pues balanceaba, á embarcar agua por ambas bordas, picó el cable para ponerse á la vela.

Apuros de la lancha y bergantín.

87. Tomó el Comandante el designio de recobrar nuestra ancla y la del bergantín esperando inmediato á la isla á que cayese la mar; y efectivamente, el 29 por la mañana se envió al bergantín á aquella faena que empezó por su ancla y la perdió faltando el orinque cuando la tenía ya suspendida, viéndose luego que estaba aquél rozado de piedra; tomó el ancla, la levantó con facilidad y la tenía ya bien alta, cuando entrando á las dos de la tarde un

ventazo del O. S. O. al S. S. O. con mucho aguacero y gran cerrazón, se vió en la necesidad de picar el orinque porque zozobraba sobre el ancla y se iba á la costa en que estuvo en gran empeño por haberle cogido el viento de mala vuelta y no tener aguas para virar; mas logró montar el morro del S. E. y circundando la isla por su costa oriental amaneció el 30 incorporado.

Punto de salida.

88. Recogimos el bote y gente que se le había dado para aquellos trabajos - tomándole de remolque pusimos al N. $\frac{1}{4}$ N. E. viento S. E. frescachón, observando á medio día la latitud de $20^{\circ} 11' 20''$ N. S. con la punta septentrional de la isla; y así quedó establecida para punto de salida la longitud de $24^{\circ} 12'$ al O. de Cádiz.

Travesía de la isla de la Trinidad á la de Fernando Noronho.

89. Tan menudamente examinados los oscuros paralelos entre 20° y 21° S., desde 450 leguas de distancia de la costa del Brasil hasta como 50 de ella, punto que tanto interesa á la navegación, resolvió el Comandante pasar á nuestro hemisferio, continuando las observaciones conducentes á ilustrar este tránsito.

Derrota para Noronho.

90. Determinó también, con el fin de reemplazar la aguada, hacer escala en la isla de Fernando Noronho perteneciente á la corona de Portugal, sita en 4° de latitud S., no lejos del continente de América; pero no segura su longitud por la variedad con que se halla establecida, se dió rumbo de derrota al N. $\frac{1}{4}$ N. E., algo para el E., á contar aquella latitud por los 20° de longitud de nuestra cuenta.

91. Quedamos en calma la misma tarde del 20 de Abril; y sucediendo unos vientos muy bonancibles del cuarto cuadrante no volvió á entablarse la brisa del S. E. hasta la tarde del 7 de Mayo por los $15^{\circ} 45'$ de latitud; pero lo hizo tan bien que cumplimos la de 4° por $20^{\circ} 2'$ de longitud de estima en la tarde del 12, desde donde, conservando el paralelo de $3^{\circ} 50'$ que contábamos el más sep-

tentrional de la isla, navegamos al O. en demanda de ella, entreteniéndola las noches de una y otra vuelta.

92. Tiene aquí buen lugar una observación singular que hicimos en un rabiahorcado la tarde del 3 de Mayo, rato después de puesto el sol, hallándonos en 18° 20' de latitud por 22° 53' de longitud: vímosle irse remontando por una espira muy pausada de bastante diámetro; comprendimos que vigilaba la tierra á donde quería dirigirse; estuvimos atentos á su partida, y efectivamente, cuando estaba ya muy remontado, que á poco se perdería de vista, reparamos que arrancó de golpe con mucha priesa como al S. S. O. ó S. O. $\frac{1}{4}$ S., que era la demora de los islotes é isla de la Trinidad entre 43 y 48 leguas.

Los rabiahorcados vigilan la tierra.

93. La mañana del 14 vimos un rabiahorcado; en la del 15 otro, dos bobos y tres rabijuncos; de que inferimos la cercanía de Fernando Noronho; y más por la tarde de la multitud de charranes á que siguió la descubierta de la isla que demoraba al O. unas seis leguas y pudiera haberse visto mucho antes á no embarazarlo lo fosco del horizonte de aquella parte.

Vista de Noronho.

94. Anohecimos á menos de cinco leguas del extremo septentrional que forman unas isletas bajas; y nos atravesamos á esperar el día, particularmente por la ninguna luz de la situación del bajo que dice Pimentel al E. de la isla, sin otra expresión.

95. Reconocimos por las revelaciones al amanecer del 16, habernos tirado las aguas durante la noche 13 millas al O. N. O. 5° O., y dando al bergantín la orden de atracar las islas bajas, sondar y avisar, nos dirigimos á buscar el fondeadero al S. O. de las mismas en la gran rada que forman con la isla; empezamos á coger 30 brazas arena blanca y negra á una milla de las isletas é internando á la misma en la rada no se tardó en picar 20 y 17 igual calidad, que conservamos largo rato, y finalmente 15, mezclado con la arena el cascajo, coral y gusano muy menudos en que dimos fondo al ancla del ayuste, filando 60 brazas de éste. Se veían seis castillos, larga en todos la

Corriente al O. N. O. 5° O.

bandera; demoraban el primero al S. 75° E.; el segundo, al S. 46° 30' E.; el tercero, que parecía principal, al S.; el cuarto, al S. 17° O.; el quinto, al S. O., y el sexto, cerca del extremo meridional, al S. 52° O.; distancia como de media legua del tercer castillo.

Longitud llegada de estima.

96. Cumplió la estima en el fondeadero la longitud de 24° 19' al O. de Cádiz, corregida ya de los 13' de diferencia O. visible, contraída la noche anterior.

Tabla de las longitudes observadas en esta travesía.

	Días del mes...	Días de luna ..	Latitud de lugar.....	Longitudes observadas.....	Diferencias de observación á estima	Diferencias en la latitud.....	Variaciones en el lugar de la observación...
				Oc. L. Sl.	E.	N.	N.E.
Abril.....	30	21	19° 28' 3"	23° 52' 15"	0° 5' 00"	9' 40"	0' 4'
				22 18 15	0 39 10	S.	N.O.
				22 28 45	0 28 40	1 40	0 39
Mayo.....	3	24	17 52 00	22 24 15	0 8 8	N.	
				22 13 45	0 18 38	4 47	1 00
					O.	S.	
				23 6 30	1 12 00	52 13	
	13	4	4 00 4	24 4 15	0 37 35		
	15	6	3 57 40	24 00 45	0 33 35	15 47	1 52

Resultado de las observaciones.

97. Aparece de estas observaciones que mientras subsistieron las variedades de vientos al cuarto cuadrante nos inclinaron las aguas algo hacia el E., empezando con la brisa la diferencia O. que indicó exactamente la observación del 13, pues agregado el 1° 12' á los 24° 19' de estima en la recalada, compone casi idéntica la longitud en que quedó establecido el fondeadero como se verá más adelante; ni se extrañe la despreciable variedad de 36' en las del día 15 porque no era cómoda la posición; y sí debe admirar semejante exactitud inmediata de todas con las dos

fatales circunstancias de estar la Luna precisamente apogea y en tan poca elongación.

98. Hácese necesario advertir aquí que en la rada se observó diferentes veces la variación de 2° 17' N. O. y no hay duda en que debía ser menor que las bien observadas á Oriente de la isla, como se comprobó después de la salida; así, ha de tenerse por buena para la cuenta de este año la de 1° 52' como correspondiente á de 16 á 20 leguas al E. de ella; pendiendo la enunciada contraria variedad de la alteración que comunmente padece el magnetismo en la cercanía de las tierras por unas causas tan conocidas.

99. Acabado de fondear pasó á tierra un Oficial (éste diarista) á cumplimentar de parte del Comandante al Gobernador de este presidio portugués y solicitar el reemplazo de agua. Zozobró el bote sobre un fuerte golpe de mar en la rompiente de la playa; y fué prodigioso, gracias al Señor, que no se ahogase alguno, particularmente el Oficial, que caminó más de 15 brazas siempre debajo del bote sin poder avanzar más que éste por el ímpetu con que la mar le empujaba para tierra; y habiendo logrado por fin salir á luz, arrollándole de nuevo la mar, fué oportunamente socorrido por dos marineros que le acabaron de poner á salvo.

Zozobra el bote en la playa.

100. Acudió á la playa un gran número de negros, alguna tropa y Oficiales portugueses, esmerándose todos en remediar á los naufragados. El Oficial, en casa del Gobernador, halló una acogida de padre, y este honrado caballero, que es D. Francisco Albiz de Pugas, no se comportó con menos caridad y bizarría con los marineros del bote, mandando darlos ropa y comida.

Buena acogida por el Gobernador portugués.

101. El bote quedó en tal descalabro que no podía echarse al agua; no había ni un barquichuelo de que servirse para avisar al Comandante lo sucedido, pero se consiguió por medio de un negro (un pez), que llevó á la fragata una carta del Oficial que al mismo tiempo pedía la Maestranza para componer el bote, y noticiaba también

haberse franqueado el Gobernador á servirnos con cuanto se necesitara así que se practicase la visita de ordenanza por los Oficiales que comisionaría, á cuyo fin se estaba armando una balsa en que se transferiría á bordo de la fragata ó á la lancha si venía ésta y fondeaba fuera de la rompiente.

102. Recibida por el Comandante la mala nueva se envió al instante la lancha en tierra con carpinteros y calafates para la carena del bote; y trajo á los Oficiales de la visita, no á nuestro comisionado que se quedó en casa del Gobernador, manifestando hacerlo de voluntad, porque disponiéndose á venir con aquéllos se apercibió (y no quiso dar lugar á la vejación de la fuerza) de que iban á hacerle entender que por ordenanza no podía regresar á su destino el Oficial de un navío extranjero hasta que pasase á él y volviese la visita de los comisionados por el Gobernador.

103. La avería del bote sucedió en un pequeño recodo que hace el morro sobre que está el castillo principal; los Oficiales portugueses previnieron al partir de tierra que la balsa les esperase en el fondo de la playa septentrional de aquel morro para regresar á desembarcarse en ella que es benigna; y habiendo hecho su visita, que se redujo á una de cumplimiento, bien que autorizada de Secretario y con cirujano, se retiraron; y poco después, á bordo nuestro Oficial, recibéndole el Comandante y sus compañeros con unas señales nada equívocas de la amistad verdadera que le profesan.

104. Para amarrar la fragata en dos enmendándose algo hacia el fondo de la rada al S. E., se había tendido un anclote de espía al S. S. E.; pero interrumpida esta faena por la falta de la lancha y viéndose lo bien y seguros que estábamos así en una rada en que es tan constante el viento del E. al S. E. no se hizo más trabajo á fin de no distraer la lancha del de la aguada.

105. El Gobernador, al pasar su visita á bordo, envió al Comandante, como para refresco, un buey, cuatro car-

neros, bananas, coles y otras frioleras del país, regalo que fué correspondido con el de vinos generosos, chocolate y otras varias cosas de sumo aprecio allí.

106. Del 17 al 21 reemplazamos toda la aguada y cerca de 200 quintales de leña; siendo singular el avío con que se logra llenar la vasijería en una playa de tanta rompiente con el auxilio de los negros, que pueden disputar á los peces el dominio de su elemento, y basta uno para sacar de la rompiente una pipa, pasándola sin la menor avería á la balsa, que está fuera con la lancha.

107. Algunos de nuestros Oficiales bajaron en tierra dos ó tres veces y fueron muy cortejados del buen Gobernador y sus subalternos, cuatro de los cuales, un capellán y el comisario vinieron á comer á la fragata el 25, víspera de nuestra partida.

108. La mañana del 18 se restituyó á bordo el bote ya compuesto; y pasó la Maestranza á dar al bergantín una recorrida que se acabó el 19.

109. El 17 y 18, que estuvo el viento al E. S. E. con ráfragas, fué obscuro el semblante con frecuentes aguaceros; y aclaró, fijándose aquél con igualdad al E. Estado del tiempo.

110. El 22, domingo de Pentecostés, zarpamos de esta rada; se metió las embarcaciones, nos hallamos completos en revista y para las ocho y media de la mañana quedó mareada toda vela rumbo al N. E. $\frac{1}{4}$ N. viento al E. S. E. bonancible. Salida de Noronho.

111. La isla de Fernando Noronho está tendida de N. E. á S. E. el largo de tres leguas comprendidas las islas septentrionales, y su mayor ancho podrá ser de una legua. Un físico sacaría de ella tesoros con que ilustrar su geografía y enriquecer la historia natural porque su situación y terreno la hacen capaz de cuanto se puede imaginar en la continuada primavera que se logra á beneficio de la constancia de los vientos generales del E. al S. E. con el Sol al N. y del E. al N. E. cuando el Sol está al S. Descripción de la isla.

112. Los portugueses, sus descubridores, conocieron la importancia de su posesión cuando abandonándola vie- Su fortificación.

ron venir los franceses á ocuparla; y así la reclamaron y volvieron á poseer por los años de 1750; han hecho en ella hasta 10 ú 11 fortalezas, seis que se ven desde el fondeadero, una que llaman del S. O. porque está en la punta de esta parte y tres ó cuatro en la faz del S. E., las cuales parece son de menos consideración que las de la del N. O.; y á la verdad, allí está defendida la costa con sola la dificultad de su acceso por los constantes vientos de travesía.

113. Los fuertes que se ven del fondeadero son, empezando del N.: Primero. El de la isla, llamado así por su situación, que ya sea cuadrilongo ó triángulo como pareció á algunos por lo saliente de los ángulos, tiene en éstos sus baluartes para tres cañones en cada uno por cada frente y cinco troneras en una y seis en otra de las cortinas intermedias de los dos frentes que aparecen, pero no se advirtió que tuviese montados más de tres ó cuatro cañones; su posición sobre la isla le hace de larga resistencia porque no puede ponerse batería inmediata á que no domine, bien que por la parte del mar quedaría desmontado á poco costo. Segundo. El de San Antonio, que es de siete troneras al N. O., situado sobre una lomita cercana á la playa del fondo de la rada; á la parte de tierra está cubierto de edificios techados, cuya disposición persuade á que no hay defensa por aquélla en donde está muy dominado y que sólo sirve de reducto poco útil á la referida playa, dando á ésta su nombre. Tercero. El castillo de los Remedios, con la villa de su nombre al pie, que es la habitación del Gobernador y dependientes no militares de la guarnición; tiene dos baterías, la baja á barbata y detrás de ésta varios cubiertos, que figuran una explanada de la alta, en que hay 12 troneras, formando en el baluarte del N. E. un caballero como de 30 codos de diámetro en su plaza; su situación hace fuerte este castillo contra un ataque de mar, pero está dominado por la parte de tierra. El cuarto fuerte se llama de la Concepción y es un reducto pequeño y mal situado, cerca de la playa. Quinto. El de San Belon-

dro, también pequeño, y se halla sobre un morrito á la riba. Sexto. El de Los dos hermanos, nombre que toma de dos islotes cercanos de un tamaño y figura, y está situado sobre un morro tajado á la mar, dispuesto para batería á barbata capaz de seis á ocho cañones y dista poco de la punta del S. O.; mira su cortina al N. E.

114. Entre cuarto y quinto fuerte hay una montaña muy señalada por un peñón piramidal que se eleva desde casi la medianía de su cima; excede en toda su altura el resto de la isla, parece desde fuera un campanario y puede verse á distancia de 12 leguas. Peñasco singular.

115. No pudo entenderse cuánta sea la guarnición de la isla. Los portugueses aparentaron tener 1.600 hombres de tropa, pero no conviene esto con que cada castillo de los grandes (tales serán el de la Isla y Remedios) se halle con una compañía que son 60 y los chicos con media, ni conviene con el número de Oficiales que vimos, siempre unos mismos; y finalmente, mucho menos con que una sola fragata de guerra haga la muda entera, lo que se practica por Marzo y Septiembre, quedando por más tiempo (excepto el Gobernador que subsiste tres años) sólo un Oficial por particular providencia del Comandante general de Fernambuco; de donde debe colegirse que á lo más se compondría el Presidio de 250 hombres de armas. De la guarnición.

116. No hay mujer alguna: es el destierro de los negros facinerosos, que serían á lo más 300, aunque los portugueses manifestaron que había 1.000; pues es prohibido por ordenanza alojarlos en las fortalezas, y su cuartel, que vimos por fuera, apenas podrá bastar para aquel número. De los negros.

117. La isla fructificaría en abundancia cuanto se quisiera; pero es prohibido el cultivo para dejar íntegros los pastos á la gran porción que hay de ganado vacuno y lanar, todo del Rey; y muy recomendado el cuidado de su multiplicación, por lo cual matan al año determinadas reses y sólo de cuando en cuando se da á los Oficiales ración de carne. Ganados.

Caza.

118. La caza de volatería abunda sobre cuanto se puede exagerar, cogiéndose á canastos en cualquier parte los pichones de palomas y tórtolas, que son delicadísimos; y dicen que en ciertos parajes no es menos la abundancia de una especie de liebres que según su pintura convienen con las mulitas de Buenos Aires, tal vez las que llaman pacas en el Brasil.

Aves.

119. Tienen los de la guarnición un corto número de pavos, gansos y gallinas, sin necesitar de éstas para una copiosa provisión de huevos que logran de unos pájaros marisqueros del tamaño de palomos, todos negros con sólo una coronita blanca en la parte superior de la cabeza, los cuales cuando llegue el huevo á todo su grosor, que es poco menos que el del común de gallina, se hallan tan embarazados que no se pueden mover hasta largarlo; la superficie del huevo es atigrada; no dan á este pájaro otro nombre que el del bien que reciben de él.

Pesca.

120. Cógese también mucho y buen pescado en la monzón de la poca mar que es la de los S. E. desde Abril á Octubre en que salen para el medio año restante, y es natural que siempre abunde igualmente, naciendo la diferencia de no pescarle de no poderse servir con los N. E. en las balsitas que son los únicos barcos del país, estando prohibido el tener otros para precaver la deserción de los negros, que con todo la hacen alguna vez cometiendo la brutalidad de ponerse á la merced del mar en una de dichas balsitas formada sobre cuatro ó cinco palos de seis pies de largo y de tres á cuatro todo el ancho de ella, para lo cual han solido enterrar la madera que cortan ínterin disponen sigilosamente las cosas al logro de su bestial intento. Cógese, asimismo, gran porción de tortugas que únicamente usan para hacer aceite.

De la rada.

121. Una rada tan abierta, limpia y segura no pide para venirse á buscar por el que jamás la haya visto más advertencia que la de que se puede fondear en ella comodísimamente desde 20 hasta siete brazas de agua, teniendo el 2.º castillo ó de San Antonio del S. E. para el E., lu-

gar sobrado para 10 ó 12 navíos; pero sí se ha de notar que aunque naturalmente es mejor el ancladero en ocho brazas ó 10, le hace más ventajoso en 15 y 16 el tener al S. el castillo de los Remedios, de donde así puede venir á la vela la lancha cargada de agua y remolcando una balsa con algunas pipas.

122. Puede acercarse la isla sin sospecha alguna por- De los bajos.
que el bajo que recelamos nosotros, citado por Pimentel, lo avistamos á la entrada y salida, estableciéndole á cortísimo error como dos millas al S. de la punta septentrional de la isla más N., esto es, como al E. del tercio septentrional del todo de las tierras de que dista poco más de una milla, como pareció desde tierra al Oficial que desembarcó el primer día, distinguiendo ser dos piedras separadas que comprenderán el espacio de 20 á 30 brazas y su elevación de poco más de tres ó cuatro pies. La isla tiene otro bajo 15 leguas al N. O. ó O. N. O., posición que le hace muy peligroso para los que salen de la costa con derrota á Europa y no han tenido tiempo para pasar al E. de Noronho ó darla vista.

123. La latitud bien observada en el ancladero fué de Latitud.
3° 50' S., de que se sigue poderse contar la punta N. de la isleta septentrional próximamente en 3° 48' 20".

124. La longitud de la isla estaba señalada con tanta Variedad en la longitud y en la distancia á la costa.
variedad que según Bellin debía ser de 24° 15' hasta 30' al O. de Cádiz, y de 26° 34' según d'Apres, que advierte distar sólo 62 leguas del cabo San Roque y no 105 como representa la carta de aquel autor; esto es, contando el referido cabo en 29° 22' relativa á la de 28° 56' en que pone Bellin á Olinde ó Fernambuco, indicándola como astronómica, bien que no así el «Conocimiento de tiempos de París», á cuyo sabio autor no se ocultaría una circunstancia tan de su examen; y por otra parte, en la América de d'Anville se cuenta toda esta costa un grado más oriental, de lo cual y de la diversidad con que se opina en la distancia de Noronho á ella, resulta que nada pudiera señalarse con más confusión que su longitud; los su-

jetos de quienes pudimos informarnos, bien que ninguno con señales de inteligencia marinera ó conocimientos de curiosidad geográfica, nos dijeron haber al cabo San Roque 72 leguas portuguesas, que establece Pimentel de 18 en grado y hacen justas 80 de nuestra medida marina de 20 por grado; y el Sr. D. Antonio Ulloa advierte distar 70 en juicio de los prácticos de quienes lo inquirió, que conforma si entendieron hablar de la medida mayor.

125. Para determinar la longitud con la mayor precisión se hicieron en el fondeadero nueve observaciones en el orden que sigue:

Día 19... ..	}	Por <i>L. α Le.</i> la de 25° 16' 15"
		<i>L. α V.</i> 26 16 15
		<i>L. α Le.</i> 24 56 15
Día 20.....	}	Por <i>L. Sl.</i> la de 25° 24' 30"
		25 51 15
		25 58 15
Día 21.... .	}	Por <i>L. Sl.</i> la de 25° 6' 15"
		25 45 00

Es longitud media observada: 25° 36' 13"

Reflexión sobre estas observaciones.

126. Parece que puede contarse con seguridad sobre esta determinación para nuestro fondeadero que era precisamente en el meridiano del castillo de los Remedios; nada debe admirar que la observación á la Spiga y la 2° á Régulo disten entre sí 80' y ambas 40 del resultado medio si se considera que estaba la Spiga en el Zenith, presentando una posición incomodísima y que sólo se midió á mayor abundamiento porque se había logrado ya á satisfacción la de Régulo por la comodidad con que se proporcionaba; la cual indujo más de media hora después á tomar segunda distancia, cuya diferencia provino sin duda ó de alguna pequeña en la rectificación del sextante ó de la tal cual aceleración con que se practicó antes que un celaje cubriese la estrella. En las seis de Luna á Sol, tanto

entre sí como relativa á las otras, hay, para no ser la más cómoda la posición, cuanta concordia puede desearse; y así no queda que en la referida determinación mientras no la corrija un satélite de Júpiter, pues basta en prueba de su exactitud el que esté cerca de la primera observación á Régulo, distancia de aquellas que llena el ojo del observador á asegurar que no cabe en ella el error de un cuarto de grado, esto es, cuando no bastase el que las menos concordantes sólo distan 40' de la longitud establecida, error despreciable para lo que se pretende en la mar; siendo bastante digno de reparo que por la observación del 13 (núm. 97) cumplimos en el fondeadero la de 25° 31', tan conforme á la determinada con prodigalidad manifiesta.

127. Resta decir que el establecimiento de la rada es De las mareas. con cortísima diferencia á las cuatro horas; y aunque en la fragata no se notó más de dos y medio á tres pies de diferencia entre mayor y menor agua en estas mareas de cuadratura (la Luna desde el apogeo á media distancia al perigeo), se vió en el cantil de las isletas que llegaba á seis pies.

(Continuará).

UNA CUESTIÓN DE LÍMITES

ENTRE ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS EN EL SIGLO XVIII ⁽¹⁾

Inglaterra había reconocido la independencia de sus colonias sublevadas, quitando con ello motivo á la guerra que sostenía con Francia y con España, guerra extraña, que desde sus comienzos llevó su acción paralela á la de la paz, admitiéndose en Madrid de buen grado, mientras Barceló bloqueaba á Gibraltar y Gálvez luchaba en el seno mejicano contra los ingleses, á emisarios enviados oficiosamente desde Londres, tales como el sacerdote católico Hussey y el secretario particular del Ministro Lord Germaine, Cumberland, que intentaban la reconciliación de las dos Cortes.

Ante el triunfo de los ideales de su nación, Jay, el representante de las colonias en Madrid, había marchado á París, comprendiendo sin duda no serle ya muy útil estar en contacto permanente con los Ministros de Carlos III. Al marchar entendió Floridablanca que debía prevenir al Conde de Aranda, Embajador de España en París, de los problemas que por la actitud de Inglaterra, modificada por el cambio de su Ministerio, abandonando sus resistencias al reconocimiento de la nueva Potencia americana, habrían de plantearse; los auxilios pecuniarios y militares de Carlos III debían buscar su recompensa en favores y privilegios de los Estados Unidos; precisaba, además, que las posesiones de España en la América del

(1) Del libro en preparación *La intervención de España en la independencia de los Estados Unidos del Norte de América*.

Norte y las de los nuevos Estados quedaran perfectamente definidas y deslindadas; á estos dos extremos, y al de asegurar la navegación por el Mississippi, se reducía el espíritu de la instrucción dada por el Ministro al Embajador, en lo tocante á los tratos en que debía entrar con los americanos, instrucción que además se refería á multitud de particulares en la previsión de que el momento de todas las paces es uno de aquellos en que pueblos y Gobiernos se aperciben á modificar el mapa político de la tierra, buscando ese equilibrio de intereses y de acomodamiento de aspiraciones nunca logrados, y en los cuales cifran sus deseos de alcanzar una estabilidad permanente.

Conviene recordar cuál era la posición de España en los territorios que podían dar lugar á disputas de señoría con los Estados Unidos.

Aparte de los que dominaba por título indiscutible de posesión primera y directa en los espléndidos ensanches que hacia el Norte había tomado el Virreinato de Méjico, por el Tratado de Fontainebleau de 3 de Noviembre de 1762 había recibido España de Francia *en plena propiedad y pura y simplemente, el país conocido con el nombre de Luisiana, como también la Nueva Orleans y la isla en que se halla situada esta ciudad*. Secretamente no se impuso otra obligación por el Rey cedente al cesionario que la de no establecer en la colonia el Tribunal de la Inquisición; mas, aun con esta garantía de libertad, acogieron hostilmente los colonos el cambio de soberanía y hasta Junio de 1769 puede decirse que España no hizo efectivo su dominio, y esto gracias á la imposición de las tropas que llevó el Conde de O'Reilly desde Cuba: no hay yerro en afirmar que de las muchas y diversas tierras gobernadas por España desde el siglo xv en adelante, en ninguna dejó menos huellas el genio de su raza que en esta Luisiana, sujeta á tanta mudanza de dueños hasta quedar incorporada á la Unión como uno de sus más prósperos Estados. Y el Tratado de París de 10 de Febrero de 1763, consecuencia del de Fontainebleau y otorgado entre los

Reyes de Francia, Gran Bretaña, España y Portugal, y en el cual se hacía supuesto de pertenecer aún á la primera la Luisiana, determinó en su artículo 7.º que dividiría esta posesión de las británicas una línea tirada en medio del río Mississippi, desde su nacimiento hasta Iberville, y desde allí otra línea tirada en medio del mismo río y de los lagos de Maurepas y de Pontchartrain hasta el mar, quedando para los ingleses todo lo que estuviera á la izquierda del río, incluso el puerto de Mobile, con excepción de Nueva Orleans que permanecía francesa, y acordando la libertad de navegación del Mississippi en toda su extensión y anchura.

La Florida era de derecho inglesa; el Tratado de París de 1763 había despojado de su posesión á España: todo el territorio conocido con este nombre, con el fuerte de San Agustín y la bahía de Panzacola y cuanto poseía al Este y al Sureste del Mississippi, se traspasó á la soberanía de la Gran Bretaña, compensando á ésta del abandono que consignó en el mismo Tratado de sus conquistas de la Habana y algunos lugares más de la isla de Cuba.

Mas este estado de derecho le había modificado una situación de hecho, consecuencia de la guerra; las empresas de Gálvez obtuvieron como resultado la toma de Panzacola, de Mobile y de dilatados terrenos enclavados en la Florida, entendiéndose que Florida venía siendo cuanto en las inmediaciones del golfo mejicano quedaba á la orilla izquierda del Mississippi, en oposición á su derecha, donde comenzaba la Luisiana, que se extendía á linderos totalmente hipotéticos por el desconocimiento en el siglo XVIII de todo el Occidente de la América septentrional, explorado, descrito y comenzado á poblar ya bien entrado el siglo XIX.

Tal era la situación geográfica, sobre la cual había de discutir Aranda con los comisionados americanos.

Ya le tenía advertido Floridablanca que interés de España era dominar el curso del Mississippi, pero que al sostener este interés se tropezaría seguramente con la

pretensión de los americanos de que se declarase libre su navegación, deseo justificado por la razón geográfica de no contar las colonias con otra vía de comunicación para dar salida á los productos de las regiones alejadas de la costa. La pretensión era inadmisibile á juicio de Floridablanca, imbuído de los errores económicos de su época; entendía era atributo de la soberanía de España la prohibición de que nación alguna extranjera comerciase en sus dominios americanos; la autorización concedida á los buques de los Estados Unidos para bajar hasta la desembocadura del Mississipi, cuyas dos riberas eran españolas, derogaría el principio absoluto sostenido como dogma político, y una vez modificado sería forzoso abrir las puertas del golfo mejicano, ó por lo menos las de los litorales de Luisiana y Florida, al comercio de todas las potencias amigas; resolver la dificultad era imposible, atendida la oposición de tendencias tan encontradas (1).

Al poner Aranda en conocimiento del Gobierno de España el comienzo de su negociación con Jay y con Franklin, consignó, como criterio previo, el de que los límites deberían fijarse en grandes líneas sin descender á la disputa de valles y colinas, como acontecía en la determinación de la parte que á las dos Navarras correspondía en los Alduides, y que se tomaban como buenos para la discusión los mapas del Atlas de Mitchell, traducido al francés por Lerouge (2).

Decidido que la representación americana fuese asumida por Jay, quien utilizó la Plenipotencia que para el Rey de España le fué extendida en Filadelfia á 29 de Septiembre de 1779 por el Presidente del Congreso Samuel Huntington y refrendada por el Secretario Thomson, se extendió un diario de la negociación, cuya lectura demuestra que surgió el desacuerdo al primer cambio de impresiones.

Comenzó Aranda, consecuente con su opinión, soste-

(1) Floridablanca á Aranda.—Aranjuez, 17 de Mayo de 1782.

(2) Aranda á Floridablanca.—París, 6 y 18 de Julio de 1782.

niendo que las divisiones entre lo que hubiese de quedar para España y para los trece Estados Unidos, «debería fijarse en puntos capitales, conocidos é indelebles, sin pararse en cien leguas más ó menos, y que habiendo de caer las líneas divisorias en países bárbaros, quedaba entregado á cada parte contratante el cuidado de domesticarlos para que fuesen barreras tranquilas entre los dos Imperios».

No contestó concretamente Jay á las manifestaciones de su interlocutor, mas como punto de partida de las aspiraciones que venía decidido á sustentar, invocó el principio doctrinal de que los Estados Unidos eran los sucesores de la Corona británica y, por tanto, que todas las colonias emancipadas de su soberanía deberían quedar incorporadas á los dominios de la nueva Potencia. El principio no era falso, mas de las trece colonias rebeladas contra Inglaterra no habían formado parte jamás buen número de territorios ó nunca explorados ó sujetos á otros Gobernadores designados por la metrópoli, y sin embargo la perseverancia en sostener afirmaciones contrarias condujo á la larga al triunfo de la doctrina del comisionado, frente á las prudentes observaciones del Embajador español robustecidas por el Gobierno francés.

Deseoso Aranda de apresurar la expresión de las diferencias que surgían desde el comienzo de sus coloquios, trazó con lápiz rojo sobre uno de los mapas del Atlas de Mitchell la frontera que reclamaba España. Comenzaba el trazo en el lago Superior, pasando al de Erie ú Oswego, continuabá á la confluencia del río Conhaway con el Ohio para dar en el recodo más entrante de la Carolina meridional, continuando hasta buscar como visual un lago en la tierra de los Apalaches que forma un río cuyo nombre se desconocía y desaguaba en el río Atalamaba ó George River, pero sin llegar á él, dejando así una indicación indecisa. A la pregunta de Jay de cómo no pasaba la línea del lago, contestó Aranda ser la Florida oriental de los ingleses, y no conocerse los límites ciertos entre ésta y la Georgia, la colonia más meridional entre las emancipa-

das, respuesta que envolvía la disparidad de su criterio puesto que respetaba los derechos soberanos de Inglaterra sobre territorios no comprendidos entre los que se habían reconocido ya como independientes por su consentimiento.

El silencio en el cual escuchó Jay los límites que señalaba Aranda fueron acertadamente interpretados por éste más como reserva que como conformidad, y venciendo su aversión conocida de hacer intervenir á los Ministros franceses en asuntos del interés privativo de España, entendió razonable que á ellos debía acogerse para que sus consejos, relativamente imparciales, limasen las asperezas que hacía sentir en sus tratos el representante americano.

A fines del siglo XVIII no contaba la diplomacia con los servicios de su gran colaboradora la Geografía; conocidos eran á los gobernantes los límites de Europa, sus accidentes principales, sus litorales y los del Antiguo y Nuevo Mundo, pero muy imperfectamente la configuración del interior de continentes y de islas y con aproximación bastante imperfecta las extensiones de sus territorios. No es extraño que Aranda, desconfiando de sí mismo y temiendo que adoleciera su propuesta de algún vicio esencial que la impidiera conformarse con realidades geográficas, mostrara á Vergennes el mapa con la línea roja y solicitara su opinión acerca del acierto con que la había trazado.

No era más versado Vergennes en el conocimiento de cosas de América que el mismo Aranda, y contestó que si los americanos demostraban tener establecimientos más allá de la línea hacia el Oeste debían serles respetados, pero que de todas suertes era exagerada su pretensión de llevar la frontera al Mississippi; mas se inhibió de dar consejo definitivo y remitió á Aranda al de Rayneval su *premier commis*, es decir, el Oficial mayor ó Subsecretario de su Ministerio, hombre entendido en estos asuntos y buen conocedor del idioma inglés.

Puesto al habla Aranda con Rayneval comenzó por

fijar el punto, á su entender cardinal, de la negociación con Jay, la consideración de que los países conquistados y poseídos por la Gran Bretaña en la América del Norte debían dividirse en dos categorías: las colonias, propiamente dichas, con población conocida y límites definidos, y los territorios de la Corona conquistados á otros Imperios, tales como el Canadá y la Florida que se extendían por detrás de las colonias, es decir, por el lado opuesto al Océano Atlántico, y sobre los cuales no podía versar el deslinde que á España interesaba. El aceptar esta división ofrecía, no obstante, una dificultad que no se ocultaba al Embajador español; los límites entre las colonias se habían fijado por Inglaterra mediante líneas ideales que partiendo de puntos fijos al Este iban indefinidamente hacia el Oeste, linderos regulares que aun conservan muchos de los Estados Unidos actuales, y de no convenir en que subsistieran permitiendo á los emancipados extenderse sin protesta de su antigua metrópoli, era razonable que ésta exigiese el reconocimiento de otra línea que bajando de Norte á Sur, desde el Canadá á la Florida, fuese cortando los límites intercoloniales, estableciendo su verdadera frontera occidental y determinando una colonia inglesa circunscrita por ésta y por el curso casi total del Mississippi, comprendiendo territorios poco menos que inexplorados y que hasta entonces sólo eran habitados por naciones indias no sujetas prácticamente al dominio de ningún europeo.

Tan acertadas parecieron á Rayneval estas razones que se apresuró á proporcionar á Aranda antecedentes históricos que las sirvieran de apoyo. Mientras la Luisiana y el Canadá habían sido franceses, no tan sólo los territorios que Aranda no reconocía como reivindicables por los americanos, sino los lagos en toda su extensión, se habían reputado también franceses; al conquistarlos Inglaterra, y siguiendo el dictamen de Vaudreuil, Gobernador francés del Canadá, se asignó á éste como límite meridional el Ohio en todo su curso y hasta su confluencia con el

Mississippi, sobre el cual estableció su soberanía, incluso en su desembocadura, por razón de haber tomado á España la Florida y á Francia la región de Mobile, todo lo cual contradecía las exigencias de los americanos, que no podían reclamar territorios al Norte del Ohio por pertenecer al Canadá, ni al Oeste de las tierras realmente ocupadas de las colonias de Georgia, las dos Carolinas y Virginia, por haberse considerado sin contradicción extensiones y dependencias de la Florida. Indicó Rayneval, á mayor abundamiento, que los franceses habían construído en el siglo xvii el fuerte Toulouse sobre el río Alabama y que mientras poseyeron la región de Mobile y los españoles la Florida, quedó señalado como límite de los territorios de ambas naciones este punto de defensa, reconociéndose como ensanche de la Luisiana todo cuanto se extendiera por el Norte á la derecha del Mississippi y hasta tocar en el Canadá.

Ya tan ampliamente ilustrado ó documentado, empleando la frase al uso, volvió Aranda á solicitar el consejo de Vergennes, quien titubeó ofreciendo sucesivas soluciones.

Fué la primera la de aceptar como límite occidental de las colonias la línea roja de Aranda, mas declarando todo cuanto quedara comprendido entre ella y el Mississippi como territorio neutral, una vez que los verdaderos ocupantes de estas regiones eran tribus bárbaras; á la propuesta opuso Aranda la facilidad de que los colonos, pueblo nuevo y ávido de crecimiento, bajo pretexto de contener ó castigar á los salvajes, se irían entrando por aquellas regiones y se las apropiarían, por ser más templadas que las de la costa, conduciendo esta sagaz observación, que contenía el vaticinio del porvenir de los nuevos Estados, á considerar indispensable la fijación de un meridiano ó línea inalterable, de la cual no pudieran pasar las naciones limítrofes.

La segunda solución buscada por Vergennes, fijándose en los mapas cuya perfección nos es desconocida, y cuyas

toponimias no siempre es posible acomodar á las actuales, fué la de que se trasladase la línea roja del punto en que pasaba por la confluencia del Gran Conhaway con el Ohio á la de éste con el Wabache, con lo cual se satisfacían parcialmente las aspiraciones de los americanos, dejando aún bastante distancia de la frontera al Mississipi; sin oposición abierta repuso Aranda que bastaría dirigir la línea á que pasara entre los dos confluentes por un punto que en los mapas se denominaba Etang Castor, y Vergennes manifestó su duda de que los americanos aceptasen, por dibujarse su propósito de aprovechar los ríos para el tráfico interior é interesarles por ello no perder el dominio del Wabache.

Surgió, en tanto se discutían estas diferencias, una cuestión de aptitud para negociar entre los comisionados; Jay manifestó resueltamente que carecía de facultades para aceptar límites y sólo estaba facultado para reclamar el del Mississipi, y se resistió á continuar tratando invocando la insuficiencia de sus poderes, á la vez que ponía en duda si eran bastantes los que ostentaba Aranda, por ignorar si le estaban conferidos especiales para el caso por el Gobierno de Carlos III.

Inmeditada era la exposición de un escrúpulo que, de surgir lógicamente, debió presentarse en los primeros momentos de la negociación, no permitiéndose el comisionado americano escuchar proposiciones á las cuales no podía responder, y entendiéndolo así Aranda, continuó sus gestiones con el celo que animaba todas sus labores, desoyendo los rumores que Vergennes hacía llegar á sus oídos, tomados de noticias transmitidas por el caballero de La Luzerne, representante de Francia cerca del Congreso de Filadelfia, de hallarse negociando con éste la misma cuestión de límites D. Juan de Miralles, notoriamente incapacitado para la cuestión por ser sólo agente oficioso de don Bernardo de Gálvez, Gobernador de la Luisiana, y no representante acreditado de España.

Para vigorizar su acción, y aprovechando las dotes de

Rayneval, le encargó formulase otro proyecto divisorio; mas éste, por impulso propio ó por mandato de Vergennes, pero entendiendo en uno ú otro caso que la cuestión era harto ardua para diluirla en impresiones y en informes fragmentarios, redactó una Memoria poco conocida, inédita á lo que creemos, cuyo texto justifica la estimación en que su Jefe le tenía por sus conocimientos de la Geografía americana, y es documento de interés para la historia de las colonias que al desgajar su soberanía de la de su metrópoli pretendían derivar en favor suyo derechos no engendrados por la conquista de su independencia.

La Memoria se apartaba un tanto del criterio intransigente sostenido por Aranda al trazar primeramente sobre el mapa la línea roja, razonándola después con las explicaciones que de su dirección diera á Jay, mas contenía en el fondo iguales principios á los sostenidos por el Embajador español, es decir, la negativa de que las colonias hubieran poseído los terrenos de la izquierda del Mississippi á que aspiraban y la necesidad de considerar como no conquistadas á Inglaterra comarcas que nunca habían formado parte de las provincias sublevadas.

Recordaba la Memoria que los establecimientos constituidos en los primeros años del siglo bajo el nombre de Luisiana, no comenzaron á cobrar importancia hasta que Law formó, para servir sus turbias especulaciones financieras, la Compañía explotadora de la colonia, de existencia efímera como la fortuna del aventurero escocés, pero suficientemente larga para vivificar la economía de un territorio que había comenzado bajo oscuros auspicios. Los colonos extendieron su acción hacia el Este, incorporándose el país de los Natchez, y hacia el Norte hasta el de los Illinois, alcanzando por límites orientales multitud de pueblos salvajes, como los Alibanones y los Creeks, alguno de los cuales reconocía ser los franceses sus protectores pero no sus soberanos, y como septentrional el Ohio, que sin acuerdo expreso venía considerado por el uso frontera que separaba la Florida del Canadá.

Una de las consecuencias de la guerra de 1756 fué el abandono por Francia del Canadá en manos de la Gran Bretaña, promoviéndose á consecuencia de la cesión empeñadas discusiones sobre su alcance, que terminaron asignando como límite de la Luisiana el Mississippi en todo su curso, desde su nacimiento en el lago Itasca hasta su desembocadura en el seno mejicano.

Para llegar á esta conclusión, Rayneval recordaba que Francia había sido vencida, pero no convencida, sosteniendo como á la sazón sostenía España que á la izquierda del Mississippi se extendían territorios que jamás habían sido poseídos por Inglaterra, y recogiendo sus impresiones sobre lo que pretendían los americanos, rechazaba el argumento por éstos esgrimido de que en las *cartas* de población otorgadas á cada colonia con arreglo al sistema del derecho inglés de reconocer facultades y privilegios parciales á las comunidades públicas y privadas, se establecían verdaderas donaciones de comarcas que Francia y España reputaban independientes.

Las cartas invocadas por los americanos en plural se reducían realmente á una sola, cuyo examen contradecía los argumentos que invocaban: en el mes de Octubre de 1763, Inglaterra había distribuído en cuatro Gobiernos las conquistas que aseguró su Corona por el Tratado de París, fijando en el grado 31 de latitud el límite septentrional de la Florida, sin aludir á los de las colonias. Por el contrario, en este documento se reconocían los territorios propios de los indios, las *reservas* que han llegado hasta nosotros, prohibiendo á los Gobernadores ó Comandantes en Jefe de Quebec y Florida del Este y del Oeste y á los de cualesquiera otras colonias ó plantaciones en América acordar concesiones más allá de los nacimientos de los ríos que desaguan en el Atlántico al Este y al Noroeste, constituyendo así los territorios restantes las reservas indias.

Este documento señalaba por sí solo la imposibilidad jurídica de atribuir á las reservas el carácter de tierras

susceptibles de ser entregadas al *primo occupanti*, sin que pudieran tampoco citarse hechos posesorios que sirvieran de precedentes para contradecir las peticiones de Aranda; como memorable demostrando así su singularidad, se recordaba que un Coronel llamado Clark pudo llegar al Mississipi atravesando pueblos salvajes, y de todo ello venía á concluirse que si acaso podría reconocerse en Inglaterra un derecho de protectorado mas no el de soberanía territorial, único transmisible á los Estados Unidos como inherente al reconocimiento de su independencia.

Rayneval continuaba sosteniendo una sana doctrina de Derecho público aplicable á las conquistas realizadas por España en la Florida, cuyos dominios enclavados á la izquierda del río fronterizo estaban por éste separados de los de la Luisiana indiscutiblemente española: entendía que por empresas de Gálvez quedaron incorporadas á España plazas y comarcas de la Florida y ganadas por las armas y afirmada su posesión por la permanencia de guarniciones, resultaban conquistas tan legítimas en perjuicio de Inglaterra como lo habían sido las de Maryland y Connecticut, por ejemplo, realizadas por los ejércitos americanos.

Estos principios los cuales un siglo más tarde se han incorporado al Derecho internacional, consagraban el reconocimiento de la propiedad conquistada materialmente, y rechazaban la conversión de aspiraciones ideales de soberanía en hechos de su efectivo ejercicio, y conforme á su esencia proponía Rayneval fuesen zanjadas las diferencias sometidas á su dictamen, el cual resumía en dos puntos capitales, en los cuales debería concretarse la admisión de soluciones que convinieran á las dos Potencias: la navegación del río y la fijación de límites.

El primero quedaba forzosamente subordinado al segundo; opinaba el informante con lógica inflexible ser señor de las aguas de un río quien lo es de sus riberas, sin que este axioma pudiera ser modificado más que por convenio de otros interesados en el disfrute de sus aguas, por razón de su dominio territorial sobre regiones próximas ó

sobre curso de otros ríos que las afluyan y enriquezcan. Una situación consuetudinaria encerraba en cuanto al Mississippi una derogación manifiesta al principio de la absoluta soberanía de sus orillas; hasta el comienzo de las hostilidades entre España é Inglaterra, es decir, hasta 1780, por razón de constituir una línea fronteriza entre posesiones de ambas coronas, hubo de ser navegado libremente, y á los ingleses, que eran quienes utilizaban preferentemente su curso, jamás se les había molestado con motivo de esta navegación.

La mayor importancia adquirida por las colonias al ser emancipadas y el hecho de quedar por España la totalidad del litoral del golfo de Méjico, inclinaban á meditar si convenía persistir en el consentimiento de la libertad fluvial; no han de olvidarse las ideas económicas imperantes en la España del siglo XVIII que trascendieron á la del XIX y constituyeron el fermento más poderoso de la emancipación de nuestras propias colonias y cuyos vestigios aún producen efectos perniciosos en la Hacienda contemporánea; se reputaba á la sazón principio fundamental inherente al poder colonial la prohibición del tráfico entre una colonia y otro país distinto á su metrópoli, y de él se derivaban multitud de suspicacias, de temores y de prevenciones tiránicas para reprimir el contrabando, preocupaciones que hoy rechazamos por ilógicas, pero que demuestran que en las evoluciones del progreso humano son las libertades del trabajo y del comercio las de conquista más ruda y laboriosa. Rayneval, devoto de esas ideas y compenetrado sin duda con el pensamiento de Colbert, que inspiró la política económica de los Reyes borbónicos hasta la pérdida de su soberanía absoluta, aconsejaba sin embargo á España que accediera á las exigencias de los americanos, y adoptando un criterio circunstancial, apartado del puro sostenido por Aranda, entendía que al Mississippi afluían otros ríos muy caudalosos del interior, que aprovechando el curso de estos últimos los colonos aumentarían su comercio y agradecerían más

aún el beneficio de la libertad de navegar si se les permitía crear un depósito mercantil en Nueva Orleans, de todo lo cual España sería la que reportase mayores provechos una vez que su marina sería la encargada de transportar los productos americanos á Europa, puesto que al día siguiente de su independencia no era posible á los Estados Unidos ejercer bajo su bandera el tráfico trasatlántico.

Para los límites ofrecía Rayneval una solución definitiva, mediante una línea bastante separada de la trazada por Aranda. Partía del ángulo en que se unían las dos Floridas en el golfo de Méjico dirigiéndose rectamente al fuerte Toulouse en el país de los Alibanones, subía el río Alabama ó Coussa hasta su confluencia con el Locus-hatchi remontando éste y buscando su nacimiento, quebraba ahí la línea hasta buscar á su vez la factoría de Kanasseé ó Tanasseé, continuando primero por el río Cufaseé y después por el de los Cherokis ó Nogohegeés hasta su confluencia con el Pelisipí, el cual remontaba por su brazo occidental hasta su origen, volvía á quebrar la línea para encontrar las fuentes del Cumberland, cuyo curso no abandonaba hasta su desagüe en el Ohio. Las tribus salvajes que habitaban entre la frontera propuesta y el Mississipi, debían, en opinión de Rayneval, quedar libres y neutrales, pudiendo comerciar con ellas lo mismo los españoles que los americanos, pero reconociendo en éstos la facultad de discutir con las tribus las diferencias sobre límites, y sin que los españoles tuvieran la de oponerse á la expansión hacia territorios que ellos mismos no ocuparan.

Tal era la Memoria de Rayneval, aceptada en todos sus términos por Aranda. Mas Jay, á pesar de lo mucho que favorecía sus puntos de vista, continuaba escudado en la insuficiencia de sus poderes; no prestaba su conformidad á las conclusiones del dictamen, sin impugnarle tampoco resueltamente, y Aranda opinaba que con él no era posible más que llegar, si acaso, á un acuerdo provi-

sional, dejando el definitivo para cuando se tratase con Inglaterra, y pintando, con el gracejo y desenfado que son característicos en su correspondencia diplomática, al comisionado americano como hombre á quien las instrucciones de su Gobierno se reducían á una sola palabra: Mississippi (1).

En estas indecisiones quedó la negociación; fuera cual fuere su resultado es incuestionable que en ella se debatía el porvenir del estado político de la América del Norte. La disputa se limitaba á reconocer en su zona templada, es decir, desde la región de los lagos hasta las fronteras de Georgia y de Florida, cerca ya del trópico, uno ó dos Estados: el conjunto de las libres colonias americanas por sí solo ó compartido con una extensa colonia inglesa que sirviera de barrera á las expansiones hacia el Oeste del pueblo recién emancipado. Desde el Mississippi hasta el Pacífico se ofrecía el problema en resolución facilísima; la Luisiana se extendía del golfo de Méjico al Canadá, y por ser española á España pertenecía cuanto poblara y explotara en área tan inmensa. Ante el conocimiento que hoy poseemos de lo que es la América septentrional, asombra que cuestión tan trascendental no levantara mayores discusiones ni estimulara más despiertos apetitos; mas á fines del siglo XVIII, todo cuanto quedaba á la derecha del Mississippi eran tierras ignotas, tanto que no es posible compararlas con las menos exploradas en nuestros días, y ejemplo de esta ignorancia, sostenida muchos años más adelante, es el que presenta Tocqueville en su obra clásica y en los mapas que la ilustran, editados ya entrado el segundo tercio del siglo XIX, acusando que aun entonces era desconocida la importancia de todas aquellas regiones que hoy constituyen una mitad de los Estados de la Unión y no de los menos ricos.

De haber prosperado la propuesta de Rayneval, aun substrayendo á la acción de España los territorios indios

(1) Aranda á Floridablanca.—París, 8 de Septiembre de 1782.

cuya neutralización proponía, y si la gestión política de Carlos IV hubiera sido menos desdichada de lo que fué en todos los órdenes á que alcanzó, es seguro que la mitad de los Estados Unidos, y señaladamente todo ese *Far West*, tierra de promisión de la gran República, sería en la actualidad asiento de nacionalidades de raza y lengua españolas desprendidas del derrocado Virreinato de la Nueva España.

El celo de Aranda y las resistencias de Jay vinieron á modificarse forzosamente por un acontecimiento inesperado: en 30 de Noviembre del mismo año 1782, Oswald, agente del Gobierno británico, de una parte, y Jay, Franklin, Adams y Laurens, de la otra, habían suscrito un Tratado de paz provisional, cuyo texto no quedó oculto y se entregó, por el contrario, á la publicidad por medio de la escasa prensa de la época; en su artículo primero quedaba reconocida la independencia de las colonias sublevadas, y en el segundo, éstas y la Gran Bretaña acordaban como límite «el río Mississipi en una línea tirada por mitad hasta su intersección con el paralelo 31 de latitud septentrional, y por el Sur con una línea que partiendo de esta intersección fuera hasta la mitad del río Apalachicola ó Catauche, siguiéndola hasta la confluencia con el río Flint, continuando á buscar el nacimiento del río Santa María, cuyo cauce servía de límite hasta el Atlántico».

La rapidez con que se concluyó este Tratado sorprendió á Aranda á la vez que á Vergennes; España y Francia estaban al habla con Inglaterra, y si bien es cierto que la última no se había comprometido á suscribir una paz general y le era lícito convenir separadamente con cada uno de sus adversarios, sorprendía tan prematuro y general arreglo con los americanos.

Apresuróse Aranda á dar cuenta á su Gobierno del suceso, sin omitir su crítica del Tratado, que á severa y justificada se prestaba. Lealmente confesó la quiebra de sus teorías; Inglaterra desistía de su idea de unir el Ca-

nadá con la Florida; apuntó el proyecto, que no tardó en convertirse en realidad, de que la misma Inglaterra se desinteresaba de reivindicar la Florida occidental y desdenaba continuar en la posesión de la oriental, mostrándose propicia á cederla, justificando su opinión con el hecho de que habiendo sido otros los intentos se hubiera ofrecido á España la restitución de Gibraltar á cambio de la Florida, propósito que, á lo que parece, se contuvo en el pensamiento del ex-Ministro británico Lord Shelburne.

Mostraba una contradicción palmaria entre dos artículos del Tratado: en el 8.º, se reservaban Inglaterra y los Estados Unidos «la libre navegación del Mississipi desde su nacimiento hasta el Océano», y como á la par reconocían en el 2.º que su dominio acababa en el paralelo 31, respetando como españolas las dos márgenes del río correspondientes á la Luisiana y á la Florida, se daba un caso extraño, semejante al de que «España hubiese pactado con otra nación la navegación libre por el Tajo desde su salida de la Extremadura española hasta Lisboa sin contar con Portugal». Aranda añadía que todo ello entrañaba nuevas dificultades para la cuestión de límites (1).

Ningún interés demostró el Gobierno español en vencerlas, ni la casualidad, que tantas otras ha destruído, tuvo ocasión de desmoronarlas; parecía lógico que la situación de España en la América del Norte se afirmase y fortaleciese con la cesión de toda la Florida, que recibió por el Tratado de paz con Inglaterra firmado en Versalles en 3 de Septiembre de 1783, botín nada despreciable que se obtenía compensando la devolución de las islas de Bahama y Providencia conquistadas durante la guerra.

Con estos Tratados había terminado de hecho el auxilio de España para que los Estados Unidos obtuviesen su independencia; ésta se había logrado, y el nacimiento y el desarrollo de nuevos intereses colocarían á los amigos antiguos en nuevas posiciones y desatarían los lazos de

(1) Aranda á Floridablanca.—París, 3 Diciembre de 1782.

concordia que estuvieron anudados mientras fué combatido un enemigo común.

Geográficamente parecía incuestionable que la posesión de la Florida consolidaba el poderío español en el golfo de Méjico, cuyas costas dominaba ya en absoluto. Mas políticamente fué de poca utilidad la adquisición; no comprendieron los gobernantes españoles que la colonia donde su descubridor Ponce de León fué á buscar los manantiales de la eterna juventud guiado por las tradiciones supersticiosas de los indios pudiera ser el centro del desarrollo de un poderío inmenso, rival del que comenzaban á cimentar los nuevos Estados. Los colonos recibieron de muy mal grado el cambio de soberano; la Florida era el refugio de los partidarios de Inglaterra, de los *loyalist*, que repugnaban acatar la nueva soberanía americana; menos aún se avenían á la obediencia de la española, y aquel núcleo sajón y protestante quedó poco menos que olvidado entre la inmensidad de regiones que aun la estaban sujetas.

Las conmociones de la Europa y del mundo entero, ya que en su totalidad tenía sus destinos encadenados con los europeos al finalizar el siglo XVIII, favorecieron los designios de los Estados Unidos de incorporarse la Florida, conseguidos pacíficamente, aunque tras una labor lenta, que culminó en el Tratado de Wáshington de 22 de Febrero de 1819 en que se otorgó la anexión, ya en los días en que la América española se agitaba en rebeliones republicanas.

La Luisiana y el derecho de navegación en la desembocadura del Mississipi estaban reconocidos por los Estados Unidos; en 1788, y en dictamen emitido por D. Juan Bautista Muñoz para la Junta de Estado (1), se dice que «habían pedido licencia á nuestro enviado D. Diego Gardoqui para navegar por el Mississipi, reconociendo el de-

(1) Inserto en el libro *Documentos históricos de la Florida y la Luisiana*, página 316.—Madrid, 1913.

recho de España para impedirlo, y que debemos mostrar diligencia en fomentar nuestros establecimientos sobre sus orillas y aumentarlos aguas arriba, y sobre todo en formar en la confluencia con el Ohio una población numerosa que sería emporio de la América septentrional y serviría de barrera á los nuevos Estados». Prudentes consejos que no fueron seguidos ni siquiera escuchados.

El Tratado entre España y los Estados Unidos otorgado en San Lorenzo del Escorial en 27 de Octubre de 1785 consagró el acuerdo á que llegaron los últimos con Inglaterra, puesto que si bien reconoció el dominio de España sobre la Luisiana y la Florida y la frontera del Mississipi, sólo desde su origen hasta el grado 31, y como extensiones de la primera todo cuanto quedaba á su orilla derecha, fué avenencia común la de consentir en la libre navegación del río.

El destino era contrario á España en aquellas regiones, y el derecho disputado con tanto esmero en favor, sobre todo, de la Luisiana, quedó poco después falto de efectividad; Godoy y el ciudadano Luciano Bonaparte, Embajador de su hermano el primer Cónsul, convinieron en que se cediese á la República francesa la Luisiana, á cambio de la formación en Italia de un minúsculo Estado, á cuyo trono se llamaban con bastante indeterminación á parientes de Carlos IV. Fácil es que los negociadores, el español sobre todo, no se percatasen del valor de lo que se cedía, y no es inverosímil sostener que bajo el poder de España la Luisiana inmensa, que teóricamente dominaba, hubiera desaparecido en el huracán de insurrección que destruyó el señorío español en América; tampoco lo es que siguiendo la pendiente de la fatalidad hoy fuera teatro de luchas entre pigmeos ambiciosos y patria de oligarcas sanguinarios. Mas aun descontando la seguridad de que dentro de tales pesimismoes se hubiese desenvuelto nuestra historia, no debe olvidarse que para torcer su curso buscando la grandeza de España negoció Aranda y procuró conservar y organizar un importante miembro de su im-

perio americano, y que duele y avergüenza á la par el espectáculo del desmoronamiento de su labor patriótica y previsorá en manos de aquel funesto Príncipe de la Paz, conjunto de perfidias, ignorancias y vanidades, tanto más ostensibles cuanto más se profundiza en el estudio de sus desacertados actos de gobierno y para cuya memoria no hay reparaciones posibles.

MANUEL CONROTTE.



INDICE

de las materias contenidas en el tomo LV

CONFERENCIAS, MEMORIAS Y DISCURSOS

	Páginas.
Estado social de los mahometanos en Marruecos, por el <i>P. Fr. Rafael González</i>	7
Sumaria relación de los viajes y exploraciones hechos por los españoles desde 1889 hasta el día, presentada al X Congreso internacional de Ciencias geográficas, por el <i>Ilmo. Sr. D. Manuel Conrotte</i> , Delegado de la Real Sociedad Geográfica en dicho Congreso.....	129
Excursiones en la provincia de Zamora: el país y lagunas de Sanabria, por el <i>Sr. D. Joaquín de Ciria y Vinent</i> ..	138
Memoria sobre los trabajos realizados por el X Congreso internacional de Geografía, presentada á la Real Socie- dad Geográfica por el <i>Ilmo. Sr. D. Manuel Conrotte</i>	200
Los terrenos de nuestra zona de influencia en Marruecos, por el <i>Sr. D. Fernando Iñiguez</i>	265
Vasco Núñez de Balboa y el descubrimiento del Mar del Sur:	
I.—Discurso del <i>Excmo. Sr. D. Ricardo Beltrán y</i> <i>Rózpide</i>	409
II.—Discurso del <i>Excmo. Sr. D. Manuel de Sarale-</i> <i>gui</i>	414
III.—Discurso del <i>Excmo. Sr. D. Angel de Altola-</i> <i>guirre</i>	418
IV.—Discurso del <i>Excmo. Sr. D. Rafael Conde y</i> <i>Luque</i>	423

	Paginas
V.—Discurso del <i>Sr. D. Juan B. Sosa</i>	424
VI.—Discurso del <i>Ilmo. Sr. D. Adolfo de Motta</i> y carta del <i>Excmo. Sr. D. Marcelo de Azcárraga</i>	429
VIII.—Extracto del discurso del <i>Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz Jiménez</i>	432

ARTÍCULOS

Pyteas de Marsella, por <i>D. Antonio Blázquez</i>	61
Descripción y cosmografía de España por <i>D. Fernando Colón</i> (Manuscrito de la Biblioteca Colombina).— <i>Continuación</i>	101, 260 y 404
Noticia de la navegación de la fragata de guerra titulada «Santa Rosalía» en el año de 1774: extracto del Diario de la navegación de dicha fragata hecho por el Teniente de Navio <i>D. José de Mazarredo</i> , con un prólogo-informe del <i>Excmo. Sr. D. Manuel de Saralegui</i> .	167 y 470
Estudios geográfico-históricos de Marruecos, por el señor <i>D. Antonio Blázquez y Delgado-Aguilera</i>	292
Vasco Núñez de Balboa en la Real Sociedad Geográfica de Londres.—Traducción y comentarios por <i>D. Vicente Vera</i>	434
Una cuestión de límites entre España y los Estados Unidos en el siglo XVIII, por <i>D. Manuel Conrotte</i>	504

TAREAS DE LA SOCIEDAD

Reseña de la tareas y estado actual de la Sociedad, por el <i>Sr. D. Luis Tur</i>	265
---	-----

LÁMINAS

Plano de las tierras visitadas por Pyteas.....	100
Vistas de paisajes en la zona del país y lagunas de Sanabria.....	149, 152, 154 y 161

Mapa de la parte N. O. de la provincia de Zamora, por el <i>Sr. Coello</i>	160
Plano de los términos de Porto y Galende, en la provincia de Zamora, con el lago de Villachica ó de Sanabria y las lagunas de Lacillo y de Cárdena, por el <i>Instituto</i> <i>Geográfico y Estadístico</i>	166

